CIRCULO DEL CRIMEN

LA SOMBRA DE FU MANCHU

SAX ROHMER







Nº 37

Sax Rohmer

LA SOMBRA DE FU MANCHÚ

Círculo del Crimen Nº 37

ePub r1.1
Rutherford/Rbear 13.02.16

Título original: *The Shadow of Fu Manchu*
Sax Rohmer, 1948
Traducción: Clara Janés
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (13/02/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (26/02/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales:
- Añadidas tres líneas que faltaban (y unían incorrectamente dos párrafos)
- Mantenido un formato "cita" y añadido otro, aunque no están en el texto impreso.

1

—¿Quién es la pelirroja que está almorzando con aquel agregado de embajada? —dijo repentinamente Nayland Smith.

—¿En qué mesa?

—Un poco a la derecha. Hacia donde miro.

Harkness, a quien Washington había encargado recibir al dinámico visitante, ya empezaba a sentir los efectos de la tensión nerviosa. Sir Denis Nayland Smith, antiguo jefe del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, hablaba como un fusil Bren, y pensaba y se movía con tal rapidez, que su compañía, aunque estimulante, resultaba agotadora.

Al darse la vuelta, cuando estaba a punto de encender un cigarro, Harkness acabó por descubrir la mesa del diplomático. El restaurante-grill se había puesto de moda para almorzar y estaba lleno. Pero conocía al agregado de vista. Se volvió de nuevo hacia Nayland, al tiempo que dejaba caer un fósforo en el cenicero.

—No sé. No la había visto antes de ahora.

—¿De veras? ¡Yo sí!

—Lamento mi torpeza, Sir Denis. ¿Es alguien importante?

—Una mujer tan vistosa es siempre importante. Claro que la conozco. Pero no acabo de identificarla.

Nayland Smith volvió a servirse café, contempló de mala gana la pipa de escaramujo, que parecía recién rescatada de un alto horno, y la devolvió al bolsillo. Escogió un cigarrillo.

—¿No creerá que es rusa? —sugirió Harkness.

—Ya sé que no.

Smith examinó la sala, recubierta de madera y abarrotada de clientela. Zumbaba como un aviario. Predominaban los hombres de negocios. Tratos de todas clases flotaban en el ambiente cargado de

humo. Casi todos estos hombres hablaban de cómo hacer dinero. Y casi todas las mujeres charlaban de cómo gastarlo.

Pero no así la grácil muchacha del pelo resplandeciente. Nayland se preguntaba de qué estaría hablando. Su compañero parecía absorto por lo que ella decía o por la manera de expresarse.

Y mientras Nayland Smith estudiaba múltiples caras, Harkness estudiaba a Nayland Smith.

Se habían visto una sola vez con anterioridad y los años habían plateado su cabellera más que nunca, pero no habían hecho mella en su tersa virilidad. Puede que tuviera unas pocas arrugas más en su rostro moreno y enjuto. Era una cara adusta, una cara que ocultaba un secreto, hasta que Nayland Smith sonreía. La sonrisa revelaba el secreto.

De improviso rompió a hablar.

—Resulta curioso pensar —dijo— que estas personas, aisladas de lo que no es su mundo, como cigarrillos envueltos en celofán, absortas en sus asuntos triviales, están sentadas en el cráter de un volcán a punto de erupción.

—¿Lo cree de verdad?

—Lo sé. ¿Por qué cierta potencia ha enviado a todos sus mejores agentes a los Estados Unidos? ¿Qué es lo que desean averiguar?

—El secreto de la bomba atómica.

—¡Tonterías! No hay secreto alguno. Lo sabe usted tan bien como yo. En cuanto se da publicidad a una nueva arma, pierde su utilidad. No adelanto nada con ocultar una piedra en mi guante de boxeo si el otro individuo también tiene una. No, se trata de algo distinto.

—Parece que hay mucho jaleo en Inglaterra.

—En los últimos meses Inglaterra ha perdido misteriosamente a dos ministros del gabinete actual. Durante todo este intercambio la mirada de Smith se había desviado en dirección a cierto grupo y de repente soltó —¡Claro! Me pareció que era, pero ahora estoy seguro. Es mi día de suerte.

—¿Seguro de qué? —Harkness estaba asombrado.

—El hombre de la mesa siguiente. Nuestro amigo el diplomático y su encantadora amiga están vigilados.

Harkness hizo girar su cuello otra vez.

—Se refiere a ese hombre de color cetrino.

—¿Cetrino? ¡Es birmano! No crea que son todos comunistas.

Harkness contempló su cigarro, como intentando concentrarse.

—Usted me lleva mucha delantera. Sin duda alguna su información es mucho más completa que la mía. Pero, hablando honradamente, no lo entiendo.

Nayland Smith fijó su mirada en los ojos castaños y sinceros de Harkness y asintió comprensivo.

—Es culpa mía. Pienso en voz alta. Una mala costumbre. Apenas tengo tiempo para explicarle. ¡Mire! ¡Se marchan! Haga que sigan a la pelirroja. Encargue a otro hombre que no pierda de vista al ojeador birmano. Póngase en contacto conmigo aquí. Suite 1236.

La joven del cabello castaño rojizo se encaminaba a la salida, seguida de su compañero. Mientras que Harkness se marchaba de prisa, Nayland Smith dejó caer algo, lo que le hizo inclinarse, al tiempo que el agregado pasaba cerca de su mesa.

Al salir a la calle 46, Harkness cruzó unas palabras con un hombre que hablaba con el portero de un hotel. El hombre asintió y se puso en marcha.

Manhattan seguía su ritmo. Hombres bien alimentados volvían a sus oficinas para estudiar nuevos proyectos de cómo ganar más dólares. Las damas se dirigían a las tiendas de lujo de la calle chic: la Quinta Avenida, el gran bazar de Nueva York. Las esperaban especialistas en estética, diseñadores de sombreros de París. Las esperaban también distinguidas jóvenes para lucir vestidos maravillosos y distinguidos jóvenes para seducir a las damas con dijes centelleantes.

En ciertas capitales del Viejo Mundo, hombres y mujeres de rostros ojerosos se asomaban a tiendas vacías y regresaban a sus despensas exhaustas.

Pero Manhattan seguía su ritmo de baile.

Nayland Smith, que observaba cómo un automóvil se ponía en marcha seguido a corta distancia por otro, hacía votos para que el baile de Manhattan no acabase en danza macabra.

Luego subió a un sedán negro, que se hallaba aparcado un poco más adelante. El chófer parecía un policía; posiblemente porque lo era. Después de recorrer varias bocacalles, Smith dijo

repentinamente:

—¿Nos vienen siguiendo?

—Sí, señor —informó el conductor—. El tercer coche detrás nuestro. Es una pequeña camioneta de repartos.

—Pare en el próximo «drugstore». Lo comprobaré.

Cuando Smith se bajó y se encaminó al «drugstore», la caminoeta que les seguía prosiguió adelante, pero luego se detuvo un poco más allá.

Nayland Smith salió de la tienda y prosiguió el viaje. Recorrieron dos manzanas de casas más.

—Justo detrás de nosotros —le informó lacónicamente el conductor.

Smith utilizó un teléfono instalado en el sedán para transmitir unas breves instrucciones. De tal modo que, mucho antes de que el coche de Smith llegara a su destino, la camioneta aún seguía al sedán, pero dos coches de la policía de tráfico seguían a la camioneta. No llevaba más de unos pocos minutos en el despacho del subcomisario de la calle Centre cuando entró un sargento con los detalles que precisaban.

Bajo la acusación de una infracción técnica habían detenido la camioneta y le habían rogado a su conductor, con firmeza, que se identificara. Smith echó un vistazo al informe.

—Vaya, ciudadano americano. Nacido en Atenas. —Alzó la vista —. ¿Ha comprobado su declaración de que llevaba la camioneta a reparar?

—Claro está. La camioneta no parece tener avería alguna. Posee un motor muy potente para un chasis tan ligero.

—No me extraña —comentó Smith con sequedad—. Compruebe todos sus contactos. El no debe enterarse. Tienen que averiguar para quién trabaja en realidad.

Estuvo un largo rato con el subcomisario y reunió muchos datos útiles. Smith estaba en Nueva York a petición del F.B.I. y Washington le había concedido poderes casi absolutos. Cuando por fin se marchó, había anotado dos nombres en su agenda.

Eran Michael Frobisher y el Dr. Morris Craig del Laboratorio de Investigaciones de Huston.

Se veía claramente que Michael Frobisher no estaba tranquilo, sentado allí, en un hueco de la biblioteca de su club. Frobisher, hombre fornido y de grandes huesos, tenía un aspecto físico impresionante, con una robusta mandíbula, cejas espesas (negras como el carbón, en contraste con su pelo casi canoso) y ojos, que parecían actuar independientemente de lo que Michael Frobisher estuviera haciendo.

En la biblioteca había solamente otros dos socios, pero, aunque aparentemente Frobisher leía un periódico, sus ojos se movían con rapidez, a medida que su mirada se trasladaba de una cara a otra de aquel modo extrañamente furtivo.

Por encima de parte de la sala, una de las mejores de la ciudad en su estilo, sobresalía una galería, que proporcionaba acceso a más libros, alineados en las estanterías de arriba. Un empleado del club apareció en la galería, moviéndose con extremo sigilo y la mirada de Frobisher se disparó hacia arriba como un ansioso reflector en un bombardeo.

Una voz le hizo volver al nivel del mar.

—¡Hola, Frobisher! ¿Qué tal su esposa?

La sonrosada faz de Frobisher se demudó. Levantó la vista desde donde estaba sentado, en una poltrona de cuero, y vio que un tercer socio acababa de entrar: el Dr. Pardoe.

—¡Hola, Pardoe! —Había recobrado el control; el tono profundo era normal—. Estuvo a punto de sobresaltarme.

—Ya lo he visto. —Pardoe le miró con ojo profesional y se sentó en el brazo de una silla, cerca de Frobisher—. Abusando un poco de su salud, ¿verdad?

—No diga eso, doctor. Cierto es que he estado bastante atareado. Gracias por la información con respecto a Stella. Ha mejorado muchísimo desde que empezó los tratamientos que usted le recomendó.

—Estupendo. —El Dr. Pardoe sonrió con sonrisa poco expresiva. Era un hombre rubio, de pelo color arena y seco de carácter—. No pondría la mano en el fuego para afirmar que el profesor no es un curandero, pero parece que tiene éxito con ciertos tipos de neurosis.

—Le aseguro que Stella ha mejorado ir: cien por cien.

Pardoe se aclaró la garganta.

—A lo mejor convendría que le viera a usted.

—¿De qué me habla? —gruñó Frobisher—. A mí no me pasa nada.

—¿Ah, no? —El galeno le examinó con la vista tranquilamente—. Le pasará algo pronto si no cuida su dieta. —Pardoe era vegetariano—. Verá, su corazón dio un latido de menos cuando le dirigí la palabra.

Frobisher hizo un esfuerzo para no perder el control. El médico de su mujer le atacaba los nervios. De cualquier modo no estaba dispuesto a tolerar bobadas.

—Atienda a lo que voy a decirle —aunque atenuada, su voz profunda resonó en la habitación, de la que se habían marchado todas las demás personas—. No se trata de nervios. Es temor. Una organización como la Huston Electric tiene rivales. Y los rivales se tornan peligrosos si se les derrota. Alguien me viene siguiendo. Alguien entró en Falling Waters una noche de la semana pasada. Registró mis papeles. He visto a ese hombre. Le reconocería si le viera de nuevo, doctor. Y tampoco es por comer demasiados solomillos.

Pardoe tenía la irritante costumbre de soltar una tosecilla antes de hablar.

—No pongo en duda el hecho del robo…

—No sabe cuánto se lo agradezco. Y permítame que se lo recuerde. Stella no lo sabe y no tiene por qué saberlo.

—Comprendo. Así que sólo está enterado…

—Sólo estamos enterados mi mayordomo/ Stein, y yo. Y no es un espejismo. ¡Todavía estoy en mi sano juicio, aunque me haya comido un bistec en el almuerzo!

El galeno alzó sus rubias cejas.

—No lo dudo, Frobisher. Pero, ¿no se le ha ocurrido pensar que esta reciente impresión de que le siguen a todas partes (que, por cierto, es un síntoma bastante común) pueda ser consecuencia de este hecho en concreto?

Frobisher no contestó y el Dr. Pardoe, que había dirigido la vista a la alfombra, la alzó repentinamente y la fijó en su interlocutor.

La mirada de Frobisher estaba orientada de nuevo hacia arriba, observaba la galería. Habló susurrando las palabras.

—¡Pardoe! Mire hacia donde yo lo hago. ¿Es un socio del club?

El Dr. Pardoe hizo lo que Frobisher le pedía. En la galería vio

una figura delgada, vestida de negro. Aquel hombre acababa de restituir una vasija a su lugar en el estante. Tan sólo la nuca y los hombros eran visibles. Se fue, sin revelar sus rasgos.

—No es un socio que yo conozca personalmente. Pero se incorporan nuevos socios y hay personas invitadas…

Pero Frobisher ya se había levantado y salido disparado de su butaca. En aquel instante cruzaba la biblioteca.

—Hay un tipo con aspecto de asiático. Le vi la cara —dijo Frobisher chillando, a pesar de la regla de silencio—. Voy a hablar con él.

El Dr. Pardoe meneó la cabeza, recogió una revista médica que había dejado caer en la silla y se encaminó hacia la salida.

Estaba descendiendo las escaleras cuando vio que Michael Frobisher había llamado al secretario del club y se estaba encarando con él.

—¿Puedo preguntarle desde cuándo se admite a los chinos como socios?

—Sus palabras me sorprenden, señor Frobisher.

El secretario, un joven calvo, con acento de Harvard, era capaz de ser muy patriarcal.

—¿Ah, sí?

—Así es. Tengo su queja ante mis ojos, una nota aquí. Si desea que la lleve al comité, no tiene más que decirlo. Por mi parte puedo asegurarle que no sólo no tenemos socios asiáticos, tanto numerarios como honorarios, sino que ningún visitante como el que usted describe ha estado en el club. Es más, señor Frobisher, el bibliotecario ayudante, que ha sido la última persona que ha estado en la galería, me ha asegurado que nadie ha subido allí desde entonces.

Frobisher se puso en pie de un salto.

—¡Llame al Dr. Pardoe! —le indicó—. El estaba presente. ¡Llame al Dr. Pardoe!

Pero el Dr. Pardoe ya se había marchado del club.

El laboratorio de investigaciones de la Huston Electric Corporation estaba en la calle 36, en el último piso del edificio Huston. El despacho del Dr. Craig se encontraba junto al propio

laboratorio, al que podía entrar salvando tres escalones que conducían a una puerta de acero. Esta puerta permanecía siempre cerrada con llave.

Morris Craig era un hombre de poco más de treinta años, esbelto, bien afeitado y muy ágil. Se había quitado la chaqueta y estaba trabajando en mangas de camisa ante una mesa de dibujo. Su pelo castaño obscuro, que llevaba bastante largo, tenía cierta tendencia a estar alborotado; a veces le caía un mechón sobre la frente, hasta el punto de que el acto de retirarlo con la mano se había convertido en un hábito.

Acababa de hacer una pausa con este propósito, mientras se echaba hacia atrás, como si buscase una perspectiva para su trabajo, y rebuscaba un paquete de cigarrillos, cuando se abrió la puerta del despacho a sus espaldas y alguien se acercó a él.

Craig estaba tan absorto que al principio no prestó atención. Fue la respiración entrecortada de quien había entrado la que le impulsó a dar media vuelta repentinamente.

—¡Señor Frobisher!

Craig, que usaba gafas tan sólo para dibujar o leer, se las quitó y se levantó del taburete sorprendido.

—No pasa nada, Craig —Frobisher levantó la mano—. Siéntese.

—No tiene usted muy buen aspecto, si me permite decírselo.

Su modo de hablar poseía una cualidad típicamente inglesa y tenía la costumbre de arrastrar las sílabas. Ni el más mínimo detalle en su comportamiento hacía sospechar que Morris Craig era uno de los físicos más brillantes que jamás habían salido de la universidad de Oxford. Se hizo con los esquivos cigarrillos y encendió uno.

Michael Frobisher permanecía donde se había dejado caer, en una silla junto a la puerta. Pero el color ya volvía a su rostro. En ese momento sacaba un cigarro del bolsillo superior de su chaqueta de lana.

—Esos malditos médicos dicen que como y fumo demasiado —comentó. A Craig su voz le recordaba el Oporto añejo—. Poco me importaría vivir si no pudiera hacer lo que quiero.

—Práctico, pero un tanto duro. ¿Puedo preguntarle por qué viene tan alterado?

—De eso le hablaré en seguida —refunfuñó Frobisher—. Antes de nada, ¿qué noticias hay del gran trabajo?

—Nos estamos acercando. Creo que tenemos el final a la vista.

—Estupendo. Quiero hablar de ello —recortó el extremo del cigarro—. ¿Qué tal va la nueva secretaria?

—Sobresaliente *cum laude*. Se lo sabe todo. Con la señorita Lewis perdimos una buena colaboradora, pero debo admitir que la señorita Navarre es un hallazgo afortunado.

—No me extraña. Sacó el título en París y se ha pasado dos años con el Profesor Jennings. A mí me parece bien, siempre que usted esté de acuerdo.

El rostro aniñado de Craig se iluminó.

—A mí me va como anillo al dedo. Trabaja como una muía de carga. Debería salir al campo este fin de semana.

—Tráigasela a Falling Waters. No le vendrán mal unos días de aire sano.

—Claro que no —Craig parecía estar indeciso. Se volvió a su mesa de labor—. No debería dejar este trabajo hasta que estuviera terminado.

Se colocó las gafas y se puso a estudiar el extraordinario diagrama que estaba sujeto al tablero de dibujo con chinchetas. Parecía estar comprobando ciertos detalles con una masa de símbolos y cifras, anotados en una gran hoja rayada que había junto al tablero.

—Claro que… —murmuró abstraído—. Es muy posible que termine de un momento a otro.

La admiración por lo que hacía, una especie de asombro de que a él, humilde estudioso de los secretos de la naturaleza, se le hubiese otorgado el poder de realizarlo, le reclamaba la atención. Estaban en juego fuerzas poderosísimas, hasta entonces apenas sospechadas, que controlaban el mundo. Allí, escrito con la tinta indeleble de las matemáticas, se encerraba una descripción de los medios por los cuales se podían domeñar dichas fuerzas.

Se olvidó de Frobisher.

Y Frobisher, tras encender su cigarro, empezó a pasearse por el recinto del despacho, echando una mirada de cuando en cuando a la figura absorta. De repente Craig se dio la vuelta y se quitó las gafas.

—Señor Frobisher, ¿le preocupa el coste de estos experimentos?

Frobisher se detuvo y se le quedó mirando fijamente.

—¿El coste? ¡Al diablo el coste! Eso no me preocupa. No sé mucho de cosas científicas, pero sé aquilatar una propuesta comercial. —Se dejó caer en un sillón—. Pero hay algo que no sé —Se inclinó hacia adelante con sus espesas cejas abatidas—. ¿Por qué me vienen siguiendo?

—¿Le siguen?

—Tal como lo oye. Me siguen los pasos. Hoy me siguieron hasta mi club. Me han seguido hasta aquí. Alguien está vigilando mi casa en Connecticut. ¿Quién es? ¿Qué es lo que quiere?

Morris Craig se levantó y se apoyó en la mesa de dibujo.

Detrás de él un cielo de color violeta intenso hacía de telón de fondo a las siluetas de los edificios más altos que el Huston. Algunas de las ventanas parecían desperezarse, formando una decoración rutilante, como si fueran joyas en contraste con un paño de terciopelo.

El crepúsculo se abatía sobre Manhattan.

—Una situación asombrosa —declaró Craig, pero su sonrisa era atractiva—. Cuénteme más. ¿Sospecha de alguien?

Frobisher denegó con la cabeza.

—Si se ha filtrado fuera lo que hacemos aquí, las sospechas serán múltiples. Supongamos que su teoría es cierta (y ya sabe que yo la apoyo), ¿qué significará este descubrimiento para la Huston Electric?

—El reconocimiento agradecido del mundo científico.

—¡Al diablo con el mundo científico! Estoy pensando en la Huston.

La mente de Morris Craig seguía vagando por el espacio inconmensurable y su espíritu seguía trepando por la escala de las estrellas hacia más altos y más remotos secretos del universo misterioso. Así que se limitó a contestar vagamente.

—Ni idea. En este momento soy incapaz de ver su aplicación práctica.

—No me venga con insensateces. —Michael Frobisher volvía a ser el individuo irascible de otras veces—. Este trabajo ya ha costado medio millón de dólares. ¿Y va a decirme que no vamos a sacar ningún beneficio? ¿Se cree que esto es un manicomio?

Se abrió una puerta al otro extremo del despacho y entró un hombre, bajo, corpulento y ligeramente patizambo, que caminaba

con un vaivén, como si estuviera en la cubierta de un barco durante un temporal. Llevaba un mono de trabajo, gafas y una visera. Entró sin formalismo alguno y se acercó a Craig. La figura imponente de Michael Frobisher no le afectó en lo más mínimo.

—Oiga. ¿Tiene usted un trozo de cuerda? —preguntó.

—No tengo ningún pedazo de cuerda. Tengo una pastilla de chicle o dos sellos de un centavo ¿Le sirven?

El intruso se dedicó a masticar pensativamente.

—Supongo que no. La máquina de escribir de la señorita Navarre se ha atascado ahí dentro. Pero se me ha ocurrido que con un trozo de cuerda así de largo —hizo el ademán— podría arreglarlo.

—Lo siento, Sam, pero no poseo ninguno.

Durante un rato Sam siguió mascando, luego se encaminó a la puerta.

—Me imagino que tendré que buscar por otra parte.

No había hecho más que salir cuando Frobisher espetó a Craig:

—Oiga. ¿Qué hace ese retrasado mental para que se le pague?

—¿Sam? —respondió Craig sonriendo—. Bueno, es un comodín, que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado. Sobre todo ayuda a Regan y a Shaw en el laboratorio.

—Ya me figuro la clase de ayuda que será. Lo que quiero decir es esto: Hemos de tener mucho cuidado con la clase de personas que entran aquí. Ha habido un soplo. Alguien sabe más de lo que debería.

Morris Craig retornaba lentamente al prosaico planeta Tierra, en el que la gente normal, de a pie, pasa su vida. Empezaba a darse cuenta de que Michael Frobisher estaba muy asustado.

—No me puedo hacer responsable. Shaw y Regan están más allá de toda sospecha. Y espero que yo también. Cuando contratamos a la señorita Navarre nos aseguramos de que contaba con las mejores garantías. De todos modos, poco mal podía hacer. Además, resultaría absurdo sospechar de ella.

—¿Y qué me dice del subnormal que acaba de salir?

—No sabe nada del trabajo que hacemos. Y, por otra parte, sus recomendaciones son de primera, incluyendo una de los Bomberos.

—El que parece haber sufrido un incendio es él. —Frobisher dejó caer un cono de ceniza—. Pero hay que atenerse a los hechos.

Permítame que le ponga al día; esto es, sin que la señora Frobisher lo sepa. Ya sabe lo nerviosa que es. Algún tipo se coló en Falling Waters el martes pasado por la noche y registró mis papeles con sumo cuidado.

—¿De veras?

Craig había dejado de arrastrar las sílabas. Sus ojos revelaban interés.

—Muy de veras. No falta nada, ni una mota de polvo. Pero eso no es todo. Durante cierto tiempo he tenido la sospecha de que alguien andaba metiendo las narices alrededor. Así que, sin decir palabra a mi esposa, me aresté a descubrirle… y una noche le vi…

—¿Qué aspecto tenía?

—Era amarillo.

—¿Indio?

—No, señor. De algún país de Oriente. Y, sin ir más lejos, hoy mismo, en mi propio club, descubrí a otro asiático observándome. No es cosa de la imaginación. El Dr. Pardoe puede confirmarlo. Y yo me pregunto: si lo que buscan es lo que estamos haciendo en el laboratorio, ¿por qué me siguen a mí y no a usted?

—La respuesta es un discreto silencio.

—También me gustaría saber quién es este individuo. A poco que piense, se me ocurre un buen número de personas que estarían muy interesadas por lo nuestro. Pero ninguna de ellas asiática.

Morris Craig se echó el pelo hacia atrás con la mano.

—Me está poniendo nervioso a mí también —declaró, a pesar de que su espontánea sonrisa juvenil negaba sus palabras—. Habría que investigar el asunto.

—Se va a investigar —Frobisher le aseguró adustamente—. Cuando venga a Falling Waters, verá que no estoy dispuesto a tolerar más tonterías en mi casa. —Se puso en pie al tiempo que miraba el voluminoso reloj encima de la mesa de dibujo de Craig—. Voy a recoger a la señora Frobisher en el Ritz. No debo llegar tarde. Les espero a usted y a la señorita Navarre el sábado para el almuerzo.

2

Casualmente, la señora Frobisher estaba divirtiéndose mucho. Yacía desnuda, boca abajo, en un diván acolchado, mientras que una enfermera vestida de blanco, recorría su espalda con un aparato que zumbaba como un moscardón gigante; desde la nuca de su mullido cráneo, hasta el extremo de la espina dorsal y luego hacia arriba otra vez. Este tratamiento la hacía ronronear como un gatito contento. Había sido precedido por un terrorífico apaleamiento a manos de otro masajista musculoso, en el transcurso del cual a la señora Frobisher le habían hecho de todo, menos colgarla, ahogarla, descuartizarla o, finalmente, ponerla cabeza abajo.

Un baño aromático completaba el tratamiento. A la señora Frobisher se le envolvió en una prenda suelta y lanosa, se le tendió sobre un diván en un pequeño apartamento decorado con frescos pompeyanos y le dieron un cigarrillo egipcio y una taza de té chino con aroma de naranja.

Yacía allí con deliciosa languidez, cuando alguien apartó las cortinas y el profesor Hoffmeyer, el celebrado psiquiatra vienés que dirigía el establecimiento, entró con talante grave. Ella volvió la cabeza y le sonrió.

—¿Cómo está, profesor?

No contestó de momento, sino que permaneció mirándola. Incluso a través de las gafas oscuras que siempre llevaba, su mirada nunca dejaba de hacerla estremecer. Pero era un estremecimiento placentero.

La figura del profesor Hoffmeyer producía una gran impresión. Sus sufrimientos en los campos de concentración nazis le habían dejado huellas indelebles. Las gafas oscuras protegían sus ojos marcados al fuego por crueles luces. Los guantes de seda que nunca

se quitaba, ocultaban unas manos de las que habían sido arrancadas las uñas. Caminaba encorvado, apoyándose en un pesado bastón de ébano.

Avanzó sin hacer apenas ruido y tomó delicadamente la muñeca izquierda de la señora Frobisher entre los dedos pulgar e índice, inclinando ligeramente la cabeza.

—Lo importante no es cómo estoy yo, sino cómo está usted, querida señora —dijo con acento gutural alemán.

—¿Cómo se encuentra?

La señora Frobisher alzó la vista a la masiva frente que se inclinaba hacia ella, tratando, y no por primera vez, de descifrar el auténtico color del escaso pelo que coronaba la cabeza. Casi había decidido que era incoloro, completamente neutro.

El profesor Hoffmeyer se irguió tanto como pudo. Pocas veces le había visto ella enderezarse tanto. Luego el profesor inclinó la cabeza.

—Vendrá a verme el jueves, a las tres. No para el tratamiento, sino a la consulta. Si tiene algún otro compromiso, cancélelo. A las tres, el jueves.

Hizo una ligera inclinación y salió.

El profesor Hoffmeyer dirigía a su adinerada clientela con mano de hierro. Su reputación era enorme. Sus honorarios altísimos.

Siguió su camino por un lujoso salón central donde esperaban otros pacientes, señoras bien conservadas, algunas de ellas como si las hubieran sacado de un congelador. Se inclinó hacia unas cuantas escogidas y entró en un despacho con el cartel de «Privado». Cerró la puerta y abrió un cajón del escritorio propio de un hombre de negocios, y un estante de libros repleto de recientes publicaciones médicas, la mayor parte alemanas, giró completamente.

El profesor se dirigió hacia la abertura. Cuando la estantería volvió a girar hacia su posición inicial, el cajón de la mesa se cerró también.

El profesor Hoffmeyer no vería más pacientes por hoy.

La habitación en la que se encontraba era su estudio. Pero su mobiliario distaba mucho de ser convencional. Contaba con algunos muebles antiguos muy valiosos, lacados, y estaba ricamente alfombrado. La iluminación (no tenía ventanas visibles) era escasa, y la peculiar característica del lugar era su silencio.

Las estanterías abiertas estaban llenas de volúmenes, algunos de ellos manuscritos encuadernados, muchos de gran antigüedad y todos ellos de extrema rareza. Los había en muchos idiomas, incluido el griego, chino y árabe.

Al lado de un diván con cojines, se hallaba un taburete con incrustaciones, equipado con varias pipas de opio en un soporte, y todos los adminículos, incluyendo el mechero y los punzones.

Una gran mesa tallada de roble ennegrecido por el tiempo, servía como escritorio. Detrás de ella estaba colocada una silla de alto respaldo. Un descolorido volumen aparecía abierto sobre la mesa, así como un manuscrito profusamente escrito. Había otros libros allí, y un número de curiosos objetos difíciles de identificar en aquella tenue luz.

El profesor se aproximó a un biombo pintado, situado delante de un hueco y desapareció tras él. Ningún sonido rompió el silencio de la habitación hasta que él volvió.

Se había quitado los guantes y las gafas obscuras y había substituido el abrigo negro que llevaba el profesor Hoffmeyer, por una túnica amarilla de estar en casa. Los ojos que las gafas habían ocultado eran alargados y estrechos, color verde esmeralda. Las manos descubiertas tenían uñas puntiagudas. Este enjuto, enhiesto y ascético chino, era unos centímetros más alto que el profesor Hoffmeyer.

Y su cara podía haber inspirado a un pintor que buscara modelo para el «Angel caído».

No porque fuera la de un malvado, sino por la majestad y el cruel poder que atesoraba, un poder que residía en sus ojos. No eran los ojos de un hombre normal, movidos por deseos, con unos impulsos compartidos de algún modo por todos nosotros. Eran los ojos de alguien que se ha liberado de todas aquellas inhibiciones comunes a la humanidad, que se muestra impasible tanto al amor como al odio, inmune al miedo, insensible a la compasión.

Pocos hombres así se dan a lo largo de la Historia de la Civilización y los que han surgido contribuyeron a cambiarla de un modo u otro.

La impasible figura cruzó silenciosamente, con paso felino, hacia

la gran mesa y se sentó allí.

Uno de los curiosos objetos que estaban sobre la mesa, adquirió vida, como si hubiese sido tocado por un repentino rayo de luna. Era un globo de cristal apoyado en una base metálica.

Confusamente al principio, los rasgos de una cara se materializaron en el cristal, después se hicieron más nítidos. Se convirtieron en las facciones de un viejo chino con bigote blanco, arrugado y afable.

—¿Me ha llamado, doctor?

La voz, aunque distante, era clara. Una sinuosa sonrisa se dibujó en el apergaminado rostro del cristal.

—¿Tiene todos los informes?

La segunda voz era áspera, a veces sibilante, pero cargada de imperiosa autoridad. No se parecía a la del profesor Hoffmeyer.

—El último es de las 18:15. ¿Quiere que le dé el resumen?

—Proceda, Huan Tsung. Le escucho.

Huan Tsung hablaba desde la tranquila habitación donde residía, sobre una tienda de la calle Pell, una habitación en la que los mensajes se recibían misteriosamente, de día y de noche, procedentes de todos los rincones de Manhattan. Tsung cerraba sus sabios ojos y abría las páginas de una memoria infalible.

Este hombre, cuyos antepasados habían sido nobles cultos, cuando la mayoría de los nuestros vivían aún en cavernas, hablaba tranquilamente mediante un sistema de comunicación todavía desconocido para la ciencia del mundo occidental.

—A Su Excelencia le gustará saber que nuestro agente birmano fue reconocido por Nayland Smith en el restaurante y le siguieron dos agentes del F. B. I. Di instrucciones de que fuera trasladado a cualquier otro sitio. Nos comunica que ha llegado sano y salvo. Tengo delante sus anotaciones sobre la conversación de la mesa contigua. No dicen nada nuevo. ¿Se las leo?

—No, entrevistaré a la mujer personalmente. Siga.

—Nayland Smith visitó al subcomisario y ha estado más de dos horas con él. Tema de conversación desconocido. El griego que le seguía fue interceptado e interrogado, pero carecía de información. Es poco hábil, así que le hemos quitado de en medio.

—Hiciste bien, Huan Tsung. Tales chapuceros ocasionan peligros.

—Mai Cha devolvió el jarrón chino que el secretario del club mandó reparar. Iba vestida con el traje negro y consiguió llegar a la galería superior de la biblioteca donde Michael Frobisher charlaba con su amigo médico. Ella dice que Frobisher ha visto a nuestro agente en Falling Waters. Por lo tanto he trasladado a este agente. Mai Cha salió con éxito y con el dinero de la reparación.

—Felicita a Mai Cha.

—Ya lo he hecho, Excelencia. Esta noche está en el cuartel general. Su Excelencia podrá felicitarla personalmente.

—Los últimos movimientos de Frobisher, Nayland Smith y el Dr. Craig.

—Frobisher espera a su mujer en el Ritz-Carlton. Nayland Smith está vigilado, pero no he recibido aún la información más reciente. El Dr. Craig está en su despacho.

—¿Se ha puesto Frobisher en contacto con alguna otra persona?

—Con nadie, Excelencia. El arroyo fluye plácidamente. Es la hora del reposo, en la que los sabios meditan.

—Espere y vigile, Huan Tsung. Debo pensar rápidamente.

—Yo siempre vigilo, y es ineludible que espere hasta que sea llamado de nuevo.

La luz lunar se extinguió en el cristal, y con ella las arrugadas facciones del Mandarín Huan Tsung.

La habitación tenuemente alumbrada imponía un completo silencio. El que vestía la prenda amarilla permaneció inmóvil por un largo tiempo. Después se puso en pie y se dirigió al diván, sobre el que extendió su delgado cuerpo. Hizo sonar una campanilla de plata, que colgaba en un marco al lado del soporte de las pipas de opio. La campanilla emitió una nota aguda y dulce.

Mientras en el aire aún resonaba el tañer de la campanilla de modo somnoliento, se corrieron a un lado las cortinas de una estrecha y arqueada abertura, y una joven china entró.

Llevaba el atuendo nacional. Era extremadamente grácil y sus grandes y obscuros ojos parecían los de una corza. Se arrodilló y tocó la alfombra con la frente.

—Lo has hecho muy bien, Mai Cha. Estoy contento de tu actuación.

La chica se levantó, pero permaneció con la cabeza baja y las manos unidas ante la figura recostada. El rubor subió a sus

coloreadas mejillas.

—Prepara la pipa de jade. Busco inspiración.

Mai Cha comenzó pausadamente a encender el pequeño mechero del taburete.

Aunque el viejo Huan Tsung no había llegado ninguna información, Nayland Smith ya había abandonado el cuartel general de la Policía.

Estaba completamente convencido de que cada movimiento que él había hecho desde que llegara a Nueva York, había sido vigilado, de que nunca se movía sin que le siguieran.

Esto no le inquietaba. Nayland Smith estaba acostumbrado a ello.

Pero no quería que sus rastreadores descubrieran a dónde iba desde la calle Centre, por lo menos hasta que llegara allí.

Los días de frío solía ponerse un abrigo con cuello de piel, de corte militar, que le caracterizaba casi tanto como su pipa de escaramujo. Había una docena o más de agentes de Policía formados, para que él les pasase revista y eligió uno de su mismo tipo, bien afeitado y de piel obscura. Su nombre era Moreno, y era descendiente de italianos.

Este agente recibió instrucciones concretas, y el conductor que había traído a Nayland Smith al cuartel general, recibió también órdenes.

Cuando un hombre que llevaba un impermeable de color claro y un sombrero de fieltro azul obscuro (propiedad del detective Moreno), salió por una puerta lateral, caminó por la calle Lafayette, y luego cogió un taxi, nadie reparó en él. Pero con objeto de asegurarse, Nayland Smith dio la dirección, Waldorf-Astoria, se bajó frente a este hotel y atravesó el vestíbulo hacia la entrada de Park Avenue, y prosiguió en dirección a su verdadero destino a pie.

Ahora estaba seguro de que no le seguía nadie.

El despacho estaba vacío cuando Camille Navarre salió de su habitación y cruzó hacia la larga mesa situada delante de las ventanas. Un extremo había sido equipado con material de oficina.

Había una silla forrada de cuero y al lado un dictáfono. Un cilindro permanecía en el aparato, ya que Craig había estado dictando cuando fue llamado al laboratorio. Al otro extremo, estaba situado un taburete de delineante. También había algunos bolígrafos, lapiceros, pinceles, botes de tinta de colores y cosas similares. Se hallaban al lado de un tablero abatible de dibujo, iluminado por una lámpara tubular.

Camille dejó varias cartas mecanografiadas sobre la mesa y después permaneció allí estudiando el diagrama sin terminar, fijado al tablero con chinchetas.

Poseía una tranquila compostura, que rara vez la abandonaba.

Como dijo Craig en cierta ocasión, ella imprimía sosiego al lugar.

Su traje sencillo no acentuaba demasiado su esbelta figura, y su cabello estaba recogido hacia atrás, tirante, con un lazo en la nuca. Llevaba gafas de montura negra, y parecía, en todos sus detalles, la perfecta secretaria de un científico.

Un tenue sonido, el click de una cerradura, hizo patente el hecho de que Craig estaba a punto de salir del laboratorio. Camille volvió a su habitación.

Acababa de irse ella cuando se abrió la puerta del laboratorio y Craig bajó los tres escalones. Un hombre con una bata blanca, que llevaba un par de extraños anteojos en la mano, se detuvo en lo alto. Su silueta contrastaba con la luz verdosa.

Al abrirse la puerta, se había hecho perceptible una curiosa vibración, algo que más que oír se podía sentir.

—En resumen, doctor —estaba diciendo— podemos enfocar, pero no podemos controlar el volumen.

Craig habló por encima de su hombro.

—Cuando podamos hacer las dos cosas, Regan, daremos a los expertos una lección que les hará morir de envidia.

Regan, un técnico con aire de persona capacitada, de cabello gris y con una cabeza perfectamente dotada para las matemáticas, sonrió mientras regresaba al laboratorio.

—Dudo que el señor Frobisher quiera que demos ninguna «lección» en público —dijo secamente.

Al cerrarse la puerta, cesó la vibración.

Craig estuvo un momento estudiando el diagrama iluminado,

como había hecho antes Camille. Encendió un cigarrillo y entonces reparó en las cartas sobre la mesa. Se dejó caer en la silla, encendió una lámpara de lectura y se colocó las gafas.

Un momento después ya estaba levantado de nuevo, cuando se abrió de improviso la puerta del despacho y entró apresuradamente un individuo seguido de cerca por Sam.

—¡Espere un momento! —Sam estaba alterado—. ¡Escuche! ¡Espere un minuto!

Craig dejó caer sus gafas en la mesa, observó la situación y avanzó impulsivamente con la mano extendida.

—¡Nayland Smith! ¡Por todos los santos, Nayland Smith!

Intercambiaron apretones de manos, sonriendo abiertamente.

—¿Cómo? Pensé que estaría en Ispahan o en el Yucatán o en algún otro sitio.

—Casi acierta a la primera. Pero estuve en Teherán. Hace tres días que regresé. Tenía asuntos más urgentes aquí.

—Espere un momento —murmuró Sam, con la vista echada hacia atrás. Craig se dirigió a él.

—Tranquilízate, Sam. Es un viejo amigo.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí y no creo que tenga ningún pedazo de cuerda.

Sam le miró agresivamente cara a cara, masticando de forma exagerada y después se marchó.

—Siéntese, Smith. ¡Qué agradable sorpresa! Pero, ¿a qué viene este ajetreo? ¿Qué se trae entre manos?

Nayland Smith se había encaminado hacia los ventanales que ocupaban casi completamente la pared oeste. Contemplaba una pequeña terraza exterior, rodeada de un decorativo parapeto. Miró más allá, donde los cientos de ojos de uno de los rascacielos resplandecían en el crepúsculo. Se volvió.

—¿Alguien más tiene acceso a este piso

—Sólo el personal. ¿Por qué?

—¿Qué quiere decir con el personal?

—¡Quiero decir el personal! ¿Es que estoy en el estrado de los testigos? Si quiere saberlo, el personal permanente consiste en yo mismo, Martin Shaw, mi ayudante, un graduado de la universidad de Columbia, John Regan, técnico, procedente de la Vickers y la señorita Navarre, mi secretaria. Ella también tiene preparación

científica. Excepto Sam, que se cuida de las reparaciones, y el señor Frobisher, nadie más tiene acceso al laboratorio. ¿Me explico con claridad?

Nayland Smith miraba hacia la puerta de acero y tiraba del lóbulo de la oreja izquierda, un gesto que denotaba una intensa concentración, y con el que Craig estaba familiarizado.

—No toma suficientes precauciones —soltó— yo entré sin ninguna dificultad.

Morris Craig se sintió vagamente consciente del peligro. Recordó con intensidad la excitación nerviosa, aunque reprimida, de Michael Frobisher. Tampoco podía ignorar la tensión mostrada ahora por Nayland Smith.

—¿Para qué tomar precauciones? ¿Qué debemos temer?

Smith le recorrió con la vista. La expresión de sus ojos era de dureza.

—Escuche Craig. Nos conocemos desde que usted estaba en Oxford. No hay necesidad de andar con tapujos. No sé en qué está trabajando aquí, pero voy a pedirle que me lo diga. Aunque hay algo que sí sé. A menos que haya cometido el mayor error de mi vida, uno de los primeros cerebros del mundo hoy en día le ha localizado.

—Pero Smith, no me dice nada con eso…

—No tengo tiempo ahora. Puse el cebo en una pequeña trampa cuando venía hacia aquí. Voy a prepararla.

—¿Prepararla?

—Exacto. Perdone.

Smith se dirigió a la puerta.

—El ascensorista debe de haberse marchado.

—No lo ha hecho. Le ordené que se quedara.

Nayland Smith salió tan rápidamente como había entrado.

Craig permaneció de pie por un momento, mirando a la puerta que Smith acababa de cerrar. Tenía el presentimiento de que una amenaza inminente se acercaba a él con paso sigiloso, como una nube de tormenta. Se rascó la barbilla reflexionando y volvió a sus cartas. Las firmó y apretó un botón.

Camille Navarre entró silenciosamente y se acercó a la mesa. Craig se quitó las gafas y miró hacia arriba, pero los ojos de Camille estaban fijos en las cartas.

—¡Ah! Señorita Navarre, aquí están. —Se las devolvió—. Y le he grabado otra bastante larga, un poco en broma, en este aparato. —Señaló al dictáfono—. ¿Le importaría sacar el cilindro y escuchar mi parloteo?

Camille se inclinó y cogió el cilindro de la máquina.

—Su dictado está muy claro, Dr. Craig.

Hablaba con un leve acento, más marcado en cuanto a la entonación que en la pronunciación. Era una voz tenue, cálida y seductora. Craig nunca se cansaba de oírla.

—Lo tomo como un dulce cumplido. Cuando oigo mi propia voz, me parece que suena como un papagayo medio estrangulado. La forma en que usted la interpreta es formidable.

Camille sonrió. Tenía unos labios bellamente moldeados, pero un tanto desdeñosos.

—Gracias, pero no es difícil.

Puso el cilindro en la caja y se volvió para marcharse.

—¡Por cierto! Tiene usted una invitación del jefe. Le espera en Falling Waters para el fin de semana.

Camille esperó pero sin volverse. Si Craig hubiera visto la expresión de su cara, se habría extrañado.

—¿En serio? Es muy amable por parte del señor Frobisher.

—¿Podrá venir? Yo también voy, la llevaré en el coche.

—Se lo agradezco mucho. Sí, me encantaría ir.

Se volvió ahora y su sonrisa era radiante.

—Espléndido. Nos pondremos en camino temprano. El sábado no hay trabajo.

Había felicidad en el tono de Craig y también en su mirada. Camille bajó la vista y se dirigió a la puerta.

—Bueno…, —añadió— ¿está la máquina de escribir estropeada otra vez?

—Sí, —Camille frunció los labios— pero me las he arreglado para que funcione.

—¿Con un trozo de cuerda?

—No, —se rió suavemente— con una horquilla.

Mientras ella salía, Craig volvió a su tablero de dibujo. Pero le resultaba difícil concentrarse. Continuó pensando en esa simpática mueca particular de Camile.

De pronto se abrió la perta del despacho, y Nayland Smith entró de nuevo como un viento ardiente del desierto. Ya no llevaba el impermeable con el que había aparecido la primera vez, ahora vestía un chaquetón con cuello de piel.

—¡Le he perdido, Craig! —le espetó—. Se me ha escurrido entre los dedos. ¡El muy canalla!

Craig se dio media vuelta, apoyando el codo en un ángulo del tablero.

—¡Por supuesto! —dijo— si se está entrenando para los juegos Olímpicos, o lo que sea, déjeme que dirija su atención a los espacios abiertos de Central Park. Yo trabajo aquí, o al menos lo intento.

La mirada de Nayland Smith le hizo callar. Se levantó.

—¡Smith! ¿Qué pasa?

—¡Asesinato! —Nayland Smith soltó la palabra como un disparo —. ¡Acaba de mandar a un hombre a la muerte, Craig!

—¡Por todos los santos! ¿Qué quiere decir?

—Simplemente lo que ha oído.

De pronto Morris Craig comprendió que algo había destrozado, aunque temporalmente, el indomable espíritu que él conocía tan bien. Se acercó a Sir Denis y le puso la mano sobre el hombro.

—Lo siento Smith. Perdone mi estúpida frivolidad. ¿Qué ha pasado?

La cara de Nayland Smith tenía aspecto de agotamiento, al cruzar sus ojos con la mirada sincera de Craig.

—Craig, desde que llegué a Nueva York me han estado siguiendo. Hace un rato que salí de la Jefatura de Policía, vistiendo un abrigo y un sombrero prestados. Un hombre que se parecía algo a mí, tenía órdenes de venir al edificio Huston en el coche que he estado usando todo el día. Tenía que llevar puestos mi propio sombrero y abrigo.

—¿Y bien?

—El obedeció estas órdenes. El chófer, que está fuera de sospecha, no advirtió nada raro en el camino. No había indicios de que fueran seguidos. Yo había calculado que lo serían, y había dispuesto mis planes de acuerdo con eso. Bajé a la calle para ver cómo el perseguidor caía en mi trampa.

—¡Continúe, Smith! ¡Por el amor de Dios!, ¿qué ha pasado?

—Esto.

Nayland Smith desenvolvió cuidadosamente un pequeño objeto puntiagudo y lo dejó en la mesa. Craig iba a cogerlo, cuando:

—¡No lo toque! —exclamó bruscamente—. Es peligroso, excepto en las plumas. Primitivo, Craig, pero mortal… y silencioso. Consiga que el laboratorio analice la substancia de la punta del dardo. El *curare* es demasiado normal para el hombre que ideó esto.

—¡Smith! estoy anonadado. ¿A qué se refiere?

—Lo lanzaron, o tal vez lo soplaron por un tubo, a la cara de Moreno a través de la ventanilla abierta del coche. Se le quedó clavado en la barbilla, y él mismo se lo sacó. Pero cuando el coche llegó aquí, estaba ya completamente insensible, y…

—¿Quiere decir que ha muerto?

—Le envié con toda rapidez directamente al hospital.

—Querrán esto para analizarlo.

—Había otro. El primer dardo debió de fallar el blanco.

Nayland Smith se dejó caer inanimadamente en la silla, mirando a Craig. Sacó su ennegrecida pipa de escaramujo, y empezó a llenarla del contenido de una gastada tabaquera.

—Afrontemos los hechos, Craig. Debo aclararle que una misteriosa epidemia del Este se extiende sigilosamente hacia el Oeste. No estoy en Manhattan por cuestiones de salud. Estoy aquí para intentar rechazarla.

Colocó la tabaquera en su bolsillo y encendió la pipa.

—Soy todo oídos, Smith. Pero, por amor de Dios, ¿contra qué diablos se enfrenta?

—Escuche. Por lo menos seis destacados miembros del gobierno soviético han muerto o desaparecido en los últimos meses.

—¿Una de esas purgas? Muy corrientes en las dictaduras.

—De acuerdo, una purga. Pero no llevada a cabo por el Kremlin. Josef Stalin está siendo protegido como nunca hasta ahora lo había estado.

Craig tentó la mesa a su espalda buscando el paquete de cigarrillos.

—¿Qué se está tramando, Smith? ¿Tiene algo que ver con las noticias de Londres?

—¿Se refiere a la desaparición de los dos ministros del gabinete socialista? Indudablemente. Han desaparecido de la misma manera.

—¿De la misma manera? —Craig encontró lo que buscaba.

Encendió un cigarrillo—. ¿En qué forma?

Nayland Smith sujetó la pipa entre sus dientes y fijó su mirada en Craig.

—A la manera del Dr. Fu Manchú.

—¡El Dr. Fu Manchú! Pero…

La puerta del cuarto de Camille se abrió y ella salió. Llevaba en su mano unas cuantas hojas mecanografiadas. Aquel lado de la oficina aparecía en penumbra, ya que sólo estaban encendidas las lámparas de la mesa; de tal modo que a los dos hombres les fue difícil descifrar su expresión cuando se volvieron y se quedaron mirándola.

Pero ella se detuvo ante su vista y se quedó quieta.

—¡Ah!, perdone Dr. Craig. Creí que estaría solo.

—No importa —dijo Craig—. No se vaya señorita Navarre. Es mi amigo Sir Denis Nayland Smith. Le presento a mi nueva secretaria, la señorita Navarre.

Nayland Smith la contempló un momento, se inclinó cortésmente y se acercó a la ventana.

—¿Qué quería, señorita Navarre? —preguntó Craig.

—Era sólo este último cilindro, doctor Craig. Quería asegurarme de que lo había hecho correctamente. Esperaré hasta que esté desocupado.

No obstante, Nayland Smith miraba hacia la enjoyada obscuridad de afuera, sin fijarse en el rascacielos que se erguía como un teocalli[1] iluminado contra el cielo. En su lugar, vio un salón, con paneles de madera, de un restaurante, donde una pelirroja atractiva estaba sentada con un hombre. Vio al espía de rostro cetrino cenando solo en una mesa cercana.

La chica del restaurante no llevaba el pelo recogido hacia atrás, de aquella manera tan tirante, ni tampoco llevaba gafas.

Sin embargo, la chica del restaurante y la señorita Navarre eran la misma persona.

3

En una pequeña tienda embutida entre establecimientos de mayor categoría, un joven oriental de aspecto atractivo se hallaba sentado detrás de un estrecho mostrador, escribiendo bajo la luz de una lámpara con pantalla de papel. El sitio apenas sí era mayor que una simple caja y estaba completamente rodeado de misteriosos jarrones sellados, paquetes de pebetes envueltos en papel «pakapu», cuencos de bronce, cajitas de rape, collares de cuentas y otros objetos discordantes dentro de un surtido evidentemente variado.

Tintineó una campanilla, al tiempo que se abría la puerta.

El hombre que entró era tan enorme que producía la impresión de una multitud. Por el aspecto y la manera de vestir parecía una especie de obrero.

El joven oriental le contempló impasible.

—¿El señor Huan Tsung? —preguntó el hombre.

—El señor Huan Tsung no estar en casa. ¿Venir antes muchas veces?

—Siete.

El joven asintió.

—Darme usted el mensaje.

El visitante sacó un sobre de un bolsillo interior de la chaqueta a cuadros y se lo entregó por encima del mostrador. Fue recibido con otra inclinación de cabeza y depositado en una repisa. Acto seguido el mensajero salió de la tienda. El joven chino siguió escribiendo.

Uno o dos minutos más tarde un punto de luz se encendió bajo el mostrador, donde habría resultado invisible para cualquier cliente que estuviera en la tienda.

El joven colocó el sobre en un armarito y apretó un botón. La luz bajo el mostrador desapareció y el impasible dependiente de la

tienda continuó escribiendo. Usando tinta china, escribía con un pincel complicados y bellos ideogramas en caracteres chinos clásicos.

En una habitación de un piso superior, cuyas paredes estaban decoradas con paneles de sedas pintadas, el viejo Huan Tsung se hallaba sentado en un diván. Su aspecto recordaba el retrato tradicional de Confucio. Junto a él estaba situado un armarito que se correspondía con el de la tienda en el piso de abajo. De este armarito extrajo un mensaje, lo leyó y lo dejó caer, junto con el sobre, en un brasero encendido.

Acto seguido volvió a colocar entre sus arrugados labios la boquilla de una larga pipa.

Cercano al diván, sobre una banqueta lacada, estaba colocado un globo de cristal, semejante al situado en la mesa larga y estrechad el estudio anexo al despacho del Profesor Hoffmeyer.

Durante un rato no sucedió nada. Huan Tsung fumaba complacido; el reflejo del brasero proporcionaba un aspecto demoniaco a sus rasgos benignos.

Al cabo de un rato el globo de cristal pareció animarse, como si una pequeña luna emergiera de una nube. En el interior se materializó un rostro demacrado pero maravilloso, con el ceño de un filósofo. En sus ojos verdosos, lunáticos, se vislumbraban las llamas de una voluntad indomable.

Abajo, en la tienda, sonó el zumbido de un teléfono, inaudible en la habitación damasquinada del piso superior. El paciente escribano depositó el pincel a un lado, tomó el auricular y escuchó. Volvió a colgar el auricular, garabateó unas cuantas líneas a lápiz, colocó el papel en el armarito y pulsó el botón.

Con un ademán Huan Tsung recogió el mensaje. Echó un vistazo y dejó caer el papel en el brasero. El rostro en el globo se había materializado completamente. Unos ojos dominantes se fijaron en los de Huan Tsung. Este habló.

—¿Me llamaba, doctor?

—Sin duda tiene usted información reciente.

—Excelencia, el último informe, que acaba de ser entregado, es de las siete y veintiséis minutos de la tarde. Nayland Smith se marchó de la calle Centre a las siete veintitrés. Fue seguido por nuestro agente, que realizó la operación satisfactoriamente.

—¡Satisfactoriamente! —podía detectarse un matiz en sus tonos sibilantes—. Puede que le haya comprendido mal. ¿Qué método se usó?

—El B. W. 63, del que me queda un poco todavía, y dardos emplumados. Di instrucciones a Sha Mu, que es un experto, y él hizo blanco al segundo intento. Adelantó al coche de la Policía sin ser detectado y se puso a salvo. Se llevaron a Nayland Smith al Instituto Rocherfeller sin sacarlo del coche.

Huan Tsung tenía los ojos cerrados. Su cara mostraba una máscara de complacencia. Hubo un breve silencio.

—¡Abra los ojos! —Huan Tsung lo hizo, al tiempo que sentía cundir el desánimo—. Creen que el Profesor Lowe será capaz de salvarle. Se equivocan. En cuanto a su acción no estuvo bien planeada. Espere instrucciones para establecer contacto.

—Queda anotada la orden de Su Excelencia.

—Resuma los otros informes.

—Hay pocos que tengan importancia. El Emir Ornar Khan murió en Teherán esta mañana.

—Está bien. La visita de Nayland Smith a Teherán no sirvió de nada. Dé instrucciones a Teherán.

—Queda anotada la orden de su Excelencia. Últimamente no ha llegado ningún informe de Moscú, ni tampoco de Londres.

Se hizo el silencio. Los ojos verdes en el globo de cristal se iban nublando, cubiertos por una filmina casi de un modo patológico. La nube pasó. Fulguraron de nuevo al igual que esmeraldas.

—Ha destruido lo que podía habernos sido muy útil. Y lo que es peor, ha despertado a un nido de avispas. Nuestra tarea ya era lo suficientemente ardua, usted la complica. Cierto que yo tenía planeada una desaparición. Pero este torpe asesinato. ..

—Creí que había obrado bien.

—Un pensamiento legítimo es fruto de la sabiduría y la experiencia. Los pensamientos, al igual que los niños, pueden resultar bastardos.

La luz se disipó en el cristal. El viejo Huan Tsung volvió a fumar, recapacitando sobre el problema de la falibilidad humana.

—¡Esto es inhumano! —musitó Nayland Smith.

Junto a Morris Craig se hallaba situado bajo una cúpula en un extremo del laboratorio Huston. Era opaca, pero tenía cuatro aberturas pequeñas. Emplazado en ella, más bien como en un observatorio, había un instrumento muy parecido a un telescopio, con la diferencia de que parecía hecho de un metal negro pavonado y no contenía lentes.

A través de las cuatro aberturas, Nayland Smith alcanzaba a ver las estrellas.

Al igual que Craig llevaba puestos unos anteojos de cristales verdosos.

La parte del instrumento que correspondía a la que contiene el ocular en el telescopio verdadero se apoyaba sobre una mesa gruesa, cubierta por una capa de una substancia gris de quince centímetros de espesor. Estaba enmarcada por un enorme rastrillo del mismo material que acababa de ser levantado. Un olor acre impregnaba el ambiente.

—Parte del terreno sobre el que está asentado Manhattan es radiactivo —explicó Craig—. Y hasta cierto punto también lo son los edificios. Hasta que descubrí eso no conseguí resultado alguno.

Regan había desconectado los potentes motores de una maquinaria compleja, montada sobre una plataforma de hormigón. Era una maquinaria que emitía una especie de radiación y creaba una vibración que parecía penetrar en la espina dorsal de los presentes.

Nayland Smith había presenciado cómo una mesa de acero macizo se había disuelto, o, mejor dicho, se había dispersado, desintegrado, evaporado con un centelleo deslumbrante.

Una pizca de polvo verdoso fueron los únicos restos.

—Conserve los anteojos puestos un momento —dijo Craig—. Supongo que se ha dado cuenta de que ésta es solamente una planta piloto. Me falta añadir que el problema final, que creo tener resuelto ya, es el transmutador.

—Bonita palabra —replicó Smith—. ¿Qué significa?

—Pues, resulta un tanto difícil definirla. Digamos que anillos y anillos de neutrones y una buena cantidad de plutrones. Es un método para controlar y dirigir el enorme poder generado aquí.

Nayland Smith se quedó mudo durante unos instantes. Estaba aturdido por lo que había visto, anonadado por sus implicaciones.

—Si he comprendido bien, Craig —dijo rápidamente— este invento le permite tener acceso al gran cinturón de rayos ultravioleta que, según me dice, envuelve la atmósfera terrestre a ciento setenta kilómetros de la ionosfera, o cosa parecida.

—Más o menos. Uso el término ultravioleta por comodidad. Del mismo modo que llamamos naranjada a una preparación que no contiene naranjas.

—Hasta ahí lo entiendo. Ahora dígame, ¿cuando esté completo su transmutador, qué van a hacer con este invento?

Craig se quitó los anteojos verdosos y se apartó el pelo hacia atrás. —Bueno, probablemente podría impedir que cualquier clase de proyectil o avión penetrase en la atmósfera dentro de un área controlada. Mejor dicho, si pudiera dirigir mi poder hacia arriba y hacia afuera.

—¿Y neutralizar la amenaza de una guerra nuclear?

—Supongo que sí.

—¿Y si lo orientase hacia abajo y hacia adentro? —replicó Smith.

—Bueno —Craig sonrió modestamente—, de momento eso es todo de lo que soy capaz y usted ha visto uno de los experimentos.

Nayland Smith se quitó los anteojos de un tirón.

—¿Se da cuenta de lo que significa?

—Claro que sí. ¿Qué piensa?

—Significa que es usted el centro de interés de Dios sabe cuántos agentes secretos bien entrenados. Ahora sé por qué Nueva York se ha convertido en un hervidero de espías. Usted no se da cuenta del peligro que corre.

Morris Craig empezó a sentirse desconcertado.

—Explíquese con claridad. ¿Qué peligro? ¿Por qué estoy en peligro?

La expresión del rostro de Nayland Smith se tornó casi salvaje.

—¿No corrí peligro yo al venir aquí? Además, dígame, ¿qué le pasó a Sven Helsen, el inventor de la lámpara Helsen?

—No lo sé.

—¿Y al Profesor Chiozza, en su estrotoplano, en el que se elevó para sobrepasar la atmósfera terrestre?

—Probablemente se pasó de rosca y se quedó fuera.

—En absoluto. El Dr. Fu Manchú destruye los obstáculos con la

facilidad con que nosotros nos deshacemos de las moscas. Por otra parte, él colecciona cerebros especializados, al igual que algunos hombres coleccionan sellos raros. ¿Cómo se puede entrar y salir de este sitio por la noche cuando las oficinas de la corporación están cerradas?

—Mediante un ascensor especial desde el piso 32. Hay una entrada privada en la calle, que utiliza el señor Frobisher, y un pequeño ascensor que llega a su despacho en el piso 32. El personal de investigación tiene llaves maestras. ¿Le parece suficiente seguridad?

—Para los intrusos corrientes sí. Pero este descubrimiento es cien veces más importante de lo que llegué a sospechar. Si ha habido algún hombre que haya jugado con fuego sin saberlo, ese hombre es usted… Sé que Rusia tiene un agente aquí.

—Preséntenme al mujik. Me muero de ganas por saludar a este camarada.

—No puedo. No le he descubierto aún. Por otra parte, tengo razones para creer que nuestro propio país de esperanza y gloria está interesado[2].

Craig, que en ese momento abría la puerta del laboratorio, hizo una pausa. Se volvió lentamente.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que Londres no puede permitir que esto caiga en manos de Moscú. Tampoco Washington está dispuesto a permitirlo. Y ninguno estaría dispuesto a que se apoderara de ello el Dr. Fu Manchú.

—¿El Dr. Fu Manchú? Creí que se trataba tan sólo de un nombre para asustar a los niños y, caso de que hubiera existido realmente, habría muerto hace mucho tiempo.

—Se equivoca, Craig. ¡Está aquí en Nueva York! Es como el ave fénix. Renace de sus propias cenizas.

Morris Craig se sintió tocado por una sensación de irrealidad, no exenta de amenazas.

Se imaginó vívidamente lo ocurrido al hombre que confundieron con Nayland Smith. Pero, cuando habló, lo hizo con deliberada frivolidad.

—Descríbame a ese tétrico personaje, para que pueda hacerle pedazos si se cruza en mi camino.

Pero Nayland Smith denegó impacientemente con la cabeza.

—Ojalá no se cruce jamás en su camino, Craig.

Sentada en su habitación, Camille Navarre acababa de hacer una llamada. Mientras hablaba, no hacía más que vigilar la puerta.

—Sí. Aquí nueve-nueve… No he podido llamarle antes. Escuche, por favor. Puede que tenga que colgar de repente. Sir Denis Nayland Smith está en el laboratorio. ¿Cuáles son mis instrucciones?

Escuchó durante un rato, con marcado nerviosismo, sin perder de vista la puerta.

—Comprendo. Sí, los planos del transmutador están prácticamente terminados. Sí, sí, claro. Ya sé que es urgente. Pero resulta terriblemente complicado. No. He sido incapaz de identificar al agente.

Durante unos instantes pasó de nuevo a la escucha, en estado de tensión.

—Sir Denis se lo ha debido de contar al Dr. Craig. Hace menos de una hora oí que mencionaban el nombre de Fu Manchú… Sí… Pero, escuche, es importante. Voy a pasar el fin de semana en Falling Waters. ¿Cuáles son mis instrucciones?

La puerta se abrió de improviso y entró Sam con su andar patizambo. El rostro de Camille no delató el menor cambio de expresión. Sin embargo, varió el tono de voz.

—Gracias, cielo —dijo mimosamente—. Tengo que colgar ahora. Ha sido un detalle bonito por tu parte el que me llamaras.

Depositó el auricular en el aparato y alzó la cara hacia Sam, sonriendo.

—¿No tendrá un par de tijeras para las uñas, señorita? —inquirió Sam.

—No las llevo encima. ¿Para qué las quiere?

—Me di un golpe en el dedo gordo del pie y me he roto la uña. ¿Ve cómo voy cojeando?

—¿Cuánto lo siento? —La voz acariciadora de Camilla revelaba auténtica comprensión—. Pero creo que hay unas tijeras bien afiladas en la mesa de Craig. Puede que le sirvan.

—Está bien. Vamos a ver.

Cruzaron el despacho de fuera, que estaba vacío e invadido en su mayor parte por las sombras, excepto en aquellos lugares en que las luces de la mesa las dispersaban. Camille encontró las tijeras. Sam las examinó sin mucho entusiasmo, pero finalmente se las llevó y prometió devolverlas.

Camille se rezagó hasta que Sam cerró la puerta a su paso. Luego colocó dos cartas recién mecanografiadas sobre la mesa. Se quitó las gafas y las dejó junto a las cartas. Con el oído atento a cualquier sonido procedente del laboratorio, se inclinó sobre el diagrama fijado con chinchetas al tablero. Tomó unas notas rápidamente, moviendo los ojos del diagrama al papel.

Estaba a punto de añadir algo más, cuando un chasquido de la puerta que le resultaba familiar le advirtió de que alguien se disponía a salir del laboratorio. Tras cerrar su cuaderno de notas, regresó rápidamente a su cuarto.

En el mismo momento en que cerraba su puerta, Nayland Smith y Craig bajaban los tres escalones.

—Craig, ¿empieza a darse cuenta por qué los servicios de inteligencia de todas las grandes potencias están terriblemente interesados por usted?

Morris Craig asintió.

—Ya veo que la cosa es grave. Pero el demonio que intentó asesinarle hoy es más peligroso que ninguno.

—Mi querido Craig, él no fue quien lo hizo. Si se hubiera detenido al homicida, habría dicho que jamás había oído hablar de Fu Manchú.

—¿Quiere decir que le habrán dado instrucciones?

—No, no diría la verdad. Imagínese a un lingüista que habla cualquiera de las lenguas cultas, y una multitud de dialectos, con perfecta fluidez; un entusiasta de muchas disciplinas científicas, un individuo con el cerebro de tres hombres geniales en uno. Un maestro de esa categoría no pone su vida en manos de sicarios. No. Nos enfrentamos a un intelecto racionalmente frío, a una personalidad que está por encima de lo humano.

Cuando Nayland Smith dejó de hablar, Craig se dio cuenta de que estaba pensando en Moreno, el hombre que le había substituido y sufrido la agresión.

—Smith, ¿por qué no olvida sus problemas durante un rato y

cena conmigo esta noche?

—Me encantaría, Craig. ¿Qué le parece si fuera en mi hotel? Le espero allí dentro de una hora. Pero permítame que le diga que no es mi problema. ¡Es el suyo! Cuando salga, haga que ese hombre, Sam, le busque un taxi. Y que vaya con Ud. Me imagino que no se habrá marchado.

—No. Anda por ahí. En esta casa somos trasnochadores. Dígame, ¿qué ventaja tiene que me acompañe Sam?

—Es un testigo. Mientras no vaya usted solo, estará a salvo.

—¿A salvo de qué?

—De un secuestro. De que le saquen de contrabando del país, por el mismo procedimiento subterráneo que se ha tragado a otros hombres, para que sean útiles a Fu Manchú.

—¿A dónde los llevan? ¿De qué utilidad le pueden ser?

—No sé a dónde van —replicó Nayland Smith— pero lo sospecho. En cuanto a su utilidad, es parecida a la de las hormigas para los áfides. Con la diferencia de que el Dr. Fu Manchú exprime sus cerebros.

Sin que se dieran cuenta, la puerta del cuarto de Camille había estado abriéndose lenta y silenciosamente.

—Empieza a ponerme nervioso de verdad, Smith. No se le habrá ocurrido hacer frente al peligro sin ayuda alguna.

Nayland Smith denegó con la cabeza taciturnamente, al tiempo que se ponía el abrigo que había traído mala suerte al pobre Moreno.

—Abajo me espera un guardaespaldas. ¡Algo que nunca creí que llegara a aceptar! Pero es que el Dr. Fu Manchú no codicia mi cerebro, sino que desea mi muerte.

—¡Por Dios Santo, tenga cuidado, Smith! El ascensorista se marcha a las siete, así que le acompañaré hasta la calle.

—Ahórrese la molestia. Tiene trabajo que hacer. Conozco el camino. Présteme su llave maestra. Quien esté aquí de guardia le puede prestar a usted la suya. Y recuerde: no se aparte de Sam hasta que llegue a mi hotel.

La puerta de la habitación de Camille empezó a cerrarse.

4

Y esa misma noche Manhattan seguía danzando alegremente.

Los comensales que abarrotaban los restaurantes se trasladarían más tarde a teatros, salas de baile y bares, que también estarían hasta los topes. Broadway, una fantasía que H. G. Wells[3] había inventado hacía mucho tiempo, pero que jamás había creído que se convirtiera en realidad, atronaba y resplandecía y proyectaba contra el cielo un fulgor rabioso, que era visible a lo largo de kilómetros y kilómetros, como si se tratara del incendio de Roma.

Entretanto, en la cima de un edificio más alto que las torres de los primeros astrólogos, los sacerdotes de Bel, un mago moderno, de Merton College, Oxford, atrapaban y se disponían a domar los poderes incontrolados que esclavizan a nuestro pequeño mundo. Sus hechizos eran las fórmulas matemáticas y su círculo mágico se basaba en el acero y el hormigón. Habiendo estado absorto en la contemplación de las facetas puramente científicas de su tarea, sólo ahora empezaba a infiltrarse en su conciencia (un espectro maligno, que nos aterra y nos deja helados) la idea de que tenía en sus manos los medios por los que la ciudad de Nueva York pudiera quedar reducida a cenizas, como Nínive y Tiro.

«Pero, dirigido hacia abajo y hacia dentro…», había preguntado Nayland Smith. En ese instante de fría lucidez Morris Craig se dio cuenta de que dirigida hacia abajo y hacia fuera la planta secreta, montada con tanto cariño y disimulo en el laboratorio Huston, podría borrar del mapa totalmente una gran parte de Manhattan.

Manhattan seguía danzando.

Sintiendo nuevas dudas, casi a disgusto, Craig extendió su diagrama, a punto de quedar terminado. En la irreflexiva carrera en pos del dominio del mundo, muchos gobiernos, incluyendo (según

Nayland Smith) el de Gran Bretaña, vigilaban cada paso en sus experimentos. Y el doctor Fu Manchú también le vigilaba.

La Huston Electric Corporation no debía detentar la posesión exclusiva de esta nueva fuente de poder.

En el caso de que estos observadores desconocidos no acertaran a descubrir el secreto y de que Washington no interviniera ¿qué pretendía hacer Michael Frobisher con el invento?

Es más. ¿Qué pretendía hacer él mismo, su inventor, Michael Craig?

Forzoso era admitir que, desde el momento de inspiración que le había conducido a aquellos resultados hasta el momento presente, jamás se había parado a pensar en la posible aplicación de la fuerza monstruosa que había domeñado.

Al tiempo que echaba hacia atrás su obstinado mechón, rechazó aquellas ideas, que eran improductivas y simplemente perturbadoras, y se sentó a leer dos cartas que Camille Navarre le había dejado para que las firmara.

El poseía la capacidad, indispensable para el éxito en el campo de la investigación, de abstenerse de cualesquiera pensamientos que no estuviesen directamente relacionados con el problema que tenía delante.

Pero, en el momento en que recogía las páginas mecanografiadas se produjo una nueva intromisión.

Sobre la mesa había un par de gafas de montura negra. Sabía que eran de Camille y se sorprendió de que las hubiera olvidado.

A menudo se había preguntado qué defecto empañaba aquellos bellos ojos, así que se quitó sus gafas y se puso las de ella. Craig tenía buena vista, pero durante largas horas de trabajo se ayudaba con las gafas, simplemente para combatir un ligero astigmatismo del ojo izquierdo. Sus gafas eran de escaso aumento.

Sin embargo, ¡las de Camille no proporcionaban aumento alguno!

Antes de volver a dejarlas sobre la mesa comprobó que se trataba de unos cristales normales.

En cuanto hubo firmado las cartas, apretó un botón.

Camille entró con su habitual compostura y se acercó a la mesa.

—¡Qué tonta soy, Dr. Craig! —dijo—. He debido de olvidar mis gafas aquí cuando traje las cartas.

Craig alzó la vista hacia ella. Sí, tenía unos ojos bellísimos. El pensó que eran de un azul intenso, pero parecían cambiar de acuerdo con sus pensamientos y emociones. Su color evasivo le recordaba el Mediterráneo, un día de esos en que las nubes parecen flotar en lo alto del cielo.

Ella sostuvo su mirada durante unos instantes y luego se volvió a un lado para recoger las páginas mecanografiadas y las gafas de montura negra.

—El último cilindro parecía rayado y hay una o dos palabras de las que no estoy segura.

Pero Craig continuaba mirándola a los ojos.

—¿Por qué se empeña en usarlas? —preguntó—. No le hacen falta.

—¿A qué se refiere Dr. Craig?

—Pues que no son lentes de aumento. ¿Por qué enmarcara esas adorables piezas de óptica humana con dos vidrios vulgares?

Camille titubeó. No había previsto que él lo descubriera y su corazón latía con suma rapidez.

—Sí, claro, le parecerá extraño. Es verdad que no son lentes de aumento. Pero, en cierta forma me ayudan a concentrarme.

—Evite el concentrarse —le aconsejó sinceramente—. Prefiero verla relajada. Le he echado una ojeada a la carta…

—Intenté mecanografiarla lo mejor posible.

—Lo mejor en usted significa la perfección. Ha transcrito exactamente lo que dije y con los términos científicos precisos. —Levantó la vista hacia ella con franca admiración—. Tiene usted un bagaje científico de primerísima calidad. Notas máximas en la universidad de la Sorbona.

Camille cerró los párpados. Craig estaba seguro de que sus largas pestañas eran obra de Dios y no de Elizabeth Arden.

Pero, en un tono extrañamente constreñido, se limitó a decir:

—Gracias, Dr. Craig.

Se alejó llevándose las cartas firmadas y sus gafas. Craig se volvió y contempló su esbelta figura.

—Búsquese un rato libre para comer un bocado —le aconsejó—. Se lo toma demasiado en serio. Con tal de que pueda dedicarme una hora a partir de las diez, el mundo seguirá siendo maravilloso.

—Quizás tenga razón, aunque en realidad no tengo hambre.

Se retiró a su habitación y cerró la puerta. Estuvo sentada mucho rato, con la vista fija hacia delante y las gafas inútiles en la mano… El era tan amable, tan delicadamente comprensivo. Cuando tenía que dar órdenes, casi pedía perdón y las enmascaraba bajo aquella forma de hablar afectada, que hacía creer a mucha gente que era algo frívolo, si bien Camille nunca se había dejado engañar.

Sin duda alguna era inteligentísimo. Algún día el mundo se daría cuenta de que había un nuevo genio en su seno.

Era tan inteligente que a ella le costaba creer que su explicación le hubiera convencido. Obligada a improvisar, había salido del lance lo mejor posible, pero sabía que se limitaba a posponer el momento decisivo. Acababa de conocer a Sir Denis Nayland Smith y, dada su fama, temía que su secreto no durara mucho tiempo. Y Smith se lo contaría a Morris…, si bien no estaba segura de ello.

Entretanto Craig estaba recogiendo sus materiales antes de ir a reunirse con Nayland Smith. Puso en orden, hasta cierto punto, los lápices, tinteros y demás parafernalia. Levantó el tablero al que estaba fijado el plano y cruzó el despacho con él a cuestas. Se detuvo ante una gran caja de caudales, colocó el tablero en el suelo, sacó un manojo de llaves, manipuló la combinación y abrió la caja.

Colocó el plano en el interior y volvió a cerrar con llave la puerta de acero.

Hecho esto, regresó a su mesa y pulsó un botón de la centralita.

—Laboratorio —dijo con voz cansada—. Aquí Regan.

—Voy a salir a cenar, Regan. ¿Quiere consultarme algo antes de que me marche?

—Nada, doctor.

—Bien. Estaré de vuelta hacia las diez.

Se levantó, luego se quedó de pie durante unos instantes, completamente quieto y a la escucha.

A sus oídos había llegado el sonido de una tos, breve y áspera, más parecida a la de un perro que se ha tragado un fragmento de huevo, que a la de un ser humano.

Cruzó el despacho, abrió la puerta y se asomó al descansillo. Estaba vacío.

—¡Sam! —llamó.

Sam surgió de no se sabe dónde, mascando chicle con vigor.

—Diga, jefe.

—¿Has tosido?

—¿Yo? No, señor. ¿Por qué?

—Creí que había oído toses. No te alejes. Dentro de un momento quiero que vengas conmigo.

Regresó al despacho, recogió su chaqueta, que estaba colgada de un gancho, se la puso y luego se echó el abrigo al brazo. Estaba a punto de coger el sombrero cuando recordó algo. Dejó caer el abrigo en el respaldo de una silla, se encaminó hacia el cuarto de Camille, dio un golpecito en la puerta y entró.

Ella alzó la vista sorprendida; acto seguido echó una mirada a las gafas, que estaban sobre el escritorio.

—Perdón, señorita Navarre. ¿Puede prestarme su llave? Le dejé la mía a Nayland Smith.

Los ojos de Camille parecieron cambiar de color, pero aquel ligero mohín de sus labios, que preludiaba una sonrisa, tranquilizó a Morris.

—Desde luego, Dr. Craig.

Sacó un llavero de su bolso y empezó a separar la llave que abría los dos ascensores y la puerta de la calle. Craig la contempló mientras manipulaba con sus hábiles dedos marfileños y notó con aprobación que ella no usaba la clase de esmalte de uñas que hace pensar que quien lo lleva ha estado destripando un cerdo.

—¡Un momento! —exclamó Craig—. Tranquila. Deme tiempo a reflexionar.

Camille alzó la vista.

—¿Qué ocurre Dr. Craig?

—¿Cómo se va a tomar un bocado, tal como le recomendé, si me llevo su llave?

—No tiene importancia.

—Tiene mucha importancia. No la voy a dejar encerrada en la torre del ogro sin medios para escaparse. Le pediré la llave a Regan.

—Pero…

—No hay pero que valga. Quiero que salga a tomar algo, como una buena chica.

Le hizo adiós con la mano y desapareció.

Camille se quedó sentada contemplando la puerta durante un

minuto entero después de que él la cerrara.

—Acaso sea mejor que cenemos en el restaurante del hotel —dijo Nayland Smith—. Yo también espero llamadas.

—¿Puedo decirle que empiezo a respirar con mayor desahogo? —admitió Craig—. Nunca me imaginé que tuviera que moverme por Nueva York como por territorio enemigo. ¿Qué noticias tiene de Moreno?

Smith desprendió la ceniza de su pipa con un cuidado poco habitual.

—Pobre hombre —dijo quedamente.

—¿Tan mal está?

Smith asintió. —Fui a verle después de salir de su despacho. Habían llamado a su mujer. Muy joven, poco más que una cría. No llevan casados más de seis meses. Maddison Lowe es probablemente el cirujano más experto en su especialidad, pero no creo que pueda hacer nada en este caso.

—¿Han identificado el veneno?

—No. No tiene parecido alguno con el *curare*. Y no hay síntomas de tétanos. Está completamente inconsciente y se muere poco a poco. Supongo que debería darle las gracias al Dr. Fu Manchú. Sin duda es una muerte sin dolor.

—¡Santo Dios; Smith! Me entran escalofríos. ¿Qué clase de hombre es ése?

—Un genio, Craig. Está por encima de los sentimientos normales. Para él los hombres y mujeres no son más que piezas en un juego. A quien pierde utilidad, o se vuelve un obstáculo, lo elimina. Es completamente lógico.

—Puede que sí. Pero es inhumano.

—No es usted el primero que duda de que Fu Manchú sea humano, en el sentido general del término. Su longevidad es asombrosa. Sostiene que ha encontrado el modo de prolongar su vida.

—¿Y usted lo cree?

—No me cabe duda. Ya era mayor cuando le vi por primera vez en un bosque de Birmania. En aquella ocasión casi acaba conmigo por el mismo método que ahora ha usado con Moreno. De eso hace

más años que pelos tengo.

—¡Santo Cielo! ¿Cuántos años tiene?

—¡Dios sabe cuántos! Vámonos a cenar. Tenemos de qué hablar.

Cuando entraron en el restaurante, donde les saludó el maitre, que conocía a Nayland Smith, Craig observó cómo aquellos ojos acerados se movían ágilmente a uno y otro lado. Con la facilidad de quien está acostumbrado a ser el blanco de los ataques de criminales en todos los rincones del mundo, Smith analizaba rápidamente cada uno de los rostros en aquel comedor.

—Aquella mesa junto a la pared —espetó, señalándola.

—Lo siento de veras, Sir Denis. Esa mesa está reservada.

—Reserve otra y diga que se equivocó.

Con un billete de diez dólares se zanjó el asunto. A todo esto, los camareros empezaron a moverse diligentemente alrededor, a cuchichear entre sí y a lanzar miradas de reojo, a las que Nayland Smith no prestó la menor atención.

—Fíjese —explicó bruscamente en cuanto se sentaron—. Desde aquí puedo ver la entrada. Esta mesa de al lado está ocupada por gente pacífica.

Mientras Craig devoraba la mitad de un melón pequeño, Smith lo observaba disimuladamente.

—Esa secretaria suya es una chica muy atractiva —dejó caer como quien no quiere la cosa.

Craig alzó la vista.

—Coincido con usted. Y también muy competente.

—Una cabellera fuera de lo corriente.

—Ah, ¡se ha dado cuenta! Es una pena que la oculte de ese modo.

—También oculta sus ojos—dijo Smith con sequedad.

Pero Craig no contestó. Se sintió tentado de hacerlo y luego cambió de idea. En lugar de ello examinó una lista de vinos que el camarero acababa de entregarle. Mientras encargaba una botella de Chateau Margaux, pensaba. «¿Habrá salido Camille? ¿Dónde habrá ido? ¿Sabe cuidarse de sí misma?» Sí, Camille tenía un cabello maravilloso y sus ojos… Por alguna razón poco clara, se puso a pensar en la tos que había oído en el despacho cuando se disponía a salir. Puesto que no provenía de Sam, ¿por qué no había seguido averiguando el origen?

—Lo peor del caso, Craig —decía Nayland Smith— es que Fu Manchú, que ha estado a punto de poner al mundo patas arriba en más de una ocasión, no es ningún vulgar criminal.

—Parece evidente.

—No lo hace en provecho suyo. Es una especie de idealista chiflado. Esta misma noche le dije a usted que hacía votos por nunca se topara con él. Mis preces eran sinceras. La fuerza que el Dr. Fu Manchú es capaz de desplegar es, por así decirlo, tan peligrosa como la que usted ha descubierto en su laboratorio. Cinco minutos de su presencia bastarían para convencerle de que se hallaba ante un personaje extraordinario.

—Me inclino a creerle. Pero no entiendo como ese César Borgia moderno puede pasearse por Nueva York sin que la Policía le eche el guante.

Nayland Smith se inclinó hacia el otro lado de la mesa y fijó su mirada imperturbable en Craig.

—El Dr. Fu Manchú —dijo muy convencido— jamás será detenido por un simple policía. En mi opinión se debería reducir a cenizas la planta en lo alto del edificio Huston —Sus palabras se hicieron más rápidas, restallantes—. Quienes ponen en peligro nuestras vidas son los científicos lunáticos como usted. Le vigilan agentes de tres gobiernos, Craig. Puede que yo sea capaz de valérmelas con los agentes, pero no hago responsable de lo que pueda pasar con Fu Manchú.

Si Morris Craig hubiera podido ver la cara del doctor chino en aquel momento, acaso habría apreciado mucho mejor el consejo de Nayland Smith.

En su apartamento tapizado de seda de la calle Pell, el viejo Huan Tsung contemplaba el globo de cristal como un devoto tibetano contempla al Gran Lama. Dentro del globo se reflejaba aquel rostro singular, de llameantes ojos verdes.

—Mis servidores se han vuelto estúpidos y bribones —dijo la voz de sonidos VH sibilantes—. Nosotros, los del Consejo de los Siete, hemos hecho juramento de salvar al mundo de su destrucción a manos de imbéciles. Nos comportamos como niños y nos cegamos.

Huan Tsung permaneció silencioso. La voz glacial continuó

hablando.

—Delatamos nuestra presencia, nuestras intenciones y nuestros métodos a los más vulgares cazadores de hombres. Todo se hubiera justificado, de haber alcanzado nuestro propósito. Disponemos de muy poco tiempo. Cualquier interferencia ahora podría ser fatal. El método empleado fue muy torpe. La víctima de nuestra equivocación no debe morir.

—La compasión, Excelencia, es atributo de los débiles.

Los ojos que imponían respeto permanecían fijos en él.

—Puedes dar gracias de que yo la manifieste hacia ti. De otro modo, esta noche hubieras ido a reunirte con tus venerables antepasados. Me mueve la eficacia, que es atributo de los sabios. Con la muerte de un policía se siembra la semilla de la represalia. Debo permanecer aquí hasta completar mi trabajo. Si el policía muere, tendré problemas. Si sobrevive, el asunto pierde gravedad. Dentro de una hora estará muerto, a menos que actuemos. Estoy preparando el antídoto. Tu cometido es hallar los medios de administrarlo… Ponte manos a la obra inmediatamente.

La luz dentro del globo se difuminó.

En el momento en que Craig comenzaba a tomar el postre llamaron a Nayland Smith por teléfono, como resultado de la conversación anterior.

Cuando volvió al cabo de poco tiempo, su rostro mostraba una curiosa expresión. En parte era una expresión de alivio; en parte era algo más.

—Se ha producido un milagro en Manhattan —dijo al tiempo que se sentaba.

Craig le miró fijamente. —¿A qué se refiere? ¡Cómo! Después de todo ¿ha ganado el Profesor Lowe?

Nayland Smith denegó con la cabeza.

—No. El Profesor Lowe había perdido la partida. Pero un médico desconocido, con instrucciones del padre de Moreno, insistió en ver al paciente. Este médico dijo que tenía experiencia gracias a haber ejercido su profesión en los trópicos. Como el caso era desesperado, se le dio permiso para intervenir, ya que, de todos modos, Moreno estaba a punto de morir.

—¿Pero murió?

—Al contrario. Recobró el conocimiento poco después de la inyección que le administró este oscuro doctor. Y ya está fuera de peligro.

—¡Un gran profesional! No se merece seguir siendo un desconocido.

Nayland jugueteó con el lóbulo de su oreja izquierda mientras adoptaba un aire reflexivo.

—Debe seguir en el anonimato. Usó el nombre de un médico que en este momento está de viaje en Filadelfia. Y no es cierto que le hubiera enviado el padre de Moreno. Este pobre señor ni siquiera sabía que su hijo estuviese al borde de la muerte.

Huan Tsung había actuado con rapidez. En cuanto a Craig, se quedó con la cuchara en las manos de puro atónito.

—En ese caso, si se trataba de un impostor, ¿qué demonios está ocurriendo?

—Es muy sencillo. Por algún oscuro motivo que no alcanzamos a comprender, el Dr. Fu Manchú ha decidido que Moreno viva. Me temo que también haya decidido que yo muera. Si actúa con una eficacia similar en mi caso, ¿qué posibilidades tengo de salvar el pellejo?

5

Sam tenía tiempo libre hasta las diez menos cuarto. Se puso a estudiar los menús en exterior de un cierto número de restaurantes. Por fin se decidió por uno adecuado a sus limitados recursos económicos. AI parecer podía pasarse con poco, así que, una vez terminada la cena, se fue a un bar, se sentó en un taburete y pidió un «bourbon»[4].

Llevaba puesta una cazadora de cuero y una gorra con visera terminada en un pico afilado. Sentado en su taburete y con la gorra echada hacia atrás, descansando sobre el occipital de su cabeza en forma de proyectil, inspeccionaba la escena a través de sus gafas, mientras encendía un cigarrillo.

—Trabaja en la Huston Electric, ¿verdad? —dijo alguien que se situó a su lado.

Sam se volvió. Un joven bien parecido, de aspecto latino, se había encaramado al taburete vecino y le sonreía amablemente. Sam se le quedó mirando fijamente.

—¿Y qué? —le preguntó.

—Nada, nada. Creí haberle visto allí.

—¿Y usted qué hacía allí?

—Iba tras un reportaje. Soy periodista.

—Vaya, ¡qué me dice!

Sam inspeccionó al periodista de los pies a la cabeza, sin mostrar aprobación.

—Así es. Me llamo Laurillard. Jed Laurillard. Siempre voy a la caza de una buena historia.

—Vaya, vaya —dijo Sam.

—Deje lo que bebe y tómese otro por mi cuenta. Estaba a punto de pedir otro trago.

—Estupendo. Me llamo Sam.

—Sam ¿qué más?

—Sam.

—¿Cuál es su otro nombre?

—Jim.

—¿Así que se llama Sam Jim?

—Al revés. Jim Sam.

—Jamás había oído ese nombre. ¿Cómo se escribe?

—Ese, a, eme. Tengo un tío que se llama igual.

Durante una décima de segundo se endureció la barbilla de Laurillard. Luego acabó por relajarse. Le dio una palmada en la espalda a Sam, se echó a reír y señaló hacia el barman.

—Está perdiendo el tiempo —declaró—. Debería dedicarse al mundo del espectáculo.

Sam hizo una mueca, pero no respondió. El segundo «bourbon» siguió el mismo camino que el primero, encontrando al parecer aún menos obstáculos.

—Parece que en la Huston están trabajando en algo nuevo —continuó Laurillard—. Van a dar la noticia la semana próxima, ¿no es cierto?

Sam levantó su vaso y parecía que lo estaba usando a modo de lente para contar las botellas en el bar.

—¿De veras? —dijo.

—Usted debería saberlo. —Laurillard hizo una señal al barman de nuevo—. Averiguar la fecha exacta me supondría una buena recompensa.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto?

—Pues… —observó a Sam que andaba ya por la tercera consumición—. Lo suficiente para que a usted le cayeran, digamos, cincuenta pavos.

Sam miró a Laurillard por encima de las gafas y terminó su consumición. No dijo nada. Laurillard se atrajo la mirada del barman y le hizo un guiño indicando el vaso de Sam. Se lo volvieron a llenar.

Después de la cuarta consumición el barman, que estaba ocupado, perdió la cuenta.

—¿Sabe a lo que me refiero? —inquirió por fin Laurillard—. Ese nuevo sistema de iluminación.

—Ya.

—¿Trabaja en él un científico inglés?

—Sí, claro.

—Pues bien, cuando se conozca el caso, va a causar sensación. Hoy en día las noticias científicas se cotizan a dólar la palabra. Con ser el primero en saberlo no hago mal a nadie. Eres un tipo listo. Me fijé en ti la primera vez que estuve allí arriba. No se me escapa nada. Es mi trabajo, ¿comprendes?

Sam vació el vaso de un trago y asintió.

—Supongamos que hicieras unas cuantas pesquisas. No hay en ello mal alguno. Nos podríamos encontrar aquí mañana. A la hora que tú digas.

—¿Qué… es lo que… quieres sa…ber, exacta…mente? —preguntó Sam.

Ya tenía la mirada extraviada. Laurillard le hizo una seña al barman y se inclinó hacia delante en plan confidencial.

—Escúchame —dijo bajando la voz—. Quiero saber cuándo se terminará el trabajo. Eso me dará una ventaja. Será bastante fácil para ti.

Delante de Sam colocaron un vaso rebosante.

—Buen…na suerte —dijo alzándolo.

—Lo mismo digo. ¿A qué hora nos vemos aquí mañana?

—Lo mismo digo. Quiero decir…, a la misma hora.

—Me parece bien. Ahora tengo que salir a toda prisa. La vida de un periodista es muy dura.

Laurillard salió apresuradamente. Una vez fuera, miró por la ventana del bar y vio que Sam se llevaba la bebida a los labios, mientras el barman le observaba comprensivo. Ya no vio lo que ocurrió después. Laurillard se dirigió a toda prisa al lugar donde había aparcado el coche.

El trayecto era más bien largo, pero menos de veinte minutos más tarde la campanilla de la tienda del Barrio Chino tintineó. Era la misma tienda donde el joven oriental bien parecido se afanaba incansablemente es escribir con un pincel y tinta china. Dejó el pincel a un lado y levantó la vista.

—¿El señor Huan Tsung? —dijo Laurillard.

—El señor Huan Tsung no estar. ¿Usted llamar antes?

Parecía como si Laurillard estuviera consultando su memoria.

Después de una pausa momentánea contestó.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Siete.

—Darme el mensaje.

Laurillard se inclinó hacia delante confidencialmente.

—Nos hemos ocupado del hombre de la Huston Electric. No podrá ir muy lejos, porque está borracho. Y lo que es mejor. Le he sondeado y creo que colaborará. Por eso vine a verle.

La respuesta fue glacial.

—Creo que se ha portado usted como un estúpido. —El joven oriental hablaba ahora en perfecto inglés—. Se ha excedido en sus atribuciones. Es usted nuevo en este trabajo. Nunca llegará a veterano.

—Pero…

—No tengo nada que añadir. Transmitiré su informe.

Garabateó unas cuantas líneas a lápiz, retomó su pincel y siguió escribiendo.

La barbilla de Laurillard se endureció y apretó sus puños enguantados.

—Adiós —dijo el laborioso escriba.

Laurillard se marchó.

En su informe sobre Sam había declarado sinceramente lo que él creía que era verdad. Pero sin duda alguna estaba equivocado.

No habían transcurrido tres minutos cuando la campanilla tintineó de nuevo. Entró un hombre patizambo, que se movía como si estuviera en la cubierta de un buque. Llevaba puesta una cazadora de cuero y una gorra con una visera grande. A través de las gafas sus ojos eran retadores. Masticaba chicle al mismo tiempo que andaba, usando el chicle como una especie de sordina.

—Oiga, ¿tiene un limpiador de pipas? —inquirió.

Sin dejar el pincel el joven oriental alzó ligeramente la vista.

—No fumar.

—¿Qué clase de antro es éste que no tienen limpia-pipas? —exigió Sam. Miró a su alrededor con aire truculento—. ¿Tendría por casualidad un trozo de cuerda?

—No haber cuerda.

Sam siguió masticando y durante un rato se quedó

contemplando el pelo negro reluciente inclinado sobre el papel. Luego, con un gruñido de despedida, Sam se marchó.

El joven estudiante chino garabateó otra nota a lápiz.

Después de marcharse Craig, Camille permaneció quieta en su habitación durante tanto rato que perdió la noción del tiempo.

Craig no había cerrado la puerta y ella recordaba vagamente que había estado llamando a Regan. Oyó el sonido de las voces cuando Regan salió del laboratorio; luego se cerró la puerta del laboratorio.

Después reinó el silencio.

El trabajo que debía realizar allí se hacía cada vez más duro, a medida que pasaban los días y las horas. Había momentos en que se rebelaba interiormente contra las obligaciones que la impedían hacer su voluntad. Había otros instantes en que luchaba contra sus sentimientos. Su mente se hallaba en perpetuo estado de turbación.

No podía seguir así. ¿En qué consistía su deber simple y llanamente?

El silencio de aquel lugar le hacía sentir opresión. Por la noche, a solas (como solía estar a veces) había experimentado algo semejante al terror. Es cierto que, o bien Shaw, o bien Regan estaban trabajando en el laboratorio, pero una puerta de acero cerrada con llave les separaba. Este terror no era del todo físico. Camille se daba perfecta cuenta de que había espías vigilando el trabajo de Morris. Pero no eran las amenazas de este orden las que le desanimaban.

Un terror más profundo yacía en algún lugar del subconsciente; un terror recóndito.

—¿Quién era el Dr. Fu Manchú?

En los labios de Morris había oído aquel nombre por primera vez. Había estado hablando con Nayland Smith. Luego la advertencia le había llegado también de otra fuente.

Pero, por encima de esta sombra amenazadora, con la inquietud que siempre produce lo desconocido, algo de mayor transcendencia se cernía en el ambiente.

Aquella parte de su ser que era francés, y por lo tanto realista, se revelaba contra los conocimientos científicos más avanzados y se preguntaba si en verdad una mayor velocidad cada día y un mayor

poder destructivo encaminaban al hombre a una creciente felicidad. Sus dudas no eran cosa nueva. Se habían interpuesto entre ella y sus profesores en la Sorbona. Las había consultado con un sacerdote que le merecía toda su confianza. Pero el pobre hombre había sido incapaz de orientarla en aquel problema espiritual concretamente.

Si Dios existía (y Camille, aunque no practicara, era cristiana hasta la médula), de seguro que los experimentos que los hombres de ciencia estaban haciendo acabarían por desatar su ira.

¿Hasta qué punto se diferenciaban de los que habían atraído la ira divina en la Torre de Babel?

Eso que llamábamos Ciencia, ¿a qué nueva catástrofe conduciría al mundo? Comprendía el entusiasmo de Morris Craig por la investigación. Era la misma sana curiosidad que le había impulsado a ella a seguir a través del tedio de la preparación científica. ¿Pero se daba cuenta él que podía envenenar al mundo con los frutos de su genio creativo?

En sus momentos de soledad y reflexión, a menudo había pensado que el poder maravilloso y extraño que Craig había creado quizás ocasionara la hilaridad en el Infierno…

—¿Qué era aquello?

Camille creía que había oído el sonido de una tos áspera y perruna.

Antes de que su mente clara hubiese controlado la situación, antes de domeñar al agitado subconsciente, había salido presurosa de la habitación y ahora escudriñaba el despacho vacío.

Estaba vacío, claro.

Sabía que Regan montaba guardia en el laboratorio. La planta estaba en funcionamiento día y noche. Muy a menudo se comprobaba la relación de las alternancias (inexplicables hasta el momento) de la fuerza cósmica que el genio de Morris Craig había descubierto. Pero del laboratorio no podía filtrarse sonido alguno.

Abrió la puerta del despacho y llamó:

—¡Sam!

No hubo respuesta. Ahora recordaba que le había oído a Morris dar instrucciones a Sam, para que le acompañase a un sitio determinado.

Se sintió invadida de una gran necesidad de comprensión humana y de compañía, del contacto con otra persona fuera quien

fuese. Dirigió una mirada a la centralita telefónica. Llamaría a Regan. Era un inglés del Norte, cínico, que había admirado a su predecesora, la señorita Lewis, y que no acababa de aceptar a la recién llegada. Pero mejor era hablar con él que con nadie.

Luego comenzó a pensar en la llamada telefónica que había quedado interrumpida hacía ya un buen rato. La súbita admisión de lo que había significado, de lo que significaría efectuar la misma llamada de nuevo, la sumió repentinamente en un estado depresivo.

¿Qué iba a hacer? Su plan, sus propósitos en la vida no se habían cumplido. Algo había funcionado mal.

Debía enfrentarse a la realidad. Morris Craig se había cruzado en su camino. No podía servir a dos amos al mismo tiempo. ¿A cuál elegiría? Se preguntó de nuevo cuál era su deber.

Camille se dio la vuelta y regresó a su habitación, mientras escuchaba tensamente y su cerebro se convertía en el campo de batalla de emociones conflictivas. Sentada en su escritorio, marcó un número y siguió escuchando, no al sonido lejano de la llamada, sino al silencio que se extendía más allá de la puerta abierta de su cuarto. Aguardó ansiosamente, porque había tomado una decisión. Pero durante mucho rato no hubo respuesta.

El despacho de Craig estaba silencioso y vacío. Así pues, allí nadie vio destacarse una silueta obscura contra el cielo, contra aquellos ojos distraídos que todavía se mantenían despiertos en una torre distante, que dominaba el edificio Huston. Era una figura enorme y desgarbada, en cierto modo parecida a la de un gran simio. Pasó a lo largo del parapeto por la parte exterior de las ventanas del despacho…

—¿Sí? —Camille había establecido comunicación—. Aquí nueve-nueve.

Se había dado la vuelta en la silla giratoria, por lo que ahora estaba de espaldas a la puerta abierta.

—Por favor.

Esperó de nuevo.

Silenciosamente la puerta se había abierto del todo. La enorme figura permaneció en el umbral. Era la de un hombre de una corpulencia extraordinaria. La forma de sus hombros monstruosos, largos brazos y grandes manos era antinatural, así como sus movimientos y conducta. Llevaba puesto un mono azul. Al ver sus

renegridos rasgos cualquier cirujano los hubiese identificado con una operación de injerto no del todo afortunada.

—¿Sí? —dijo Camille con urgencia—. ¿Puedo verle esta noche, a las once?

El intruso dio un paso adelante con sigilo. Camille le vio.

Dejó caer el auricular, se puso en pie de un salto y dio unos pasos atrás, con las manos extendidas ante sí, como para rechazar aquel horror. Respiraba entrecortadamente. Le resultaba imposible gritar.

—¡Mon Dieu! (Sin darse cuenta había susurrado las palabras en francés.) ¿Quién es? ¿Qué es lo que quiere?

La voz mecánica, átona y rechinante dijo:

—A usted.

6

Cuando Morris Craig volvió a su despacho, permanecía como lo había dejado; lo iluminaban tan sólo dos lámparas de la mesa. Automáticamente dirigió la mirada al reloj eléctrico grande, situado en lo alto de la pared, vio que eran las diez menos cuarto. Se quitó el abrigo y lo colgó, así como el sombrero y la chaqueta.

Había vuelto a la hora fijada.

¿Qué le había dicho Nayland Smith? «Es usted un auténtico fanático. Cualquier día de estos un lunático como usted hará estallar el mundo en pedazos. Está ebrio de ciencia. Ahora mismo, no piensa más que en volver al trabajo…»

Craig se quedó mirando a través de la ventana. En aquel edificio altísimo, que sobrepasada al Huston, muchas habitaciones se hallaban en la obscuridad, lo que le hizo pensar en un londinense castizo, lleno de botones perlados, pero al que le hubieran arrancado la mayoría de ellos[5]. Sí, había sentido el deseo de regresar.

¿Era la llamada de la ciencia, de ese problema absorbente que ocupaba su cerebro, o se debía, al menos en parte, a Camille?

Si se trataba de esto último, la verdad es que no debía ni siquiera pensar en ello. En la vida de un científico, enfrascado en una investigación que acaso llegara a revolucionar la sociedad humana, no había sitio para tales sentimientos. Cuando terminara su trabajo, entonces quizás se abandonase al lujo de pensar en una mujer atractiva.

De este modo, silenciosamente, el doctor Morris Craig se confesaba consigo mismo; sin darse cuenta de que todo el rato estaba pensando en una determinada mujer atractiva.

Nayland Smith se imaginaba ese interés. Era difícil engañar a

Smith. Y en cierta manera (Craig no acertaba a concretar la impresión), le parecía que Smith no estaba de acuerdo. De otro lado, Craig se había dado cuenta de repente y con asombro de la existencia de un peligro que jamás había sospechado.

Se movía entre sombras amenazadoras. No todas eran intangibles. Había visto cómo Fu Manchú alargaba la mano, fallaba en su captura, pero luego restituía la vida a quien daban por desahuciado.

El Dr. Fu Manchú. No, no era el momento de mezclar a una muchacha en los asuntos de un hombre marcado por Fu Manchú.

Craig dirigió una mirada hacia el cuarto de Camille, luego se sentó con decisión y pulsó un control.

—El laboratorio. Aquí Regan.

—Pensé que sería mejor notificarle que había vuelto. ¿Cómo van las lecturas?

—Los indicadores proporcionan datos bastante irregulares. A lo mejor le apetece verlos.

—Lo haré dentro de un momento. ¿Algo más?

—Nada.

Craig se levantó de nuevo, se dirigió a la puerta y la abrió.

—¡Sam!

—¿Qué hay, jefe

Sam emergió de alguna madriguera que le servía de cuartel general. Se había quitado la cazadora y la gorra de pico largo y se había puesto otra vez el mono y la visera.

—¿Qué necesidad hay de que andes por aquí?

—La hay y mucha. El señor Regan me dijo que me presentara a la vuelta. Tengo que hacer un trabajo en el laboratorio.

—Comprendo —sonrió Craig—. ¿No será que estás pasando el tiempo, hasta que yo me vaya a casa, para que puedas seguir mis cansados pasos?

Sam intentó adoptar una expresión de ofendida inocencia. Pero no le iba.

—Escuche, doctor…

—Eso es que Sir Denis te encargó que no me perdieras de vista, hasta que me acostases bien abrigado en la cama. ¿Me equivoco?

—Bueno, a lo mejor se figura que hay peligros en la gran ciudad…

—¿Quieres decir que te encargó que cuidaras de mí?

—Supongo que sí.

—Me lo imaginaba. Simplemente quería saberlo —Craig sacó las llaves y se volvió—. Me voy al laboratorio. Vamos.

Seguido de Sam, cruzó el cuarto y subió los tres escalones hasta la puerta de metal. A medida que la abría con llave se fue filtrando una luz fantástica gris verdosa y recorrió el despacho un zumbido tenue que recordaba un gigantesco panal de avispas. Un momento después la puerta se cerró a sus espaldas.

El despacho permaneció en silencio y vacío mientras que el minutero recorría la esfera tres veces. Había un mecanismo que anunciaba las horas y que dejó escapar el sonido correspondiente al sonar las diez, en el preciso momento en que Camille entraba.

Durante unos instantes permaneció completamente quieta, con una mano apoyada en el borde de la puerta y los dedos delgados extrañamente desprovistos de movimiento. Por fin se decidió a entrar y abrió el bolso. Sacó las gafas de montura negra y se quedó contemplándolas, como si en cierto modo le resultasen poco familiares. Su mirada se orientó hacia el reloj.

A quienquiera que hubiese presenciado la escena le hubiera parecido que el reloj tenía un significado especial, algún mensaje urgente que comunicar, puesto que la expresión de Camille había cambiado. Era como si hubiera estado recibiendo unas instrucciones muy explícitas. Su mirada se volvió alerta.

Cruzó el despacho y entró en su cuarto, dejando la puerta entreabierta.

Luego volvió a hacerse el silencio. Individualmente y por parejas los relucientes botones que Craig había imaginado, desaparecieron del perlado diseño que decoraba el paisaje nocturno enmarcado por las largas ventanas.

Cuando Craig abrió la puerta del laboratorio se detuvo en lo alto de los escalones.

—Tranquilo, Sam. No me moveré ni un milímetro sin mi guardián.

Cerró la puerta con llave, bajó y cruzó la habitación hacia la caja fuerte. Había decidido no mirar en dirección al cuarto de Camille para saber si había regresado.

En su llavero escogió la llave de la caja de caudales e hizo girar

el mecanismo de la combinación. No se dio cuenta de la presencia de Camille hasta que hubo levantado el gran tablero de dibujo y dado la vuelta.

Ella apareció en la sombra casi a su lado.

Craig se llevó una fuerte impresión.

—Por Dios, señorita. ¡Creí que era un fantasma!

Camille sonreía tenuemente.

—Le ruego que me perdone. ¿No sabía que yo estaba aquí?

Craig se echó a reír como tranquilizándola.

—Perdóneme a mí. No debiera ser tan nervioso. ¿Cuándo regresó?

—Hace pocos minutos —se dio cuenta de que ella llevaba un cuaderno de notas en la mano—. Se trata de una carta dirigida al Dr. White, en Harvard, se me había olvidado.

Craig transportó el tablero a su lugar v lo colocó. Camille le siguió lentamente. En cuanto se cercioró de que estaba bien puesto, tomó a Camille de los hombros repentinamente y la hizo girar, con objeto de que la luz de la mesa de dibujo le iluminara el rostro.

—Mi querida señorita Navarre…, sin duda alguna ha estado abusando de su salud. Se lo advertí. La carta del Dr. White fue echada al correo con las demás. Recuerdo perfectamente que la firmé.

Camille bajó los ojos al cuaderno de notas.

Craig retiró las manos de sus hombros y se acomodó en el taburete. Puso a su alcance una bandejita con lapiceros.

—Lo entiendo perfectamente —dijo él con voz tenue—. He hecho lo mismo, en muchas ocasiones. Lo cierto es que los dos nos excedemos en el trabajo. Esta noche no deberíamos quedarnos muy tarde. Hemos trabajado más de la cuenta las últimas semanas. Déjelo en mis manos. Le sugiero que se vaya a la cama tempranito.

—Pero, siento… —su acento se hizo más marcado, más fascinante— parecer distraída…

—¿Salió a tomar un bocado, tal como le prescribí?

—No. Me limité a dar un paseo…

—Pues, dése otro, derechita a casa. Escudriñe la nevera, refrésquese el cansado esqueleto y proporciónese un descanso. La espero mañana por la mañana a eso de las diez. La culpa es mía por pedirle que volviera.

Camille estaba sentada en diván del estudio de su pequeño apartamento, intentando reconstruir los acontecimientos de la noche.

No podía.

Se sentía desorientada y asustada.

Había incidentes que recordaba vagamente y eso le preocupaba. ¡Pero con respecto a otros que ocupaban horas enteras tenía la mente completamente en blanco!

Los incidentes que recordaba vagamente habían ocurrido poco antes de salir del edificio Huston. Morris se había mostrado maravillosamente comprensivo y su amabilidad la había hecho sentirse desesperadamente desgraciada. ¿Por qué? No sabía cómo explicárselo.

La relación entre los dos se había transformado en una refinada tortura, pero, ¿qué había ocurrido en aquella ocasión en particular para que la tortura se volviese tan acongojante?

¿Qué había hecho ella poco antes de aquel último encuentro?

Tenía una difusa impresión de haber escrito algo en el cuaderno de notas, de haber arrancado la página y entonces…

Camille se quedó mirando como ensimismada al teléfono que había sobre el escritorio. ¿Había hecho alguna llamada desde su vuelta? Levantó la papelera. En ella había diminutos fragmentos de papel rayado. Era evidente que había rasgado en pedazos algo, con sumo cuidado.

Su corazón comenzó a latir con mayor rapidez, se inclinó y examinó los pedacitos de papel, de un tamaño similar al de los confetis.

Había restos de escritura, pero una frase corta, fuera cual fuese, había sido desfigurada a conciencia a base de hacer pedazos y más pedazos el papel y por tanto resultaba totalmente indescifrable.

Camille se dejó caer de nuevo en el diván y se quedó sentada allí quieta con la vista fija ante sí, pero sin ver nada.

¿Podía deberse a un agotamiento cerebral? ¿Sería el comienzo de un colapso nervioso? Porque, aparte de su incapacidad para rememorar exactamente lo que había hecho antes de salir de la oficina, ¡no recordaba cosa alguna, ni siquiera vagamente, de las dos horas anteriores a su último encuentro con Morris!

Su memoria era precisa y clara hasta el momento en que había

levantado el teléfono de su mesa para efectuar una determinada llamada.

Fue un poco antes de las ocho. Ahora no tenía ni idea de si había llamado o no. Su memoria no guardaba recuerdo alguno del intervalo entre aquel momento y cuando Morris le dijo que parecía cansada e insistió en que se fuera a casa.

Pero habían transcurrido dos horas, ¡dos horas perdidas!

Le iba a resultar difícil dormir. Sentía unas ganas tremendas de tomar café, pero sabía que era contraproducente en aquellas circunstancias.

Se dirigió a la pequeña cocina y se preparó dos bocadillos. Los comió de pie mientras calentaba leche. Su cena se completó con un poco de fruta.

Después de preparar la cama y desnudarse aún estaba desvelada, pero no sentía ningún deseo de leer. Apagó las luces y se quedó parada ante la ventana mirando abajo hacia la calle. A ambos lados se hallaban aparcados un cierto número de coches y, mientras permaneció allí, pasaron varios taxis. Había pocos peatones.

Su mente registró todo esto de modo subconsciente. Carecía de interés para ella. Durante todo ese tiempo se había esforzado en rememorar aquellas horas perdidas. Jamás en la vida le había sucedido cosa parecida. Era anonadante…

Al fin, algo que ocurría en la calle le devolvió al presente.

Enfrente estaba parado un hombrón de una corpulencia fuera de lo común. Parecía estar mirando a su ventana. Había algo en su aspecto, en su aspecto imponente y simiesco, que tocó una fibra en su memoria de manera aguda y aterradora, pero informe, imprecisa.

Cuando se alejó con movimiento bamboleante y los brazos colgando, Camille se movió hacia el extremo del mirador y siguió con la vista aquella figura desgarbada. Desde aquel punto alcanzaba a ver Central Park. El hombre se detuvo en la esquina y pareció como si mirara hacia atrás.

Camille se deslizó a través de la habitación a obscuras al vestíbulo y atrancó la puerta con pasador y cadena.

Acababa de acometerla una ola de inexplicable terror.

¿Por qué?

No recordaba haber visto jamás a aquel hombre. Parecía un tipo peligroso, pero no era probable que un ladrón de pisos se sintiera

interesado por sus escasas pertenencias. De todos modos, le atemorizaban las largas horas nocturnas y sabía que la esperanza de conciliar el sueño se iba haciendo cada vez más lejana.

Bajó las persianas y encendió la luz de la mesita de noche. Luego cogió un frasco de pastillas de dormir y se quedó pensativa. Había pasado muchas noches desasosegadas, pero temía convertirse en una drogadicta. Por último, encogiéndose de hombros, se tragó una, se metió en la cama y se tomó el resto de la leche caliente.

No recordaba si había apagado la luz. Pero, en el momento en que le entraba el sueño, le espabiló el sonido de unos pasos pesados, pero extrañamente furtivos. No había ascensor.

El sonido se fue apagando, si es que lo había oído y no se lo había imaginado.

Sin darse cuenta le fue invadiendo el sueño…

Soñó que estaba en una habitación débilmente iluminada con gruesas alfombras. Era un lugar extrañamente silencioso y en el aire flotaba un olor dulzón, que podía reconocer, y sin embargo no identificaba. Era consciente de un solo impulso: escapar de aquella habitación silenciosa.

Pero había un hombre observándola detrás de una mesa larga y estrecha. Llevaba una indumentaria amarilla y parecía como si sus brillantes ojos verdes la mantuvieran encadenada al punto en que permanecía de pie. Daba la impresión de que él la desposeía de toda su vitalidad, de todo su poder de resistencia. Se sentía como la mosca que ha servido de festín a una araña.

Aquel estado de inercia era debido a un interrogatorio despiadado a que la habían sometido. Lo reconocía en sueños, aun cuando no podía recordar ni una sola palabra del interrogatorio.

Ahora se encontraba repitiendo órdenes que le habían dado en aquel trance. Sabía que se hallaba desprovista de voluntad para desobederlas.

—Al dar las diez. Repita la hora.

—Al dar las diez.

—Repita lo que tiene que escribir.

—La combinación de la caja fuerte del Dr. Craig.

—¿A qué hora recibirá una llamada en su apartamento?

—A las once.

—¿Quién le llamará?

—Usted me llamará.

Estaba agotada, al límite de su resistencia. El aposento oriental, de luz tenue, flotaba alrededor de ella. Los ojos verdes se hicieron más grandes (dominados por aquel rostro amarillo impasible), se fusionaron, se convirtieron en un mar sin olas, en el que ella se ahogaba.

Camille se oyó a sí misma dando un alarido mientras luchaba por recobrar la lucidez. Se incorporó de un salto, sofocada por el horror de sus sueños.

—¿Habrá ocurrido en realidad? —gimió—. ¡Dios mío!, ¿qué hice esta noche?

Una luz grisácea empezaba a enmarcar las tablillas de las persianas.

Manhattan se despertaba a la luz de un nuevo día.

7

Al sonar el timbre de la puerta Nayland Smith se dirigió hacia ella y la abrió de par en par.

—Pase, Harkness.

Había un tono de irritación en su voz. Era su tercer día en Nueva York y no había hecho ningún progreso que mereciera la pena. Y sin embargo cada hora tenía un inmenso valor.

Se estrecharon la mano. Raymond Harkness no parecía en absoluto un agente del F. B. I., pero era uno de los más eficientes. Sus grandes ojos castaños resultaban ingenuos, casi infantiles en su expresión y tenía un tono de voz amable, que raramente alzaba. Era de estatura media y quienquiera que le hubiese visto quitarse los guantes de sus dedos de apariencia delicada, habría creído que era un médico, o incluso un cirujano, pero jamás un detective.

—¿Hay noticias? —soltó Smith, dejándose caer nerviosamente en un sillón y señalando a la butaca gemela.

—Sí. —Harkness se sentó, no sin haber colocado antes, con sumo cuidado, el abrigo y el sombrero sobre un diván—. Creo que sí.

—Muy bien. Le escucho.

Smith empujó una caja de cigarrillos a través de la mesa y empezó a cargar su apestosa pipa.

Harkness encendió un cigarrillo.

—La señora Frobisher tenía una cita a las tres de la tarde con el Profesor Hoffmeyer, el psiquiatra vienés que tiene su consulta en el piso superior del edificio Woolton.

—¿Cómo lo supo?

—He dado órdenes de que vigilen cuidadosamente Falling Waters. Quiero averiguar quién cometió el robo allí la semana

pasada. Stein, el mayordomo-chófer, llevó a la señora Frobisher a la ciudad en el Cadillac grande. En cuanto ella entró en el edificio Woolton, el comportamiento de Stein se volvió un tanto peculiar.

—¿Qué hizo?

—Aparcó el coche, dejó dentro la gorra del uniforme, se puso un abrigo ligero y un sombrero y se dirigió a un bar de la calle Este 48.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

—Quizás no mucho. Pero, cuando llegó al bar, se reunió con otro hombre, que sin duda alguna le estaba esperando. A uno de los nuestros, que tiene unos oídos como los de una rata del desierto, le faltó tiempo para sentarse en un taburete.

—¿Oyó algo?

—Mucho. Pero no era inglés.

—¡Vaya! —Nayland Smith encendió la pipa—. ¿Qué clase de lengua era?

—Nuestro agente perdió el combate. Dice que no entendió la conversación.

—¡Muy útil!

—Desde luego que no. Pero Scarron (así se llama) tuvo una brillante idea cuando los dos hombres se despidieron. No siguió a Stein; sabía que regresaría al coche. Siguió al Número dos.

—Buen trabajo. ¿Dónde se posó el pájaro?

Y, cuando Harkness se lo dijo en voz muy baja, Nayland Smith se puso en pie de improviso.

—Tenemos una pista, Harkness. Puede que el robo de Falling Waters haya sido inspirado por los soviéticos y no se trate, como yo había supuesto, de un trabajo de reconocimiento mandado por Fu Manchú. ¿Qué antecedentes tiene Stein?

—Uno de los nuestros lo está averiguando.

—Bien. ¿Qué hay de los detalles del falso doctor que salvó la vida de Moreno? ¿Los tiene a mano?

—Sí —Harkness sacó un cuaderno de notas y pasó las páginas sin apresurarse—. Es un retrato robot compuesto a base de los testimonios de varios testigos. Aquí está. —Depositó cuidadosamente el cigarrillo en el borde del cenicero—. Alto, bien formado, rasgos nítidos. Un pequeño bigote negro, cejas pobladas, ojos obscuros, penetrantes.

—El típico malo de melodrama. ¿No llevaba una fusta de

montar? —murmuró Smith entre dientes.

—El informe no lo indica. —Harkness sonrió, mientras se guardaba en el bolsillo el cuaderno de notas—. Pero hay algo más. No es nada tan definitivo, pero menos da una piedra. Me gustaría que se ocupara de ello personalmente. Es de su especial competencia.

Nayland Smith estaba paseándose meditativamente, arriba y abajo, como era habitual en él, seguido de la estela de su pipa.

—Siga.

Harkness sacudió la ceniza de su cigarrillo en el cenicero y se echó hacia atrás en la butaca.

—Siguiendo su opinión de que el Dr. Fu Manchú estaba probablemente en Nueva York y durante algún tiempo antes de que usted llegara, estuvimos comprobando posibles contactos en el distrito asiático.

—Quizás no haya ninguno. La organización de Fu Manchú no es exclusivamente china, ni siquiera oriental. El preside un grupo llamado el Consejo de los Siete. Tienen afiliados en todos los niveles sociales y en cada país, según creo. Los comunistas no son los únicos conspiradores con células en los países más remotos.

—Puede que sí —siguió Harkness pacientemente— pero por simple rutina decidí comprobarlo. En líneas generales no obtuvimos resultados. Pero hay un anciano caballero, muy respetado en el Barrio chino, que es un poco misterioso.

—¿Cómo se llama?

—Huan Tsung.

—¿Qué aspecto tiene?

—Según me han dicho, para ser chino es más bien alto, pero viejo y delicado de salud. Jamás le he visto personalmente.

—¿Cómo? —Nayland Smith se acercó a él y ie miró fijamente—. No entiendo. ¿Se trata de un mito?

—No, claro. Existe en realidad. Pero es difícil de ver. Una especie de inválido. Sería fácil ponerme en contacto con él oficialmente, pero no quiero hacerlo. Tiene una especie de influencia muy grande entre la población asiática.

Nayland Smith se dio unos tirones del lóbulo de la oreja reflexionando.

—Este personaje, cargado de años e invisible, me intriga —dijo

—. ¿Cuánto tiempo hace que vive en Nueva York?

—Muchos años, según los archivos de la Policía.

—¿Pero sus peculiares costumbres hacen sospechar que puede estar ausente durante mucho tiempo sin que se note su ausencia?

—Es cierto —admitió Harkness.

—Por ejemplo, ¿está usted absolutamente seguro de que está allí ahora?

—Prácticamente seguro. En estos últimos días, desde que vine de Washington para encontrarme con usted, he averiguado que suele salir a dar una vuelta en coche hacia las once de la noche. Le llevan en un viejo Ford, que está guardado en un cobertizo no lejos de su casa.

—¿A dónde va?

—No tengo información. He dado órdenes para que se efectúe una investigación sobre ese punto. Verá —continuó con mayor interés—, tengo sospechas fundadas de que Huan Tsung está metido en el juego contra nosotros. No sé cuál es su posición, pero…

—¿Quiere que le eche un vistazo? —interrumpió Nayland Smith —. Es posible que identifique a este ermitaño. Estoy de acuerdo con usted.

De nuevo empezó a pasearse de un lado para otro con su característica inquietud. Su pipa se había apagado, pero él no parecía haberse dado cuenta.

—Podría hacer los preparativos necesarios, Sir Denis. Puede intentarlo esta noche, si no tiene otros planes.

—No tengo ningún otro plan. Puede que Craig complete su diabólica máquina de un momento a otro. En tal instante el enemigo actuará contundentemente y no sé de dónde vendrá el golpe, ni cómo protegerme de él. Dígame —Smith dirigió una mirada rápida a Harkness—. ¿Suele salir Huang Tsung *más de una vez* por la noche?

Harkness frunció el ceño pensativo.

—Tendré que informarme. Pero, ¿me permite sugerirle que esta noche…?

—No. Déjeme a mí. Estoy cansado de dar vueltas como un turista con cicerone. Quiero tener libertad en este asunto. Déjelo en mis manos.

Cuando Nayland Smith salió aquella noche de la jefatura de Policía para recoger a Harkness, podía pasar por cualquier cosa, desde un carpintero de a bordo, hasta el ayudante del contramaestre. Para ello no había necesitado hacer gran uso de la guardarropía extravagante del Bureau, ni la composición de su personaje podía calificarse a ciencia cierta de disfraz.

Además, como en ocasiones anteriores, Nayland Smith basaba su creación en andares de marinero, manos sucias y un extraño acento nasal, que era una de sus muchas habilidades.

Se había puesto en marcha temprano, porque tenía intención de echar un vistazo a la tienda de Huan Tsung antes de reunirse con Harkness en el punto convenido, un punto desde el cual se podía observar convenientemente el establecimiento.

Cuando todavía se hallaba a cierta distancia del Barrio chino propiamente dicho, se puso a pensar si las calles estaban siempre tan vacías a aquella hora comparativamente temprana. Vio algunos automóviles aparcados y otros en movimiento, pero un escaso número de peatones.

Más allá se veían las luces de la zona de restaurantes. De repente la quietud fue interrumpida violentamente.

Se oyó el chillido de una mujer, un grito de terror escalofriante.

Como si todo esto hubiera sido una señal convenida, figuras hasta entonces invisibles empezaron a materializarse de no se sabía dónde.

Todas ellas corrían en la misma dirección. Y Nayland Smith corrió también.

Un grupo de una docena de personas, de distintas razas, rodeaba a una mujer, que explicaba histéricamente que la había asaltado un hombre por detrás, derribándola y arrebatándole el bolso.

Smith llegó al perímetro del grupo e intentó echar una ojeada al rostro de la mujer. Entonces alguien le puso una mano en la espalda, como si forcejease por abrirse paso. Su comportamiento era tan violento que Smith se dio la vuelta airadamente. En ese preciso instante sintió un dolor agudo en el cuello, como si le hubieran introducido una aguja.

—¡Maldito seas! —espetó—. ¿Qué demonios te propones?

Estas fueron sus últimas palabras.

Unas manos vigorosas le cubrieron la boca, un brazo enérgico le

obligó a echar la cabeza hacia atrás y ¡continuó sintiendo el punzante dolor en la nuca!

A Nayland Smith le pareció (no estaba en condiciones de asegurarlo) que la mujer agredida estaba explicando lo ocurrido a un policía de patrulla y que el grupo de los mirones se dispersaba.

Con un esfuerzo repentino, dobló el cuerpo y se quitó de encima a su atacante.

Se volvió hacia él con los puños apretados y se dispuso a enfrentarse con un hombre alto, al que apenas vislumbraba en la oscuridad, puesto que la reyerta se había producido en un lugar mal iluminado. Lanzó un derechazo a la barbilla del desconocido y se disponía a colocarle otro golpe, cuando el hombre se le echó encima. No intentó usar sus puños, se limitó a abalanzarse sobre Smith y le sujetó el cuerpo con sus brazos poderosos, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Policía, écheme una mano!

Esta colosal desfachatez produjo un curioso efecto.

Tocó la ira de Nayland Smith en algo que no atinaba a describir más que como odio glacial. ¡Por todos los diablos, ya vería aquel habilidoso rufián lo que le esperaba!

Pero dejó de resistirse.

Los mirones que todavía quedaban se apartaron rápidamente de la mujer robada y rodearon el nuevo centro de interés. También se acercó el policía, mientras se guardaba la agenda de notas en un bolsillo de la guerrera. Era un hombrón, que manifestaba la tradicional *sang froid*[6] del «poli» neoyorquino.

Iluminó la cara del hombre alto, que todavía rodeaba con sus brazos a Nayland Smith. Sir Denis estudió con atención el rostro de su atacante.

Vio una cara pálida, de rasgos marcados, un poblado bigote, cejas espesas y ojos obscuros, penetrantes. El hombre vestía un abrigo negro, una bufanda blanca y un sombrero negro. A Smith le complació observar que por su poderoso mentón corría un hilillo de sangre.

Luego el policía dirigió la luz a la cara de Sir Denis.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Mi paciente ha perdido los nervios a causa de la tensión; si bien creo que se está calmando. Le ruego que me ayude a llevarle

hasta mi coche. Soy el Dr. Malcom, de Central Park South.

—Pobre hombre. Haré lo que pueda, doctor.

Pero Nayland Smith sonrió torvamente. Ahora le tocaba hablar a él.

—Escuche, agente… —dijo, o para ser más exactos, articuló los órganos de fonación… ¡pero de su boca no salió sonido alguno!

Lo intentó de nuevo… y solamente emitió una especie de risa borboteante horrible.

Entonces lo comprendió.

Sabía que estaba en manos del mismo médico falso que había visitado a Moreno y que aquel hombre era un acólito del Dr. Fu Manchú.

Y también supo que la punzante sensación en el cuello había sido causada por la aguja de una jeringuilla hipodérmica.

Se hallaba completamente mudo…

¡Aquella risa imbécil era el único sonido capaz de emitir!

—Pobre hombre —murmuró de nuevo el agente de policía.

—Es un veterano de guerra —explicó el Dr. Malcom en voz baja. Los mirones musitaron palabras de conmiseración—. Estuvo en un campo de prisioneros japonés. Se escapó de mi clínica ayer. Pero le pondremos bien, con el tiempo y prodigándole cuidados.

Durante sus asombrosas palabras el Dr. Malcom tuvo un exceso de confianza, alentado quizás por la presencia del corpulento policía, y cometió la equivocación de aflojar ligeramente la presa que había aplicado a Smith.

La tentación era demasiado fuerte como para que Sir Denis no reaccionara.

Poniendo en tensión cada músculo idóneo en su cuerpo, se zafó de los brazos que le maniataban. A pesar de que sus pies carecían de sitio para apoyarse, de que no disponía de tiempo para maniobrar, se las apañó para administrar al Dr. Malcom un soberbio golpe en la punta de su prominente barbilla. El Dr. Malcom dio unos pasos vacilantes… y cayó.

Acto seguido, Smith giró sobre sus talones y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Sabía que se jugaba la vida.

Se oyó un silbato. Un chillido de mujer. Alguien gritó «—¡Se ha escapado un loco! ¡Detenedle!» Sus perseguidores le pisaban los talones.

¡Se había iniciado la caza!

En su larga batalla contra Fu Manchú a través de los años ninguna pesadilla del pasado se asemejaba a la que ahora le aterrorizaba. Su captura significaba la muerte, ¡y qué clase de muerte! Porque no le cabía la menor duda de que el Dr. Fu Manchú tenía la intención de interrogarle antes de acabar con él.

Y si conseguía escapar…

Aunque escapara, su vida quedaría reducida a la mudez.

Se dio perfecta cuenta de que hubiera podido controlar la situación de haber actuado con calma. Le resultaba ridículo pensar en las muchas cosas que podía haber hecho.

Y, mientras los pensamientos volaban por su mente, los perseguidores se multiplicaban. Se oían voces de: «¡Se ha escapado un loco! ¡Detenedle!» Los silbatos de la Policía sonaban estridentes; la noche se convirtió en un popurrí de pasos veloces.

Todo Nueva York le perseguía.

Intentó pensar mientras corría.

Instintivamente seguía el mismo itinerario por el que había venido. Le quedaba la débil esperanza de que, contrariando sus órdenes, le hubieran puesto un detective para que le siguiera. ¡Cómo se arrepentía de haber dado aquellas órdenes! ¡Qué locura la suya al haber despreciado la profunda astucia del Dr. Fu Manchú!

Alguien se interpuso en su camino de repente e intentó echarle la zancadilla. Falló. Smith derribó a su atacante (sintió admiración por su valentía) y siguió corriendo.

—¡Se ha escapado un loco! ¡Detenedle!

Los gritos parecían venir de todas partes. Ansioso por poner a prueba sus facultades vocales, intentó gritar de nuevo. Lo único que consiguió fue producir una risa gutural. Después, siguió corriendo en silencio, preguntándose cuánto rato aguantaría aquel ritmo.

Un corredor más rápido que los demás estaba a punto de darle alcance, tras haber dejado atrás a los otros. Pero Nayland Smith había divisado ante sí un almacén, junto al que había pasado unos minutos antes. La verja del patio estaba abierta. Si podía llegar antes de que lo alcanzaran, quizás le quedara alguna oportunidad. La desesperación le había hecho imaginar un plan.

Sin embargo, en el momento en que se acercaba corriendo a la verja ocurrió algo que no estaba previsto. Dos figuras robustas aparecieron de improviso a ambos lados.

Les habían colocado allí para interceptarle. ¡El juego había acabado!

Smith se las apañó para desembarazarse del que le atacaba por la izquierda; para ello no sólo usó los puños, sino también los pies. El segundo atacante le derribó. Era experto en lucha libre y no le dio la menor oportunidad. En seguida llegó el pelotón de perseguidores, encabezados por el policía que había murmurado «Pobre hombre». Las pisadas que se habían acercado tanto a Smith eran las suyas.

Inmovilizado por la presa, con la cabeza aplastada contra el asfalto, Sir Denis oyó cómo el policía se hacía cargo de la situación, hablando con aliento entrecortado.

—Buen trabajo. No le haga daño. Ya viene el doctor. —Nayland Smith percibió confusamente que aumentaba el número de mirones.

El policía le asió con habilidad y le puso en pie. Los dos fornidos malhechores desaparecieron en la obscuridad, fuera de los círculos de luz que proyectaban varias linternas. Smith no había perdido el juicio hasta el punto de no darse cuenta de que uno de los malhechores cojeaba acusadamente. Abrigó la esperanza de que su puntapié le hubiera lesionado la rótula.

Abrió la boca para hablar, pero, recordando la dificultad en hacerlo, permaneció en silencio.

—Tómeselo con calma, amigo —dijo compasivo el policía. A causa de la persecución todavía respiraba con dificultad—. Ya no está en Japón. No me gusta sujetarle, pero ya he visto que es capaz de usar los puños y no quiero que me ponga K.O. —Condujo a Smith hacia el patio del almacén. ¡El mismísimo cobijo al que él anhelaba llegar!

—Esperaremos aquí. —Se volvió a los mirones—. ¡Eh, ustedes, circulen!

Se acercó un coche. Se detuvo frente a la verja junto a la que se hallaban y ¡de él bajó el Dr. Malcom! Con el falso médico venía un segundo policía patrullero. La voz del Dr. Malcom sonaba agradablemente temblona.

—Le felicito agente. Informaré de su buen comportamiento.

—Es parte del oficio —respondió el hombrón que sujetaba a Smith—. Me alegro que se haya recuperado. Ese golpe llevaba veneno. ¿Llamo al furgón para que se lo lleven?

—No, no —el Dr. Malcom se adelantó—. No haría más que excitarle. Aquí está mi chófer. Está acostumbrado a… estos casos. Entre los dos nos las apañaremos bien. Llámeme dentro de veinte minutos. Dr. Scott Malcom, Círculo 7-0300.

Mientras se desarrollaba esta conversación, Nayland Smith decidió jugárselo todo a la última carta; la que había decidido jugar si hubiese podido procurarse un cobijo temporal. Aunque tenía un brazo doblado a la espalda, con la mano que le quedaba libre se las arregló para sacar su cartera y colocarla entre los dedos del hombre que le sujetaba.

El eficiente policía la agarró, pero no aflojó su presa.

—Está bien —dijo en voz baja, como quien amansa a un niño—. Ya le entiendo. Quiere que me haga cargo de ella. Vámonos.

El Dr. Malcom y su chófer, de uniforme gris, que tenía la cara y la corpulencia de un gorila, condujeron a Smith al coche. El Dr. Malcom se puso al volante y el chófer se sentó al lado de Sir Denis.

Y, a medida que se alejaba el coche y se apagaban los comentarios animados del público, el cerebro de Smith pareció convertirse en un fonógrafo que repitiese implacablemente:

«Dr. Scott Malcom… Círculo Siete 0-3-0-0… Dr. Scott Malcom… Círculo Siete… 0-3-0-0.»

«Dr. Scott Malcom… Círculo Siete…»

8

Cuando, a la mañana siguiente, Morris Craig llegó a la Huston antes de su hora habitual, descubrió que Camille ya estaba allí. Se estaba quitando la chaqueta y en ese momento la, vio en la puerta de su despacho.

—¡Vaya! —dijo—. ¿A qué se debe tanto entusiasmo por el trabajo?

Estaba tan bella como siempre, pero pensó que parecía un poco pálida. No llevaba las gafas.

No he podido dormir, Dr. Craig. Me alegré de que por fin amaneciera para poder venir. ¡Además, siempre hay tanto que hacer!

—Es verdad. Pero no me gusta el insomnio. —Fue hacia ella—. Usted y yo necesitamos unas vacaciones; cuando el trabajo esté terminado, nos las tomaremos. ¿Sabe una cosa? Yo he empezado temprano, porque tengo la intención de acabar hacia el viernes por la noche, para que podamos pasar un fin de semana despreocupados.

Le dio una palmadita en el hombro y se volvió. Sacando un llavero se dirigió a la caja fuerte.

—Dr. Craig.

—Sí. —Miró atrás.

—Supongo que pensará que no es de mi incumbencia, pero creo que hay… peligros.

Craig la miró de frente. Su alegría infantil se alteró.

—¿Qué tipo de peligros?

Camille se encontró con su mirada, y él pensó que sus ojos eran maravillosos.

—Ha inventado usted algo que mucha gente, capaz de cualquier

ultraje, quiere robarle. Y a veces pienso que es usted muy despreocupado.

—¿En qué sentido?

—Bueno. —Bajó los ojos, pues la mirada de Craig se estaba volviendo ardiente—. Conozco la fama de Sir Denis Nayland Smith. Supongo que vino aquí a decirle lo mismo.

—¿El qué?

—Hay precauciones que usted descuida.

—Dígame una.

—La combinación de la caja de caudales es una de ellas. ¿La ha cambiado?

Craig sonrió.

—No —confesó—. ¿Por qué iba a hacerlo? Nadie más la conoce.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Sam podría haberse enterado de ella, también usted. ¡Pero por qué preocuparse?

—Quizás sea una tontería por mi parte, pero yo de usted la cambiaría, incluso si sólo la conociéramos Sam y yo.

Craig la miró fijamente. Su expresión no insinuaba nada definido, pero la turbaba.

—¿No estará sugiriendo que Sam…?

—¡Por supuesto que no! Lo único que sugiero es que, por el bien de todos, nadie sino usted debería conocer la combinación.

Craig se echó el pelo hacia atrás y empezó a palparse el bolsillo en busca de cigarrillos.

—La cuestión empieza a aclararse vagamente —dijo—. Una mañana bastante nublada, pero promete ser un día espléndido. ¿Quiere decir que, si algo fuera robado de ahí, debería quedar claro que no había habido ninguna posibilidad de que usted o Sam hubieran sabido cómo abrir la caja?

—Sí —dijo Camille—, supongo que es eso lo que quiero decir.

Craig se quedó un momento parado mirando su puerta, después de que ella se hubiera ido y la cerrara. Entonces, se dirigió lentamente a la caja.

Había llegado a la conclusión de que Camille era tan inteligente como maravillosa. No sabía que ella había tenido que hacer un esfuerzo para tomar la decisión de advertirle, después de muchas horas de no dormir.

Habiendo dispuesto el trabajo a su satisfacción, Craig cogió el teléfono y marcó un número. Cuando consiguió comunicar dijo:

—Por favor, póngame con Sir Denis Nayland Smith.

Pasó un rato y luego la telefonista del hotel le informó:

—No contestan.

—Ah, bueno, podría darle el recado de que llame al Dr. Craig cuando llegue.

Al colgar se quedó pensando en que Smith se había levantado muy temprano. No había tenido noticias suyas desde que cenaron juntos y estaba terriblemente preocupado por él. El delicado instrumento al que Craig llamaba transmutador ya se estaba empezando a construir. En el laboratorio, Shaw trabajaba en el proyecto original. Sólo faltaba que Craig completara tres detalles y que las pruebas demostraran si la planta podía controlar el poder que había invocado.

En vista de lo que un fallo podría significar, había decidido insistir en que, para la puesta en práctica de estas pruebas, todo el equipo se trasladara secretamente a un lugar escogido y protegido en el campo.

Había empezado a darse cuenta de que el transmutador podía estallar bajo la inmensa carga de energía que estaba destinado a distribuir. Si lo hacía, no sólo el edificio Huston, sino gran parte del vecino Manhattan se dispersarían, como el pedazo de acero que había utilizado en la demostración que hizo a Nayland Smith.

En realidad, Craig era víctima de una extraña sensación de inquietud. Seguía sin hacer caso de las más dramáticas advertencias de Smith y ello a pesar del intento de asesinar a Moreno, pero estaba poco seguro del futuro. Había enviado el dardo emplumado a Harvard para que lo examinase el profesor White, pero hasta el momento no había recibido ningún informe.

Apretó un botón, luego se sentó en una esquina del escritorio balanceando una pierna; entonces Sam entró, masticando sin pausa.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, Sam. ¿A qué hora vienes aquí por regla general?

—Bueno —Sam sacudió la cabeza pensativamente— la mayoría de las veces alrededor de las ocho, ya que el señor Shaw y el señor Regan acaban la guardia de noche a esa hora. Podrían necesitarme, ¿sabe?

—Sí, claro. Te lo pregunto porque creí verte siguiéndome cuando venía. Corrígeme si es que simplemente lo he imaginado. Pero no es la primera vez que me ocurre.

Detrás de sus gafas, los ojos de Sam, mostraron un asombro infantil.

—¡Que yo le seguía! Oiga, Dr. Craig, espere un momento.

—Oigo y estoy dispuesto a esperar un momento. Pero quiero una respuesta.

—Verá —Sam se bajó un poco más la visera— quizá, a veces esté haciendo yo un recado y en ese momento dé la casualidad de que va usted por mi camino.

—¡Claro, claro! Ya veo, eres el Viejo lobo de mar que muy amablemente me ha proporcionado Nayland Smith. Si el señor Frobisher supiese cómo malgastas el tiempo que debes a la Huston Electric, te echaría. Pero ya pondré las cosas en claro con Smith cuando le vea.

Una curiosa expresión cruzó el rostro de Sam mientras Craig hablaba, pero desapareció tan rápidamente que éste, volviéndose, no la advirtió.

Cuando Sam se fue, Craig se quedó estudiando el detalle del tablero de dibujo, pero se vio incapaz de dominar el espíritu de inquietud, una sensación enfermiza de daño inminente, que se apoderó de él. En particular, le inquietaban sus presentimientos acerca de Smith. Y, aunque Morris Craig habría rechazado una teoría así con desprecio científico, era posible, no obstante, que estos presentimientos fuesen telepáticos…

Hacía menos de nueve horas que la jefatura de Policía se había convertido en un Vesubio.

El asustado policía a quien Nayland Smith había pasado su cartera la había entregado, y había dado una detallada descripción del hombre que se hacía pasar por el «Dr. Malcom». ¡En la calle Centre se admitió que correspondía a la del falso doctor que había salvado al agente Moreno!

Los hilos del telégrafo habían estado zumbando toda la noche. Se había hecho venir de casa al subcomisario, y también al fiscal. Todos los coches de la zona sospechosa fueron avisados. Los agentes

de policía más veteranos se encargaban de las operaciones. Lo que en ciertos lugares se había considerado como un arrebato de histeria del F. B. I., de repente cristalizó en una amenaza real, cuando se dio la noticia de que un famoso médico londinense había sido borrado del mapa de Manhattan.

Desde que el «Dr. Malcom» se había alejado de la cama de su paciente, no se había sabido nada más de sus movimientos.

Su identidad seguía siendo un misterio. La actividad febril continuaba, pero no se descubría ni una sola pista.

Un investigador criminal conocido en todo el mundo había desaparecido ante los mismos ojos de la Policía, y nadie sabía dónde buscarle.

Pero Manhattan seguía su ritmo…

La intranquilidad de Craig aumentaba a medida que pasaba el día. Empezaba a interferir seriamente en su concentración. Su comida consistió en un sandwich vegetal con pollo y bacon y en una botella de cerveza, que le trajeron del restaurante de la planta principal. Cuanto más se acercaba a su fin el trabajo de Shaw en el laboratorio, más lejos parecía estar Craig de aportar esos últimos elementos que le darían vida. Cuanto más febril era su esfuerzo por conseguirlos, menos lo lograba.

A primeras horas de la tarde habló con el encargado del hotel de Nayland Smith.

Le dijo que Smith se había ido la noche anterior, pero que no sabía a qué hora. No había vuelto y no tenían noticias suyas. Había recibido muchas llamadas y tenía un buen montón de recados, cartas y telegramas esperándole. El encargado no podía darle más información.

Craig se preguntó si debería llamar a la Policía, pero no se decidía por miedo a parecer pesado. Después de todo, la naturaleza de las ocupaciones de Smith en Nueva York justificaba suficientemente largas ausencias. Pero Craig recordó, con desánimo, algo que le había dicho la noche que cenaron juntos: «Me temo que él (el Dr. Fu Manchú) ha decidido que debo morir… ¿qué oportunidades tengo?»

Trató otra vez de emprender su trabajo, pero los problemas que

presentaba le parecieron tan desconcertantes que no se sintió ofendido, sino más bien agradecido, cuando Michael Frobisher entró precipitadamente en la oficina.

—¡Hola, señor Frobisher!

Craig se volvió y miró a su jefe, que se había dejado caer en uno de los sillones.

—¡Hola, Craig! Se me ocurrió hacerle una visita rápida. Espero no volver a quedarme en la ciudad esta semana. En cuanto recoja a la señora Frobisher, que está recibiendo un tratamiento, me iré. ¿Cómo va la gran obra?

Frobisher sacó un cigarro del bolsillo interior de su chaqueta, y Craig notó que le temblaba la mano. El color rojizo de su piel tenía un tono gris apagado. De repente, se dio cuenta de que Frobisher o bien era un hombre enfermo, o estaba atormentado por algo.

—Bastante bien —replicó de la manera más alegre que pudo—. Ya es hora de que vea usted otra vez lo realizado en el laboratorio.

—Sí, debo verlo.

Pero Craig sabía que si podía evitaría la visita. Al Sr. Frobisher le asustaba el monstruo palpitante que vivía en el laboratorio, era un hecho del que Craig tenía plena conciencia.

—Se está convirtiendo en algo grande.

Frobisher cortó la punta de su cigarro.

—¿Qué perspectivas hay de acabar este fin de semana?

—Regulares. Mis funciones mentales están perturbadas por serias dudas.

Frobisher levantó la vista repentinamente. Por alguna razón sus ojos, bajo las negras cejas fruncidas, le recordaban a Craig a dos fuegos ocultos en dos profundas cuevas.

—¿Qué dudas? —dijo refunfuñando. Hizo funcionar su encendedor, que tenía una llama como un pozo de petróleo hirviendo.

Mirando a Frobisher, Craig arrojó la colilla de un cigarrillo y empezó a tantear detrás de él, buscando un paquete que había dejado en alguna parte encima de la mesa.

—Soy una especie de moderno Frankenstein —explicó—. No lo había comprendido, pero ahora lo sé. Ahí dentro —agitó la mano señalando la puerta del laboratorio— está el germen de una cosa que, una vez completamente crecida, podría tragarse a toda la

ciudad de Nueva York de un sólo bocado. Me da miedo esta bestia.

—Olvídelo —Frobisher encendió un cigarrillo.

—Imposible. La idea resiste como un bulldog. La manera de domesticar a esta bestia, para que realice tareas domésticas, está por el momento fuera de mis posibilidades. Es como entrenar a un tigre de Bengala para que meza la cuna de un niño. Y hay algo más.

—¿Qué es?

—Mi amada criatura, el horror engendrado en el laboratorio, es codiciada por los gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra y Rusia.

Michael Frobisher se puso de pie. Sus abruptas cejas se esforzaron por unirse por encima de una profunda arruga vertical.

—¿Quién dice eso?

—Yo lo digo. Agentes de todos los gobiernos observan cada movimiento que hacemos aquí.

—¡Sabía que había una filtración! ¿Conoce usted a esos agentes?

—Sir Denis Nayland Smith ha venido de Londres.

—¿Quién demonios es Sir Denis Nayland Smith?

—Un viejo amigo mío. Antes era comisario de Scotland Yard. Pero no conozco al agente de Washington y tampoco al soviético. Sólo sé que están aquí.

—¡Ah! —dijo Michael Frobisher, y se volvió a sentar—. ¿Algún problema más?

—Sí —Craig encontró los cigarrillos y encendió uno—. El Dr. Fu Manchú.

El silencio cayó entre ellos como una cortina. Craig se había vuelto otra vez hacia la mesa. De pronto, se dio la vuelta y miró a Frobisher. La expresión de éste era compleja. Pero mostraba miedo. Alzó la mirada hacia Craig.

—¿Está usted seguro de que existe tal persona?

—Sí, razonablemente seguro.

Por alguna razón esta afirmación pareció aliviar a Frobisher. Un momento después dio una explicación.

—¡Entonces no estoy loco, como cree ese maldito Pardoe! Esos fisgones asiáticos existen de verdad. Parecen haber dejado de seguirme por la ciudad, pero en Falling Waters han sucedido cosas extrañas. Quienquiera que examinase mis papeles la otra noche debe de haber actuado recibiendo ayuda desde dentro.

—Pero creí que dijo que un individuo amarillo…

—Estaba fuera. Le vi desde la ventana del cuarto de vestir. Pero no había ninguna cerradura rota. Y a pesar de eso, no hace más de una noche, abrieron la caja fuerte.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Yo estaba despierto, no podía dormir. Imagino que le interrumpí. Pero cuando bajé, la puerta de la caja estaba completamente abierta.

—¿Vio a alguien?

—A nadie. No habían tocado nada. Las puertas y las ventanas estaban firmemente cerradas. Craig —la voz de Frobisher se quebró— empezaba a preguntarme…

—¿Si anduvo en sueños? ¿Le ocurren esas cosas?

—Bueno…

—Lo comprendo muy bien y siento lo ocurrido.

Michael Frobisher sacudió la cabeza, como un gran perro que tuviese algo en la oreja.

—Escuche, pero ni una palabra a la señora Frobisher. He hecho instalar un dispositivo que registra cualquier movimiento que se produzca alrededor de la casa, e indica el lugar exacto de donde procede. Quiero que le eche una ojeada este fin de semana.

—Maravillosa perspectiva. Soy el rey de los dispositivos. Y esto me lleva a mi principal preocupación. ¿Recuerda las molestias que nos ocasionó la instalación de la planta del laboratorio?

—¡No se haga el gracioso! ¿No trajimos obreros de Europa para hacerlo por secciones…?

—Sí, y yo he sido mi propio delineante.

—¿ Y luego les enviamos de vuelta a casa y unimos las secciones nosotros mismos?

—¿«Nosotros» se refiere a Shaw, a Regan y a mí? No recuerdo ningún momento en el que usted arrimase su hercúleo pero digno hombro. Aunque, fue usted muy alentador. Sí, bueno, para ser breve, tendremos que hacer algo parecido una vez más.

—¿Qué?

—No puedo responsabilizarme de las pruebas realizadas en el corazón de Nueva York. Algunos de mis experimentos son ya algo alarmantes. Pero, cuando esté completamente listo para utilizar la fuerza de la planta en toda su potencia, quiero estar donde no pueda hacer ningún daño. —Craig se animaba al tratar del tema; el

entusiasmo del especialista inflamaba su mirada—. Verá, la energía yace en estratos sucesivos, como las capas de una cebolla. ¡Y ya sabe a qué se parece el centro de una cebolla cruda!

La punta del cigarro de Frobisher resplandeció de manera inquietante.

—¿Qué es lo que sugiere? —refunfuñó entre dientes.

—Sugiero que hay que escoger un lugar en el que instalar una estación experimental. En algún sitio rodeado de espacios abiertos, lejos del mundanal ruido. Poco a poco y pedazo a pedazo trasladaremos allí nuestro monstruo.

—Me dijo que necesitaba un lugar que estuviera en alto.

—Hay otros lugares en alto que no son la parte superior del edificio Huston. Quiero evitar que aquí se repita la historia de la Torre de Babel. Resultaría muy espectacular, pero impopular.

Michael Frobisher se levantó, cruzó la habitación, se quitó el cigarro de los labios y se paró delante de Craig.

—Escuche. No tiene usted miedo, ¿verdad?

Craig sonrió con esa sonrisa infantil un poco traviesa que era tan irresistiblemente encantadora.

—Sí —dijo—. Lo tengo. ¿Qué piensa hacer?

Michael Frobisher se volvió y cogió su sombrero, que había dejado caer en el suelo junto a la silla.

—Si *usted* lo dice, tendré que ponerme a trabajar. —Echó una mirada a su reloj—. Deme todos los datos el sábado.

Cuando abrió la puerta de la oficina, Frobisher se quedó un momento mirando a derecha e izquierda del vestíbuloantes de salir.

Craig se rascó la barbilla pensativamente. ¿Qué estaba ocurriendo, exactamente, en Falling Waters? No se sentía con muchas ganas de trabajar y pensó en llamar a Camille, no porque tuviera que encargarle algo, sino por el simple placer de mirarla; entonces, con resolución, se puso las gafas y se dispuso a trabajar seriamente en el problema que simbolizaba ese diagrama inacabado.

Sin embargo, el destino quería que le volviesen a interrumpir.

La puerta de la oficina se abrió lentamente a sus espaldas y la señora Frobisher asomó la cabeza. Craig no advirtió su presencia.

—¿Molesto? —preguntó tímidamente.

Craig, consciente de que estaba en mangas de camisa, se quitó las gafas, saltó del taburete y se volvió.

—¡Ah!, señora Frobisher —Se echó hacia atrás el mechón que le caía sobre la frente—. ¡Vaya!, perdone mi indumentaria.

Stella Frobisher extendió la mano graciosamente. No la ofreció; la extendió. Era inglesa y su forma de vida parecía estar modelada por las costumbres embalsamadas de los viejos volúmenes de *Punch*. Su pelo había sido rubio y siempre seguiría siéndolo. Sus modales parecían los de un canario. Revoloteaba.

—Estuve esperando hasta que se fue Mike. No *debe* saber que he estado aquí.

Craig adelantó una silla, y los altos tacones de Stella Frobisher sonaron sobre el parquet como castañuelas cuando cruzó la habitación y se sentó. Iba vestida con un elegante abrigo de visón y llevaba un ave del paraíso como sombrero.

—Resulta muy comprometedor. ¿Cuándo despertó su corazón a mis encantos por primera vez? —dijo Craig mientras se ponía la chaqueta.

Sabía que esas frívolas bromas eran el único tipo de conversación que podía mantener con la señora Frobisher; a quien le gustaba pensar que su marido, que era algunos años mayor que ella, tenía muchos rivales.

—¡Oh, qué cosas dice usted! —La vivacidad que tanto caracterizaba a Stella descansaba en gran parte en su costumbre de recalcar las palabras al azar—. He estado recibiendo un tratamiento en la consulta del profesor Hoffmeyer.

—¿Conozco a ese caballero?

—¡Oh, todo el mundo le conoce! Es sencillamente maravilloso. Ha hecho de mí una mujer nueva.

—Sí, parece usted realmente nueva.

—¡Vamos!, se está burlando de mí, Dr. Craig. Pero, de verdad, mis nervios han desaparecido. Aunque, ¿sabe? está sucediendo algo muy raro.

—¿Algo raro? —murmuró Craig buscando los cigarrillos.

—De lo más extraño. Sé que va usted a reírse de mí, pero estoy realmente aterrorizada. Últimamente ha habido gente muy misteriosa rondando por Falling Waters. —Aceptó un cigarrillo y

Craig se lo encendió—. Sencillamente, no me atrevo a hablar de ello con Mike. Ya sabe lo nervioso que es. Pero he encargado un lote de alsacianos en Wanmaker's, o un sitio así, y he insistido en que deben ser feroces.

—¿Un lote, dice?

—Un lote —repitió Stella con firmeza—. No sé cuántos perros hay en un lote, pero supongo que cincuenta y dos.

—¿Espera que lleguen este fin de semana?

—Eso espero. Por supuesto, he contratado a un hombre especial para que los cuide.

—Claro. Un domador de leones, o alguien así.

—He hecho instalar alambre de espino, y soltaré los perros por la noche.

—Suena exóticamente atractivo. El paraíso de los enamorados.

—Quería prevenirle, porque ahora tengo que irme. Si llego tarde al Ritz, Mike pensará que he estado haciendo algo…

Craig la acompañó hasta la calle y fue recompensado con una amplia sonrisa. La sonrisa de Stella era una joya de familia, que seguramente perteneció a su madre.

9

Nayland Smith salió a la superficie desde las profundidades de un insondable lago púrpura. Una voz, desagradablemente familiar, sin estridencias, llegó a sus oídos a través de la neblina púrpura que sobresalía por encima del lago.

—Confío en que se encuentre ya restablecido, Sir Denis.

Smith se esforzó por identificar al que hablaba; por identificar el ambiente que le rodeaba; por encontrarse a sí mismo.

—Y no vacile en contestar. Ya no está usted mudo. El malestar era temporal.

El que hablaba fue identificado. ¡Era el Dr. Malcom!

—Yo… yo. Vaya. ¡Gracias a Dios! ¡Puedo hablar!

La voz de Nayland Smith se hacía más firme con cada palabra.

—Me doy cuenta. Es usted un experto boxeador, Sir Denis; muy bueno, para su edad. Desgraciadamente, yo, aunque me he entrenado en varios tipos de lucha, sé muy poco de boxeo.

El Dr. Malcom llevaba una larga bata blanca. Observaba a Smith con interés profesional.

—Peor para usted. ¡Lo echará en falta cuando consiga liberarme! —espetó Smith.

Pero el Dr. Malcom mantenía su suavidad.

—Belicosidad altamente desarrollada. ¿No parece usted sentir ninguna gratitud por haber recuperado la capacidad de hablar?

Vertió en un frasco el líquido azul intenso de una cubeta.

Colocó el frasco en un maletín de cuero.

—No. Estoy esperando a que se desarrollen los últimos síntomas.

El Dr. Malcom volvió a cerrar el maletín.

—Esperará en vano. La primera inyección que le administré sólo iba encaminada a paralizar los músculos de la articulación.

—Gracias, lo consiguió.
—Una segunda la contrarrestó.
—Realmente ingenioso.
—Pero —continuó el Dr. Malcom—, en su caso mi cometido no era tan peligroso como en el caso del policía Moreno. Me estuve exponiendo durante todo el tiempo que permanecí en el hospital.
—Me lo figuraba —dijo Smith.
La fría audacia de este hombre le fascinaba.
—Por supuesto —el Dr. Malcom cerró con llave su maletín—. Círculo 7-0300 es el número de un hotel muy conocido. Yo no vivo allí —sonrió mostrando unos dientes blancos y fuertes—. Creo que Mai Chu fue muy convincente haciendo de chica a la que han asaltado.
—Yo también lo creo.
Nayland Smith echó un vistazo alrededor. El lugar resultó ser más amplio de lo que supuso en aquel extraño despertar. Era un enorme sótano. Gran parte de él no tenía iluminación, constituía un borroso y misterioso fondo a su situación.
—Teníamos varios hombres claves entre la multitud, claro. El agente de policía era un intruso. Pero logré manejarle lo mejor que pude.
«¡También yo!», estaba pensando Nayland Smith.
—Cuando consiguió usted dejarme fuera de combate, le quedé muy agradecido a este agente (y a un par de nuestros hombres, apostados para cubrir esa posibilidad) por volverle a capturar.
—Sí —dijo Smith con locuacidad—. Tenía usted toda la suerte de su parte.
Cuando el Dr. Malcom cogió su maletín preguntó:
—¿Tiene que irse?
—Sí. Y le dejo. Lamento la descortesía de tener que mantenerle encerrado. Habrá notado, ya que se ha recobrado del todo, que sus brazos están ligeramente atados al banco sobre el que se sienta. No obstante, esas delgadas fibras no se pueden romper excepto con un cortaalambres. Una preparación inventada por mi jefe. Le doy las buenas noches, Sir Denis. Es muy poco probable que nos volvamos a ver.
—Sumamente improbable —murmuró Smith—. Pero que tenga suerte una vez más. Y a propósito, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

El Dr. Malcom se detuvo.

—Casi veinticuatro horas…

—¿Qué?

—No en este sótano realmente, sino bajo mi cuidado en algún otro sitio. Se le ha alimentado convenientemente, y le aseguro que no sentirá ninguna molestia.

El Dr. Malcom se sumergió en las sombras. Su bata blanca señaló su marcha durante un momento y luego desapareció. Se abrió una puerta muy pesada, y se cerró.

—¡Veinticuatro horas!

Nayland Smith se convenció de que estaba realmente indefenso. Semejantes a hebras de seda, los finos y flexibles hilos que le aprisionaban los brazos eran resistentes como el acero. El banco estaba sujeto al suelo.

Su mirada trató de penetrar la penumbra que le rodeaba. Una lámpara que había en la pared detrás de él, proporcionaba la única iluminación; fuera de su radio yacían las sombras, creciendo hasta crear una obscuridad completa.

En alguna parte de esta obscuridad, casi resistiéndose al escrutinio, se apilaban objetos contra otra pared. Se discernían motas de color y formas vagas.

Smith miraba atentamente en la obscuridad, captando formas, contornos difusos.

Por fin se dio cuenta de lo que era.

Estaba mirando una pila de féretros chinos…

El sonido de una pesada puerta oculta a su vista le advirtió de que alguien había entrado en el sótano.

Mucho antes de que una alta figura surgiese silenciosamente de las sombras, Nayland Smith supo quién había entrado. La calidad del ambiente había cambiado, se había añadido una nueva amenaza.

Vestido con un abrigo con cuello de piel y con un sombrero negro en su larga mano amarilla, el antiguo adversario de Nayland Smith apareció ante él.

Pasó un momento de tenso silencio.

—Confieso que no esperaba encontrarme con usted, Sir Denis.

Pronunciaba las palabras en voz muy baja, marcadas con un sonido sibilante.

Nayland Smith encontró la mirada de esos ojos medio cerrados.

—Yo, por el contrario, confiaba en que nos encontraríamos, Dr. Fu Manchú.

—Sus astros sobre los míos. El encuentro ha tenido lugar. Y si no es como usted lo había previsto, la culpa la tiene el Destino que desbarata nuestros estúpidos planes. Puesto que nuestros destinos fueron tejidos en el mismo telar, quizás yo debería haber sabido que estaría usted aquí, para obstruir mis acciones, cuando está en juego la supervivencia de la Humanidad.

Fue hacia un lado del sótano y trajo una tosca caja de madera, sobre la que se sentó.

—Está usted obligado a permanecer sentado —explicó—. La cortesía me impide quedarme de pie.

Y estas palabras fueron una llave que abrió las puertas de la memoria.

En un mágico destello, Nayland Smith, volvió a vivir cientos de encuentros con el Dr. Fu Manchú, revivió años en los que se había esforzado para liberar al mundo de este genio loco. Le vio como un asesino, como un torturador, como el más peligroso criminal que jamás había conocido la ley; pero siempre como un aristócrata.

—Me honra usted —dijo con ironía—. ¿Cómo voy a morir?

El Dr. Fu Manchú abrió completamente sus extraños ojos y fijó en Smith una mirada que muy pocos hombres podían sostener.

—Eso depende de usted, Sir Denis —replicó, y lo dijo con voz más baja todavía que antes.

Cabe la posibilidad de que la desaparición de Nayland Smith hubiera pasado a la lista de casos sin resolver si, esa noche, se hubiera destinado a un determinado puesto a cualquier agente de la brigada criminal que no fuese George Moreno (que ya estaba otra vez de servicio).

La tienda de Huan Tsung, hacia la que se había dirigido Smith la noche anterior, estaba sometida a una vigilancia de rutina. Y a las diez en punto, Moreno relevó al hombre que había estado de servicio desde las seis. El barrio chino era el lugar predilecto de

Moreno, y sus órdenes eran informar de todos los visitantes que recibiera la tienda y, particularmente, observar cualquier movimiento de su misterioso propietario.

La pequeña y mal ventilada habitación desde la que operaba acogía una mezcla de olores extraordinariamente nauseabundos. Era una de las diversas habitaciones de la casa, con una vista excelente de parte del barrio asiático y no se trataba de la primera vez que la Policía la utilizaba como puesto de vigilancia. Pero los peligrosos días de la guerra de «Tong»[7] parecían estar acabados. La vida en el barrio chino transcurría tan pacíficamente como en Park Avenue.

Llevaba allí un buen rato, cuando el antiguo Ford de Huan Tsung se estacionó delante de la tienda. Ayudado por un conductor de rasgos amarillos y ambigua nacionalidad, y por un pulcro dependiente joven, la anciana figura salió del local y subió al coche. Huan Tsung llevaba un grueso abrigo de tonos obscuros con cuello de piel; el ancha ala de un sombrero flexible negro ocultaba sus rasgos. Sus ojos iban protegidos por unas gafas muy grandes de montura redonda.

El Ford arrancó y el dependiente volvió a la tienda.

Moreno sabía que su recorrido estaría vigilado. Pero dudaba que se obtuviera de ello alguna prueba valiosa. Lo más probable es que estos viajes fuesen sólo paseos de salud. El viejo creía en el mérito del aire nocturno.

Después de su partida, pasó un buen rato en el que apenas ocurrió nada. El barrio chino mostraba una absoluta respetabilidad. Moreno, que tenía unos potentes prismáticos, comenzó a inquietarse, sabía que podía leer incluso las letras más pequeños del anuncio de la tienda que había al otro lado de la calle. Las caras de los viandantes se podían inspeccionar minuciosamente. Pero en el radio de las potentes lentes Zeiss no se introducía nadie de particular interés.

En el comercio de Huan Tsung entraron varios clientes, asiáticos y occidentales; algunos, por lo menos, eran compradores auténticos; pero no hubo nadie que levantara sospechas…

Un pequeño camión se estacionó delante de la tienda. El joven oriental abrió la trampa del sótano y ayudó al conductor a bajar el enorme embalaje cubierto de frases en escritura china.

Evidentemente se trataba del envío de alguna clase de mercancía. Moreno se preguntó vagamente de qué clase. Algo que pesaba más de lo corriente.

La trampa se volvió a cerrar y el camión se fue.

En la cargada habitación, Moreno comenzó a adormilarse. Entonces, de repente, se despertó del todo.

Un hombre alto acababa de salir de la tienda de Huan Tsung. Llevaba un abrigo obscuro, una bufanda clara y un elegante sombrero negro. Portaba un maletín de cuero. En primer lugar, Moreno no había visto entrar a ese hombre, por tanto, enfocó rápidamente los prismáticos hacia su cara. Y, cuando lo hizo, un ligero temblor sacudió sus manos.

Era el primer rostro que había visto cuando abrió los ojos en el hospital.

¡Ese hombre era Malcom!

Mientras Moreno bajaba las escaleras a toda prisa, el antiquísimo Ford de Huan Tsung volvió, y el dependiente salió a ayudar a apearse de él a una figura enfundada en un abrigo obscuro. Antes de que Moreno llegase a la calle, el coche ya se había ido, y el Dr. Malcom había desaparecido.

—Mi misión –decía Fu Manchú— es salvar al mundo de la lepra del comunismo. Es lo único que puedo hacer: y lo hago, no porque me gusten especialmente los americanos, sino porque, si Estados Unidos cae, caerá el mundo entero. En esta tarea, Sir Denis, no permitiré ninguna interferencia.

Nayland Smith no respondió. Estaba escuchando no sólo la sibilante e incisiva voz, sino también unos débiles sonidos que penetraban hasta el sótano. Estaba tratando de descubrir dónde se encontraba el lugar de su encierro.

—Morris Craig, un genio de la física, está perfeccionando un ingenio que en manos de los belicistas destrozaría los fragmentos de civilización que sobreviven al maniático Hitler. Vine aquí en cuanto supe que podría suceder este desastre. Pero no dispongo de servidores adecuados. No hubo tiempo de organizar el servicio conveniente. Ya conoce usted mis objetivos.

Nayland Smith asintió con la cabeza. De los débiles sonidos

detectados había deducido el hecho de que el sótano se encontraba cerca de una calle bulliciosa.

—Aprecio sus objetivos. No me gustan sus métodos.

—No vamos a discutirlo, son eficaces. Su reciente visita a Teherán (lamento no haberle encontrado allí) no consiguió salvar a Ornar Khan. Era el principal agente soviético de la zona. El poder es un vicio fuerte, incluso para los hombres cultos. Cuando toca los labios de los que no están acostumbrados a él, el poder les vuelve locos. Hoy este grupo de locos borrachos de poder amenaza el futuro del hombre. Uno de sus agentes está vigilando los experimentos de Craig. Es preciso silenciarle.

—¿Por qué no lo hace?

Los brillantes ojos verdes se cerraron casi completamente, hasta convertirse en dos pequeñas rendijas en una máscara de marfil. Nayland Smith era quizá el único hombre de los que Fu Manchú conocía que manifestaba, aunque no la sentía, una completa indiferencia ante él.

—Siempre he respetado su carácter, Sir Denis —Sus palabras no eran más que un susurro—. Tiene esa testaruda estupidez que ganó la batalla de Inglaterra. Hasta ahora, los incompetentes que me sirven no han conseguido identificar a este agente. Sigo creyendo que si pudiera apreciar mi propósito, sería usted de verdadera utilidad para un mundo que se precipita de cabeza al desastre. Repito: respeto su carácter.

—¿Fue ese respeto, claro, el que le sugirió mi muerte?

—Fue un intento muy tosco. Se llevó a cabo en contra de mis deseos. Me puede ser más útil vivo que muerto.

Y para Nayland Smith esas palabras débilmente pronunciadas fueron más terribles que cualquier amenaza.

¿Había decidido Fu Manchú llevarle clandestinamente a su base del lejano Oriente, por ese misterioso conducto subterráneo que hasta ahora se había resistido a toda indagación?

Mientras esa horrible perspectiva pasaba por su cerebro, Fu Manchú ejercía uno de sus muchos dones misteriosos, el de contestar una pregunta no expresada.

—Sí, ésa es mi actual intención, Sir Denis. Tengo trabajo para usted. Este sótano lo comparten varios comerciantes asiáticos, uno de los cuales es un importador de féretros chinos. Se ha producido

un fallecimiento en el distrito, y el difunto (un hombre de medios) expresó el deseo de que le enterraran en su lugar de nacimiento. Cuando llegue allí su féretro a través de Hong Kong: él no estará dentro…

Se produjo una interrupción.

Anunciadas por el sonido de una puerta abriéndose, entraron dos robustas figuras morenas. Una de ellas tenía una acentuada cojera. Entre los dos llevaban un adornado féretro. Lo pusieron sobre el suelo de cemento e hicieron un profundo saludo al Dr. Fu Manchú.

Nayland Smith apretó los puños, tensando un poco, pero inútilmente, los finos e implacables hilos que le sujetaban. Los dos hombres eran rufianes birmanos que pertenecían a la clase de bandoleros de Birmania entre la que Fu Manchú había reclutado sus guardaespaldas antiguamente. Uno de ellos (el que cojeaba y que tenía un acentuado estrabismo en el ojo derecho) dijo unas palabras rápidamente.

Fu Manchú le hizo callar con un gesto. Pero Nayland Smith le había oído y entendido. Le dio un vuelco el corazón. Su esperanza renació. Pero Fu Manchú permanecía inalterable. Hablaba con calma.

—Los preparativos para su largo viaje, exigen tiempo y atención. Hay que posponerlos. Creo que ya tuvo usted oportunidad anteriormente de estudiar algunos ejemplos de esa muerte artificial, una forma de catalepsia, que puedo inducir. Espero hacerlo por la mañana. Esto —extendió un dedo índice con una larga uña en dirección al féretro— será su *coche-cama*. No necesitará pasaporte…

Nayland Smith detectó signos de intranquilidad en los dos birmanos. El que cojeaba y era bizco le estaba observando con mirada asesina, pues éste era el hombre a quien había propinado una patada la noche anterior. Muy débilmente, podía oír sonidos del tráfico, pero nada más. Las probabilidades de que no sobreviviera eran muy altas.

El Dr. Fu Manchú volvió a hacer una señal, y los dos birmanos se adelantaron hacia el indefenso prisionero, que les miraba desde su asiento…

Aparentemente, la vida nocturna del barrio chino seguía su curso normal. Por sus calles pasaban orientales elegantemente vestidos e inescrutablemente reservados, así como occidentales no tan elegantes. Algunas tiendas y restaurantes seguían abiertos. Otras estaban cerrando. No había nada que indicase que el barrio chino estaba vigilado, que todos los hombres y mujeres que salían de él eran sometidos a un experto escrutinio.

—Si Nayland Smith está aquí —decía el ceñudo subcomisario, que había venido para dirigir las operaciones en persona— no le sacarán ni vivo ni muerto.

Con un total conocimiento de causa, que le había dado la experiencia, hablaba de que todos los habitantes sabían que se había extendido un cerco alrededor de la zona.

Cuando el capitán de Policía Rafferty entró en la tienda de Huan Tsung, encontró en ella a un joven oriental escribiendo a la escasa luz de una lámpara con pantalla de papel. Levantó la vista hacia Rafferty sin interés aparente.

—¿Dónde está Huang Tsung?

—No está aquí.

—¿Dónde ha ido?

—No sé.

—¿Cuándo se fue?

—Hace diez minutos o un cuarto de hora.

Esta respuesta confirmaba los informes. El Ford se había vuelto a exhibir. Huan Tsung había salido por segunda vez.

—¿Cuándo volverá?

—No sé.

—Supón que tratas de acertarlo, Charlie, ¿le esperas esta noche?

—Claro.

El dependiente continuó con su escritura.

—Mientras esperamos —dijo el capitán Rafferty—, echaremos un vistazo. Llévanos arriba. Puedes acabar la poesía cuando bajemos.

El joven dependiente no hizo ninguna protesta. Apartó el pincel y se puso en pie.

—Si es tan amable —dijo, y abrió una estrecha puerta detrás del mostrador.

Más o menos cuando Rafferty empezaba a subir las escaleras, un

mensaje por radio llegó al coche que el subcomisario utilizaba como cuartel ambulante. Decía que el anticuado Ford de Huan Tsung estaba aparcado en la Avenida Cincuenta a la altura de la Plaza de Washington.

El agente que enviaba el informe aclaraba que estaba delante de una vieja casa de ladrillo, pero que no sabía quién vivía en ella. Huan Tsung ya estuvo allí anteriormente esa noche y luego volvió a la calle Pell. Cabía suponer que ahora estaba otra vez en la casa.

—¿Entro y le echo el guante? —preguntó el agente.

—No. Pero manténgale vigilado cuando salga.

Esta orden del subcomisario fue uno de esos errores estratégicos por los que a veces se pierden las guerras…

El capitán de Policía Rafferty apenas encontró nada de importancia en las habitaciones de arriba de la tienda. Se parecían a cientos de esos apartamentos que se veían en la vecindad. El santuario de Huan Tsung, con las paredes cubiertas de seda y un brasero, atrajo su atención durante unos momentos. Ojeó con particular interés el globo de cristal, luego miró a su guía, cuyo nombre era Lao Tai (o eso decía él).

—¿Trabaja aquí una pitonisa?

Lao Tai sacudió la cabeza.

—Aquí medita Huan Tsung. Huan Tsung es un gran pensador.

—Tendrá que pensar con rapidez esta noche. Abajo hay un sótano. ¡Muéstreme el camino de entrada.

Lao Tai obedeció, llevando a Rafferty hasta el fondo de la tienda, donde había una estrecha escalera de madera casi escondida detrás de montones de mercancías. Encendió una luz al final de la escalera y Rafferty bajó estrepitosamente.

Se encontró en un sótano con una superficie no más grande que la de la tienda. Una rampa deslizante comunicaba con una trampa que había en la acera situada por encima de su cabeza. El lugar estaba casi lleno de cajas de cartón y embalajes con letras y etiquetas chinas.

Había un gran embalaje oblongo que parecía haber sido abierto recientemente. Rafferty lo examinó con cuidado y luego se volvió a Lao Tai que le miraba sin aparente interés.

—¿Cuándo llegó esto?

—Llegó esta noche.

Rafferty empezaba a sentir curiosidad. Todas las respuestas de este hombre parecían correctas, puesto que el capitán ya sabía que ese embalaje lo habían entregado un rato antes.

—¿Qué había en él?

—Esto y eso. Lo que ve por aquí.

Lao Tai indicó vagamente el desorden de alrededor.

—Bien, muéstrame algo de «esto». Luego podemos echar un vistazo a algo de «eso» que tengas a mano.

Lao Tai, despectivo, tocó una caja de té con su lustroso zapato y señaló unos cuantos cuencos de bronce apilados sobre un estante de madera sin pulir. No había ninguna expresión en sus ligeramente achinados ojos, excepto un profundo aburrimiento. Y fue mientras el capitán Rafferty se preguntaba qué se escondía bajo esta máscara y cómo atravesarla, cuando el singular automóvil de Huan Tsung volvió a la calle Pell y ayudaron al anciano a salir de él.

No manifestó sorpresa ni interés al encontrar a la Policía en el local. Cuando Raymond Harkness declaró que tenía que hacerle algunas preguntas, hizo una cortés inclinación, y apoyándose en el brazo de su chófer mongol, abrió la marcha hacia el piso de arriba. Sentándose en el diván almohadillado de la habitación de paredes revestidas de seda, despidió al chófer, ofreció cigarrillos, y preguntó si querían tomar té.

—No, gracias —dijo Harkness con su característica tranquilidad —. Se trata sólo de algunas preguntas. Conoce usted a un médico; un europeo, creo. Es alto, moreno y lleva un poco de bigote. Esta noche estuvo aquí. Me gustaría conocer su dirección.

Huan Tsung comenzó a llenar una pipa de larga boquilla. Tenía unos dedos extraordinariamente finos y muy diestros.

—Me temo que no puedo ayudarle —replicó cortésmente en correcto inglés—. ¿Un médico europeo, dice usted?

—Sacudió la cabeza…—. Si estuvo aquí, es posible que sólo viniese a comprar algo. ¿Ha preguntado usted a mi ayudante?

—No. El hombre al que me refiero trabaja al servicio del Dr. Fu Manchú.

Ni una sola de las mil arrugas de Huan Tsung se agitó. Su benevolente mirada se quedó fija en Harkness.

—Extraño nombre —murmuró—. Evidentemente es un seudónimo. Cuénteme algo más de este doctor que tiene tan extraño nombre, si quiere que le ayude.

—Es usted quien tiene que contarme más. Me lo va a decir ahora, o vendrá a contárselo a los muchachos de la calle Centre.

—¿Puedo preguntar por qué deberé arrastrar mis viejos huesos a la calle Centre?

—No será necesario, si no tiene usted inconveniente en hablar. Es usted un hombre educado, y estoy dispuesto a tratarle como tal, si se comporta con sensatez.

Huan Tsung continuó llenando su pipa. El ilegible pergamino de sus rasgos se v.. arrugó con lo que podría haber sido una sonrisa.

—Es verdad. En otro tiempo, administré una gran provincia de China, probablemente con justicia, y es evidente que con éxito. Sin embargo los acontecimientos exigieron que tuviera que salir de allí sin demora.

—¿Conoció al Dr. Fu Manchú en China?

Huan Tsung prendió fuego a una pajuela de papel en el brasero y comenzó a encender la pipa.

—Lamento profundamente que su pregunta sea tan absurda. Creí que había dejado claro que no conozco a tal persona.

—Lástima que su memoria se esté volviendo tan inestable —dijo Harkness.

—¡Qué pena!, después de los setenta, cada año que pasa nos roba cien deleites.

Sonaron pesados pasos en las escaleras, y entró el capitán Rafferty.

—Oiga, hay una puerta en el sótano que conduce a algún lugar, me imagino que a otro sótano. ¿Nos dará la llave o la tendremos que forzar?

Huang Tsung miró al intruso con indulgencia.

—Me temo que no tienen otra elección —dijo—. Como dice, la puerta conduce al almacén de mi vecino, Kwee Long, cuyo local está en la calle de al lado. No hay duda de que se habrá ido. La puerta está cerrada desde el otro lado. Yo no tengo la llave.

—¿Está seguro de eso, Huan Tsung? —preguntó Harkness calmadamente.

—A menos que mi débil memoria me traicione.

Forzaron la puerta del sótano. No resultó tarea fácil: era una puerta gruesa y resistente. Los policías se encontraron en un gran sótano, que evidentemente se extendía por debajo de varios almacenes y era de forma irregular. Parte de él parecía ser utilizado por un proveedor de comidas, pues había numerosas cajas de exquisitos manjares importados. No encontraron ningún interruptor y operaron a la luz de sus linternas.

Llegaron a una parte en la que se apilaban varios féretros chinos.

Este lugar producía escalofríos, tanto al espíritu como al cuerpo. El subcomisario se había unido a la partida. Las únicas pistas de que disponían por ahora les conducían a la tienda de Huan Tsung. Todas sus esperanzas descansaban en el informe del agente Moreno: esa noche se había visto al supuesto doctor salir de allí.

—No hay ningún indicio de que haya habido alguien por aquí —declaró Rafferty— ¿Ven alguna otra puerta por algún sitio?

—Allí hay una, capitán. —Se oyó decir a alguien, cuya voz llegaba amortiguada, se dirigieron en tropel hacia esa dirección. Efectivamente, estaba al fondo de un profundo nicho. El hombre que la encontró trataba de abrirla sin resultados.

—Rómpala —ordenó el subcomisario.

Y acababan de ponerse a trabajar con el entusiasmo que siempre inspira una orden así, cuando Rafferty levantó la mano.

—¡Quietos todos!

Un silencio tenso siguió al clamor.

—¿Qué es lo que ha oído? —un ronco susurro salió del subcomisario.

—Una especie de golpeteo, señor.

Un silencioso intervalo de escucha en la penumbra; luego otro susurro.

—¿De dónde?

—¡Los féretros…!, ¡otra vez!

Siguió otro momento de escucha, en el que los rayos de más de una linterna se movieron con inquietud.

—Quizá haya una rata.

—¡Silencio!, ¡escuchen!

Se oyó un débil e irregular golpeteo. Le siguió algo parecido a un gemido sofocado.

—¡Rápido! ¡Por aquí! ¡Abran todas esas cosas! ¡Abajo con ellas!

Se produjo un precipitado retorno al sótano de los féretros. Bajaron cinco o seis de ellos y los encontraron vacíos. Rafferty levantó la mano.

—Dejen de armar ese estrépito. Escuchen.

Todo quedó silencioso. Y procedente de algún lugar cerca de la base de otra pila que aún no habían asaltado, lo volvieron a oír, con más claridad… un golpecito y un gemido apagado.

—¡Es ése con cantos dorados! ¡El penúltimo desde abajo!

Se pusieron a trabajar con entusiasmo. No tardaron más de un minuto en quitar todos los féretros de encima, y en el más ornamentado de todos, encontraron a Nayland Smith.

Sus muñecas y tobillos estaban atados con lo que parecían hilos de seda. Pero las navajas no consiguieron cortarlos. Tenía un trozo de esparadrapo pegado a la boca. Cuando se lo quitaron gruñó:

—Gracias a Dios que me oyeron. Sólo podía mover un pie. No despunten sus navajas con este material. Busquen un cortaalambres. Levántenme y sáquenme de aquí.

Dos hombres le alzaron y le apoyaron en un banco colocado delante de la pared de enfrente. Cuando se sentó en él sonrió ceñudo. El subcomisario sacó un pequeño termo.

—Gracias a Dios, Sir Denis. Es un milagro que no se haya asfixiado.

—Habían perforado agujeros para el aire. No se preocupe. ¿Y el Dr. Fu Manchú?

—Ni rastro de él.

Nayland Smith suspiró y bebió un trago.

—No obstante, se fue de aquí no hace más de media hora.

—¡Qué! ¡Pero no es posible! Nadie ha salido de esta zona en ese tiempo que no fuese un vecino habitual.

Smith le lanzó una mirada acerada.

—¿Qué me dice de Huan Tsung? ¿No llevaba un sombrero de ala ancha y un grueso abrigo forrado de piel?

El subcomisario y el capitán Rafferty se intercambiaron miradas de preocupación.

—Sí y es cierto que volvió a salir —dijo Rafferty.

—Fue dos veces a una casa de la Quinta Avenida. Pero ha vuelto.

—Quizá —saltó Nayland Smith—. Pero él sólo fue una vez. Ha

sido el Dr. Fu Manchú, vestido como él, quien acaba de volver a escurrírseles de los dedos. Hagan una redada en ese lugar de la Quinta Avenida, vamos…

Pero ya era demasiado tarde.

10

Manhattan seguía su ritmo incansablemente; una ciudad de mil minaretes enjoyados, y ningún almuecín que la llamase a la oración.

Un enemigo, alguien que aspiraba a la dictadura de Estados Unidos, había entrado en ella y observaba los revolucionarios experimentos de Morris Craig. Londres, sabiendo que podrían ser peligrosos, también vigilaba. Washington, consciente de la amenaza, lo había notificado al F.B.I., y éste, olfateando la presencia de otro peligro, en la terrible persona del doctor Fu Manchú, había hecho venir a Nayland Smith.

Pero no se permitía que ningún indicio de la batalla desesperada que se libraba entre ellos llegara a oídos de aquellos cuyo destino pendía en la balanza. La desventurada masa, el hombre de la calle, seguía ocupada en sus asuntos sin sospechar en ningún momento que una tercera guerra mundial bramaba ante su puerta.

A la mañana siguiente, Nayland Smith llamó a Craig.

—Pensé que tal vez estaría preocupado —dijo—. Tuve un pequeño roce con el enemigo, pero ningún hueso roto. Vigile sus pasos, Craig. El asunto está llegando a un punto decisivo. Le veré más tarde…

El manto de pesimismo que había envuelto a Craig cayó de sus hombros. Sus problemas ya no parecían insuperables. Era bastante evidente que la Huston Electric se enfrentaba a una oposición más peligrosa que la de la rivalidad comercial. Su cerebro científico, que exigía de admitir incluso las conjeturas más triviales, se había resistido a aceptar no solamente la presencia del Dr. Fu Manchú, sino también su existencia.

Ahora estaba convencido. Ignorante aún de lo que le había ocurrido a Nayland Smith, debía de considerar que el atentado

contra Moreno era obra de un enemigo provisto de medios fuera de lo corriente. La forma de atacar sugería, desde luego, una influencia oriental.

Si se trataba del Dr. Fu Manchú, ¿qué pasaba entonces con el agente soviético?

Tenía razones para suponer que, aunque Smith nunca se lo había insinuado, éste actuaba para el gobierno británico. Muy bien, pero ¿quién estaba actuando para el Kremlin?

Sin lugar a dudas, su descubrimiento (por el que Craig, modestamente, no reclamaba ningún honor personal) le había hecho ver las cosas claras. Pero, en su nuevo estado de ánimo, no había lugar para inquietudes. Por el contrario, se sentía exultante; pues pensaba que su trabajo estaría terminado esa misma noche.

Cuando Camille entró, se volvió a ella con una sonrisa de felicidad.

—Acabo de hablar con Nayland Smith. Gracias a Dios el viejo zorro se encuentra bien.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Camille, y Craig escuchó la musicalidad de su fascinante voz—. Sabía que estaba usted preocupado.

—Y también me preocupa usted.

Ella se sobresaltó; sus ojos parecieron tornarse más penetrantes.

—¿Por qué, Dr. Craig?

—Trabaja usted demasiado, jovencita. No lo resistirá, ¿sabe? Porque estoy seguro de que no duerme lo suficiente.

—¿Tan mal aspecto tengo? —dijo sonriendo.

—Usted siempre está encantadora —replicó impulsivamente, y entonces lamentó haberlo dicho, pues las mejillas de Camille se colorearon con un ligero rubor, así que añadió—: cuando no lleva esas condenadas gafas.

—¡Ah! —dijo Camille, y él la miró y vio aparecer en sus labios esa adorable y pequeña mueca semejante a un hoyuelo reprimido—. Como me dijo que no le gustaban ahora sólo las llevo cuando estoy trabajando.

—No dije nada de eso, sino que prefería sus ojos desnudos, por así decirlo. Sólo hay otra cosa que podría hacer usted para aumentar mi alegría.

—¿De qué se trata, Dr. Craig?

—Pues… ¿es necesario que esconda el pelo más maravilloso que jamás ha evitado caer en las garras de Hollywood, sujetándolo con horquillas detrás de las orejas, como si quisiera olvidarse de él?

Entonces Camille se echó a reír, con una risa que sonaba auténtica.

—¡Qué cosas dice usted! Reconozco que son muy halagadoras. Verá, es que mi pelo es bastante, digamos, llamativo. Se mueve continuamente, y no creo que…

—¿Sea un espectáculo muy apropiado para la oficina de un pomposo físico? Está bien, la dispenso, pero con una condición.

—¿Cuál es esa condición, Dr. Craig?

—Que libere los fuegos ocultos a partir de mañana, cuando estemos divirtiéndonos en Falling Waters.

—Oh —dijo Camille recatadamente—. ¿Me está permitido pensarlo detenidamente?

—Sí, pero decídase por la mañana.

Camille se dirigió hacia la puerta, entonces se paró y se volvió.

—Disculpe, pero me temo que se me ha olvidado mencionar lo que venía en realidad a preguntarle, Dr. Craig.

—¿Se acuerda ya?

—Sí. Ayer hablé por teléfono con la señora Frobisher y hemos descubierto que las dos sufrimos de insomnio. Esta mañana me llamó para decirme que me había concertado una cita con el profesor Hoffmeyer. Ya sé que no se me debería haber ocurrido una cosa así, pero…

—¿No puede usted eludirlo porque lo ha dispuesto la mujer del jefe? Estoy de acuerdo. Seguramente les prescribirá seis semanas en Palm Beach. Pero no le haga caso.

—Lo que quería preguntarle es si no le importa que vaya esta tarde a las ocho.

—¿A las ocho?

—Sí, es una hora bastante extraña para pasar consulta. Supongo que me atiende cuando no tiene ninguna otra cita.

—Entre los cócteles y la sopa, diría yo. Claro que no me importa, señorita Navarre, ¿por qué me lo pregunta?

—Bueno —titubeó Camille— sé que esta noche piensa trabajar hasta tarde, y como a veces me necesita para tomar notas…

—No se preocupe. Vaya directamente del profesor a su saco de

dormir. Mañana nos levantaremos muy temprano.

—Es usted muy amable Dr. Craig, y se lo agradezco mucho. Pero cuando hice la cita ya conocía mi horario, así que volveré.

Camille entró en su despacho, cerrando la puerta sin hacer ruido. Todos sus movimientos estaban marcados por una grácil compostura.

A las ocho menos cuarto, cuando Camille se disponía a salir, Craig, con una pluma entre los dientes, estaba enfrascado en su trabajo, una fórmula parecida a un paisaje de Picasso sujeta con chinchetas a una esquina del tablero.

—Supongo que volveré dentro de una hora, Dr. Craig.

Craig levantó la mano en un gesto de despedida y dijo algo que podría haber sido «váyase a la cama».

Camille apretó el botón del ascensor privado, y cuando llegó éste, abrió la puerta con su llave maestra y bajó a la planta treinta y dos. Cerró la puerta con el pulsador sólo, ya que la llave quedaba echada automáticamente, y cruzó la inmensa oficina, en la que siempre se dejaba una luz encendida, hasta llegar a otra puerta parecida que había enfrente. Pensó que el otro ascensor estaría abajo pues Regan había salido a las cuatro en punto, cuando le relevó el señor Shaw.

Apretó el botón, y cuando se encendió la señal abrió la puerta con la llave y bajó a la planta principal. Había allí un pequeño y obscuro vestíbulo que comunicaba directamente con la calle; era un medio de entrar y salir que sólo utilizaban los empleados del laboratorio y Michael Frobisher. En el momento en que Camille salía del ascensor y cuando la puerta se cerró tras ella, supo que en el vestíbulo había alguien.

Se quedó inmóvil.

—¿Quién hay ahí? —preguntó en voz baja.

—No se alarme. —Oyó a la vez que se encendía una linterna.

—Sólo soy yo.

—¡Ah! —suspiró Camille—. Sir Denis Nayland Smith.

Ahora le veía la cara, enmarcada por el cuello levantado de un chaquetón forrado de piel. Era un rostro muy severo.

—Se preguntará cómo he entrado. Bueno, le explicaré el truco.

Tengo un duplicado de la llave. ¿Está Craig arriba?

—Sí, Sir Denis, y muy ocupado.

—¿Ya acabó su trabajo por hoy?

—No. Espero volver dentro de una hora.

—Buena chica. —Y una reveladora sonrisa barrió la seriedad de su cara con la misma rapidez que si se hubiera quitado una máscara —. Me han hablado muy bien de su entusiasmo y eficacia en el trabajo.

Le dio unas palmaditas en el hombro y después se dirigió al ascensor y puso su llave en la puerta.

Camille se encontró en la calle sin saber muy bien cómo había llegado. Había dos hombres rondando por allí que le dirigían miradas penetrantes pero, aunque su corazón latía muy de prisa, mantuvo su admirable serenidad, esperando con aparente calma hasta que pasó un taxi.

Dio la dirección del Edificio Woolton, y luego trató de poner en práctica los consejos escritos en una tarjeta que tenía delante de ella, «recuéstese y descanse».

Al menos para ignorar el hecho de que sus asuntos habían llegado a un punto culminante. Los hilos enmarañados de su existencia la habían confundido casi continuamente. Ahora se había desligado de uno. Pero se vio pensando en las palabras de Ornar: «El Dedo móvil escribe; y, habiendo escrito…»[8].

Morris tenía que saberlo. Había decidido decírselo mañana. Su mayor temor era que se enterase a través de otra persona. Quería que supiese la verdad de sus propios labios…

En el Edificio Woolton sólo había un ascensor funcionando. La mayoría de los empleados ya se habían ido.

—A la consulta del profesor Hoffmeyer —dijo Camille al aburrido ascensorista.

—¿Hoffmeyer? Ultimo piso.

Salió a un pasillo vacío. Justo enfrente de ella había una puerta donde decía: «Profesor Hoffmeyer. Información».

Resultó ser una oficina de recepción muy bien amueblada.

No había nadie.

Camille se sentó en un diván lleno de cojines. Un reloj colocado sobre el escritorio le indicaba que había llegado con tres minutos de antelación. Las palabras de Morris cruzaron rápidamente por su

cerebro, «entre los cócteles y la sopa».

Al dar las ocho, una muchacha china entró por una puerta que había enfrente de la que daba al pasillo. Llevaba el traje nacional chino y tenía una gracia de movimientos que a Camille le recordaron los de una gacela. Juntando las manos sobre el pecho, saludó con una inclinación de cabeza.

—Si es tan amable de acompañarme —dijo.

Camille la siguió a través de un inmenso salón decorado con reproducciones en miniatura de esculturas y pinturas clásicas en las que se observaba una perfecta expresión del desnudo humano. Había lujosos sofás con profusión de cojines, escritorios donde se amontonaban las últimas publicaciones, y lámparas con pantallas que suavizaban la luz. Comenzó a darse cuenta de que el profesor Hoffmeyer era un lujo reservado para las mujeres y concubinas de los sultanes del comercio, y se preguntó si la señora Frobisher tenía alguna idea de cuál era el sueldo que ella recibía.

Después pasó por un largo pasillo revestido de azulejos y flanqueado por cubículos que recordaban los de un baño pompeyano. Mezclado con todos los perfumes característicos de un salón de belleza se percibía un olor a medicina.

No había nadie en el salón ni en ninguno de los cubículos.

El recorrido acabó en una oficina que, a diferencia de las demás habitaciones, se adaptaba más a la idea que tenía Camille sobre cómo debería ser el consultorio de un médico. Había un escritorio grande y ordenado. Uno de los cajones estaba abierto, como si alguien hubiera estado sentado allí un momento antes. Varios libros científicos llenaban una pesada estantería de caoba y a su derecha había una entrada que evidentemente comunicaba con otra habitación.

La guía china de Camille juntó las manos sobre el pecho, e inclinando la cabeza se retiró.

El lugar poseía un ligero olor dulzón. Despertaba algunos recuerdos dormidos. Entonces se oyó una voz, la voz de alguien que estaba en la habitación vagamente iluminada de más allá.

—Hágame el favor de entrar.

La mente de Camille, su espíritu, se rebeló. De repente la dominó un único impulso, escapar. Pero parecía incapaz de intentarlo. Esas palabras eran una orden que se vio imposibilitada a

desobedecer.

Lentamente, con paso torpe, entró. Sus movimientos no hacían ningún ruido sobre la gruesa alfombra. Era una habitación amueblada en estilo oriental. Había aberturas en forma de arcos de las que colgaban linternas. Vio biombos pintados y lacados. Pero todo era impreciso, como un fondo esbozado para destacar la figura que estaba sentada dentro de una mesa oblonga.

Llevaba una túnica amarilla; con los codos sobre la mesa, apoyaba la barbilla en las manos. Y sus brillantes ojos verdes la reclamaban y la poseían.

Camille sofocó un grito, se volvió, y la abertura por la que había entrado ya no estaba allí; sólo había un panel maravillosamente lacado. Se dio la vuelta luchando contra la histeria. Su mirada recorrió la habitación.

—Sí —le aseguró la sibilante voz—, no se equivoca, señorita Navarre… ya ha estado aquí antes.

11

—El mayor cumplido que me han hecho nunca —decía Nayland Smith con aspecto ceñudo—. El Dr. Fu Manchú me considera más útil vivo que muerto.

Sentado de espaldas a la mesa, Morris Craig observaba la figura delgada e inquieta que deambulaba por su despacho. El sombrero y el abrigo de Smith yacían sobre el sofá, su pipa burbujeaba entre sus dientes pequeños y regulares. Parecía demacrado, pero sus pasos eran ligeros y su mirada viva.

—No puedo dejar de repetirlo, es un milagro que esté usted vivo.

—Supongo que sí. El misterioso conocimiento de que iban a asaltar la tienda de Huan Tsung hizo que pospusieran el tratamiento prescrito. De lo contrario, me habrían encontrado en ese espantoso féretro, aparentemente muerto. Si el asalto hubiera fallado, ahora estaría camino de China.

—¿Cree que el cuartel general de esta organización está en China?

—No —espetó Smith—. En el Tíbet. En un lugar completamente inaccesible. Lhasa no es la única ciudad secreta de Asia, ni el Everest la montaña más alta. Pero dejemos eso. Quiero determinados hechos.

Craig encendió un cigarrillo que sostenía entre los dedos desde hacía rato.

—Los tendrá. Pero yo también quiero conocer algunos datos. No soy inmune a la curiosidad humana, aunque haya domeñado una fuerza desconocida por la física. Anoche, cuando le encontró la Policía ¿qué fue de ese tipo, Huan Tsung?

Nayland Smith sonrió. Era una sonrisa de verdadero placer. Se

paró enfrente de Craig.

—Ya me había encontrado antes con Huan Tsung, antiguo gobernador de una provincia china y miembro destacado del Consejo de los Siete. El, con muy buenas maneras, dijo que no recordaba haberme visto. Puesto que estaba claro que esa tarde me habían enviado a su tienda dentro de un embalaje y me habían llevado al sótano de al lado, Harkness y el comisario tenían la intención de arrestarle.

—Yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Con qué cargos? —dijo Smith bruscamente—. Había testigos, entre ellos un agente de Policía, que podrían demostrar que no estaba en casa mientras el Dr. Fu Manchú me interrogaba.

—Pero usted sabe que el Dr. Fu Manchú se hizo pasar por él.

—No hay duda de que lo hizo. ¿Pero cómo podemos demostrarlo? Un erudito y anciano caballero que dice ser franco-canadiense ocupa el piso de la Quinta Avenida al que Huan Tsung fue de visita anoche. Al parecer dice que son viejos amigos. Estaban hablando sobre la situación política China, y Huan Tsung volvió a la calle Pell para recoger cierta correspondencia sobre el tema.

—Pero Smith, ¡le encontraron en su sótano!

—No es su sótano, Craig. Recuerde que la Policía lo forzó. El hombre al que en realidad pertenece no está en la ciudad. Y por último, el dependiente, un embustero muy culto, mostró una factura del contenido del embalaje en el que fui llevado allí desde dondequiera que hubiese estado antes.

—Pero, ¿dice usted que reconoció a Huan Tsung?

—Desde luego. Pero él me asegura muy cortésmente que estoy equivocado. Tiene la desfachatez de indicar que para el ojo occidental las caras chinas parecen todas la misma. Si hubiera tenido el privilegio de conocerme antes, dijo, no hubiera podido olvidar tal honor.

—¿Quiere decir que se va a salir con la suya?

—De momento, me temo que sí. Su amigo de la Quinta Avenida, el señor La Fosse, que indudablemente está a las órdenes de Fu Manchú, declara que nunca ha oído hablar de tal persona. Por supuesto, la Policía les vigilará muy de cerca, como los astrónomos que observan un nuevo cometa. Sus teléfonos ya están intervenidos.

—¿Y qué me dice de esas horribles inyecciones? ¿No siente

ningún efecto?

—Absolutamente ninguno. Debe usted aceptar el hecho, Craig, de que el Dr. Fu Manchú tiene un conocimiento de la medicina que lleva generaciones de adelanto a todo lo conocido por la ciencia occidental. Pero no desperdiciemos más tiempo. Escuche…

El gran reloj que había sobre la mesa dio su única nota. Las ocho en punto. La puerta del despacho se abrió y entró Regan. En su rostro severo había una extraña expresión.

—Tal vez me equivoque —dijo—, pero tengo la impresión de que he visto a un par de muchachos con aspecto de duros ahí abajo rondando por la entrada privada.

Nayland Smith se rió.

—Son algunos de mis guardaespaldas.

—Oh —dijo Regan—. ¿Entonces es eso?

—Estamos sitiados —murmuró Craig—. La guarnición está cercada. Cuidad bien vuestra armadura, caballeros, y que brillen vuestras espadas.

Regan hizo un gesto malhumorado con la cabeza y, subiendo los escalones del laboratorio, abrió la puerta.

Extrañas vibraciones invadieron el despacho. Su figura apareció un momento perfilada contra un fondo de color verde. Luego entró, y se cerró la puerta.

—Quiero saber —dijo repentinamente Nayland Smith— cuándo acabará.

—Esta noche.

—¿Seguro?

—Totalmente seguro.

—Ya me lo imaginaba. ¿Incluso tomándose una hora para cenar?

Mirándole fijamente, Craig se echó el pelo hacia atrás.

—No voy a parar para cenar.

Nayland Smith volvió a sonreír.

—Craig, empiezo a estar de acuerdo con el Dr. Fu Manchú cuando dice que es usted lo que él describe como «tocado por el genio». No quiero que confirme usted su diagnóstico muriendo joven. He reservado mesa en un restaurante muy tranquilo. Hasta que se le saca a la fuerza de este despacho, está usted siempre lamentablemente distraído. Y hay muchas cosas importantes que quiero decirle.

—¿No pueden esperar?

—No. Y a propósito, echo de menos al inestimable Sam.

—El que llama usted «el inestimable» tiene un permiso de veinticuatro horas. Su madre está enferma en Filadelfia. Resultado, ¡que por primera vez en muchos días, puedo ir a tomar una copa sin que me siga una sombra con una enorme visera!

—¡Oh! —espetó Smith, y lanzó a Craig una mirada dura—. ¡Cuánto lo lamento!

El laboratorio se abrió otra vez, y salió Shaw. Se quedó parado un momento en lo alto de los escalones mirando hacia abajo. El técnico jefe tenía la complexión robusta de un hombre acostumbrado al aire libre que trabaja en un interior, una mata de pelo rubio ingobernable y una ,, mirada alegre.

—¿Ya se va, Shaw? —gritó Craig—. ¿No conoce a mi magistral amigo, Sir Denis Nayland Smith? El magistral Smith, Martin Shaw.

Shaw bajó y le dio la mano.

—Libre hasta media noche —dijo—. ¡Luego volveré al condenado monstruo que vive ahí! —Se volvió a Craig—. Si tiene terminado el detalle de la válvula esta noche, creo que podré armar el transmutador a tiempo para las pruebas, digamos, el lunes.

—¿Sí? —replicó Craig, y sonrió como un niño—. ¿Y no se le ha ocurrido hacer testamento antes de esa fecha?

Shaw asintió.

—Sí, doctor. Eso depende de usted. Pero si logramos que el corcho no salte cuando llenemos la botella, entonces todo irá bien.

Salió con el aire de un soldado sometido a fuego intenso. Cuando la puerta de la oficina se cerró:

—¡Nuestra escolta espera! —dijo Nayland Smith—. Vamos.

—Deje de darme órdenes —exclamó Craig haciéndose el duro—. Ah, renuncio a esta competición desigual.

Llamó al laboratorio.

—Regan al habla.

—Siento comunicarle, Regan, que me llevan por la fuerza a cenar a un restaurante.

—¡Buen asunto!

—¿Qué?

—No, nada.

—Ah, bueno, volveré a las nueve. ¿Quiere algo antes de que me

vaya?

—No, doctor. Disfrute de la cena.

Craig llevó su tablero de dibujo y sus notas a la caja de caudales. Una vez que las hubo guardado, miró hacia la puerta del despacho de Camille.

—No está —dijo Smith con sequedad—. Me crucé con ella al entrar.

Iban ya a toda velocidad en un coche de la Policía, con dos hombres del F.B.I. siguiéndoles en otro, cuando Camille se enfrentaba al doctor Fu Manchú en ese curioso estudio.

«Ha estado aquí antes», había dicho la áspera voz. Y en un momento de gélido horror, que parecía obstaculizar el latido de su corazón, Camille supo que era cierto. Su sueño la había perseguido con tanta persistencia que había hablado con Morris, advirtiéndole que cambiara la combinación de la caja, pues en la papelera había encontrado aquellos fragmentos de una nota hecha pedazos. Y aunque había pasado horas tratando de recomponerla, sin conseguirlo, sabía que el papel en el que estaba escrita provenía de las oficinas de la Huston Electric.

Ese hombre, la inescrutable y espantosa cara de ese hombre, y todo lo que le rodeaba le decían que no había habido tal sueño, sino un recuerdo revivido mientras dormía.

Había acudido a la cita con el profesor Hoffmeyer llevando las gafas de montura oscura. En ese momento se dio cuenta claramente de la incongruencia de su aspecto con tal ambiente.

En una esquina de la habitación había varios estantes repletos de libros, algunos de ellos grandes y con encuadernaciones de cuero descoloridas. Luego estaba el panel lacado que, según ella sabía, disimulaba una abertura por la que había entrado. Más allá, una cortina ocultaba un nicho. Había también un arco en el que colgaba una linterna con pantalla de seda.

Un diván lleno de cojines se alzaba como una isla en medio de un mar de esteras. Había dos sillas medievales talladas de forma extraña. Sobre una larga mesa negra se amontonaban libros, manuscritos abiertos, recipientes que parecían contener algún tipo de especímenes y una cabeza momificada apoyada en una base de

madera. La débil luz de una lámpara verde sólo alcanzaba a perfilar un globo de cristal eclipsado en las sombras.

Y además de la mesa, con sus manos de uñas atenuadas cruzadas bajo la barbilla, estaba el *Hombre*…

—Siéntese, por favor.

Sus ojos medio cerrados miraron de soslayo hacia el diván. Aparte de eso, no hizo ningún movimiento.

Camille, librando una desesperada batalla por mantener la calma, la lucidez, permaneció de pie. Miró desafiante a la figura inmóvil. Tenía la garganta seca, pero cuando habló, su débil voz no la traicionó.

—Vine a consultar al profesor Hoffmeyer. ¿Quién es usted?

El permaneció inmóvil. Cuando contestó, Camille no vio que los delgados labios se movieran.

—Estoy acostumbrado a hacer yo las preguntas, señorita Navarre, no a contestarlas. Pero debo hacer una concesión en el caso de un colega científico, y uno cuyo valor respeto. Se me conoce como el doctor Fu Manchú.

—¡El doctor Fu Manchú! —suspiró ella.

—Creo que le han prevenido contra mí. Lamento que, como a los maridos que se extravían, se me malinterprete de ese modo, que todo el mundo piense mal de mí.

—¿Pero qué está usted haciendo aquí? Si la señora Frobisher supiese…

—¿Si la señora Frobisher supiese qué? ¿Que el profesor Hoffmeyer es el Dr. Fu Manchú, o que Camille Navarre trabaja para los servicios de inteligencia de un gobierno extranjero? ¿A cuál de esos casos se refiere?

—¿Qué dice usted? ¿Qué está sugiriendo?

—No sugiero nada. Le hago una pregunta. La señora Frobisher preparó la cita para esta noche porque yo le dije que lo hiciese así…

—¿Quiere usted decir… que la señora Frobisher sabe…?

—La señora Frobisher no sabe nada. Como casi todas las mujeres. Pero creo que su marido no reaccionaría muy favorablemente si supiese que es usted un agente de Gran Bretaña.

El corazón de Camille palpitaba violentamente, pero la habían entrenado para afrontar lo peor.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque es cierto. —El Dr. Fu Manchú se levantó lentamente—. Sus jefes tienen derecho a conocer la naturaleza de los experimentos que se están llevando a cabo en el laboratorio Huston. Vivimos en una época muy peligrosa. Les admiro por su ingenioso traslado de la antigua secretaria del doctor Craig a un puesto mejor, y por haberle proporcionado a usted las credenciales necesarias para ocupar su lugar.

Estaba rodeando la mesa oblonga y acercándose. Sus pasos eran felinos.

—Yo tengo mis propias credenciales.

—Claro. ¿Y dónde las consiguió?

—Eso a usted no le importa.

El miedo (la alta figura envuelta en su túnica amarilla estaba ahora muy cerca) le hacía ser desafiante.

—¿Y dónde las consiguió? —repitió en un tono muy bajo, sibilante.

—Me gradué en la Sorbona.

—La felicito. En nuestra anterior entrevista no tuve tiempo de recoger esos detalles. ¿Y actuó para los servicios de inteligencia durante la guerra?

—Trabajé en la Resistencia. —Camille hablaba con vaguedad—. En Grenoble.

El Dr. Fu Manchú volvió a su asiento detrás de la larga mesa.

—Permítame felicitarla de nuevo. Habla usted un inglés perfecto.

—Mi madre era inglesa.

Al sentarse, Camille se hundió en el diván. Estaba aterrorizada, pero su cerebro permanecía sereno. Una cosa estaba clara. Durante esa laguna que le había costado tantas noches de sueño, debió de haber estado allí. ¿Cómo había llegado? ¿Y por qué, excepto en un sueño, había olvidado completamente todo lo ocurrido?

Y, sobre todo, ¿qué había pasado?…

Camille asió los cojines convulsivamente.

Un sonido metálico y tembloroso, como el de un sistro lejano, conmovió el silencio.

El globo de cristal estaba cobrando vida. Un resplandor lunar

brilló en su interior y se fue haciendo más intenso. Por un momento pareció empañado, como si fuese un inmenso ópalo. Luego, las nubes se dispersaron y se materializó una cara.

Al principio, Camille creyó que era el rostro viviente del egipcio momificado cuya cabeza se erguía encima de la mesa, tan amarillentas y arrugadas eran sus facciones. Pero no tardó en manifestarse como el de un anciano chino.

—Tengo el informe, excelencia.

La voz era clara, pero parecía venir desde muy lejos.

—Repítalo.

El Dr. Fu Manchú miraba el rostro del cristal. En la mente de Camille brotó un repentino impulso de escapar. Miró rápidamente a derecha e izquierda, y entonces:

—Quédese donde está —le ordenó una voz severa—. No hay ningún medio de salir de aquí sin mi permiso. Continúe, Huan Tsung.

—Nayland Smith y el doctor Craig están en el restaurante. Es imposible entrar en contacto. Hay un guardaespaldas del F.B.I. en la puerta. Todos los mensajes que me llegan son interceptados. Por ello éste me lo enviaron en dialecto Shan.

Se produjo un momentáneo silencio, en el que Camille tomó conciencia de que no estaba presenciando un fenómeno sobrenatural, sino una forma de televisión desconocida hasta ahora.

—Tengo una hora —dijo el Dr. Fu Manchú— para hacer el primer movimiento.

Como un espejismo, el rostro del cristal se desvaneció lentamente. El resplandor se apagó. Cuando el Dr. Fu Manchú volvió otra vez su insostenible mirada hacia Camille, ésta se levantó.

—Quiero saber —dijo— por qué me ha hecho venir aquí con engaños. ¿Cree, quizás, que puede obligarme a revelarle los secretos del doctor Craig?

—¿No estaba usted dispuesta a entregárselos al gobierno británico? —dijo él en voz baja.

—Tal vez lo estuviese. Pero por un motivo que usted nunca podría entender. Porque confiaba en proteger la paz del mundo, si es que es posible.

—¿Considera usted que Gran Bretaña sustenta el monopolio de

las intenciones pacíficas? ¿Supone que al doctor Craig le agradaría saber que trabaja usted con él sólo para traicionarle?

Camille trató de encontrar la mirada de esos ojos semicerrados.

—Yo… yo no lo considero como una traición. Simplemente como un deber por el que tengo que estar preparada para sacrificarlo… todo.

—¿Como el respeto del doctor Craig, por ejemplo… o tal vez algo más valioso?

Camille bajó la mirada y volvió a dejarse caer en el diván. El Dr. Fu Manchú se levantó y fue hacia ella. Llevaba un pequeño volumen.

—Nunca le revelaré ni uno solo de los secretos del doctor Craig —dijo ella con una nota de desesperación.

—Querida señorita Navarre, ya los ha revelado usted todos, o al menos los que sabía en su momento. Seamos sensatos. Los criminales comunistas aspiran a gobernar a la Humanidad con el miedo. Las naciones ya no tienen derecho a elegir a sus gobernantes. Como resultado, el mercado está inundado de políticos, pero hay muy poca oferta de estadistas. Los hombres no desean otra cosa que la felicidad. ¿Qué ruso anhela extender la enfermedad que él mismo está padeciendo?

Ahora estaba justo delante de ella.

—¿Ve usted este libro? Es una lista de los megalómanos que amenazan al mundo con una tercera y última guerra. Los borrachos de poder. Se les podría reunir a todos muy fácilmente en esta habitación. Las desgraciadas personas en nombre de quienes afirman hablar no son sino el combustible que van a arrojar en el horno de su demente deseo. Ya llama a la puerta la vanguardia de estos ignorantes canallas, y hay un hombre que tiene en sus manos un arma que puede decidir el final.

—¿Alude usted al Dr. Craig?

—Sí, a él me refería.

Con desesperado valor, Camille se levantó y se enfrentó a Fu Manchú.

—¿Y cree usted que yo, aunque pudiera, pondría ese arma en sus manos? ¡Preferiría morir, y dejar que la justicia se encargase de usted!

Pero el Dr. Fu Manchú permaneció impasible.

—Quien espera salvar a la civilización no puede permitirse respetar la ley. Es usted un raro capricho de los dioses, una mujer bien parecida con cerebro. Sin embargo, como todas las mujeres, deja que la emoción la domine. ¿Por qué lleva esas horribles gafas?

Al decir esto, abrió sus extraños ojos, levantó una mano de largas uñas y la dirigió hacia ella. Camille dejó de poseer una existencia individual. Se vio en la misma situación semejante a un trance que le había producido tan terribles sueños.

—Quíteselas.

Ella obedeció automáticamente. Algo en su interior se sublevaba con violencia y con rabia. Pero la propia Camille estaba indefensa.

—Suéltese el pelo.

Camille liberó sus maravillosos cabellos, que le cayeron sobre los hombros como una cascada, como un torrente de fuego. Con un gesto mecánico, se lo arregló con los dedos.

—Arrodíllese.

Se arrodilló a los pies de Fu Manchú.

—Baje la cabeza…, duerma.

Ella agachó la cabeza, como un esclavo sumiso y hermoso esperando el castigo.

El Dr. Fu Manchú tocó una campanilla de plata que colgaba sobre una mesa que había junto al diván. Camille no oyó su dulce y prolongada nota. Estaba perdida en un mundo de silencio del que sólo un sonido podía hacerla regresar, la voz de Fu Manchú.

Un hombre entró por la abertura en forma de arco. Ni siquiera miró a la figura arrodillada e inmóvil. Hizo una reverencia breve, pero respetuosa, a Fu Manchú. Era de baja estatura, moreno y achaparrado, con cráneo teutónico. Llevaba una larga bata de hilo blanco, como la de un cirujano.

El Dr. Fu Manchú cruzó la habitación y se sentó a la mesa.

—Koenig, esta noche irás al edificio Huston. La llave duplicada que hiciste tras la última visita de la señorita Navarre abre la puerta privada, así como la del ascensor que va al piso treinta y dos. Allí hay otro ascensor. También se abre con esa llave. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna.

—Te llevará a la planta treinta y seis, donde entrarás en la oficina del Dr. Craig. El laboratorio está junto a ella. La puerta que

los comunica está cerrada con llave. Un hombre llamado Regan estará trabajando en el laboratorio. Hay que persuadirle de que salga. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna.

—M'goyna irá contigo. Si esto te asusta, dilo. Muy bien. Es preciso reducir a Regan y volver a llevarle al laboratorio. M'goyna se quedará entonces con él. Le harás ver que si descubren a M'goyna allí, él, Regan, puede ser estrangulado. Tiene que hablar por el intercomunicador si el Dr. Craig le llama. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna.

El Dr. Fu Manchú dio una palmada que hizo un ruido seco.

—M'goyna.

La cortina bordada que ocultaba parcialmente un hueco de la pared se corrió a un lado. Apareció una gigantesca figura. Con los hombros de un Atlas, largos brazos, unas manos grotescamente grandes y la cara tan llena de cicatrices que no se podía comparar con nada humano. Un fez rojo coronaba tan espantosos rasgos.

Vestía una túnica árabe blanca, con un fajín escarlata, y zapatillas turcas.

M'goyna se aproximó lentamente. Todos sus movimientos eran anormales, como los de un autómata. Sus inmensas manos colgaban fláccidas e insensibles, las manos de un gorila. También como un gorila, tosió con un sonido cavernoso.

Koenig apretó Jos puños, pero se mantuvo firme. Camille seguía de rodillas. M'goyna fue hacia la mesa larga y se quedó allí mirando al Dr. Fu Manchú, que se dirigió a él en turco.

—Vístete de calle. Vas con Koenig al edificio Huston.

—Con Koenig al edificio Huston —entonó M'goyna con voz áspera.

—Te mostrarán a un hombre. Tienes que reducirle.

—Muestran a un hombre. Reducirle.

—No debes matarle.

M'goyna descubrió lentamente unos dientes irregulares como colmillos y luego volvió a cerrar los labios. Tosió.

—No matarle.

—Estás bajo las órdenes de Koenig. Saluda a Koenig.

M'goyna se llevó la mano a la frente, a la boca y al pecho e inclinó la cabeza.

—Harás lo que te diga. A las diez en punto iré a por ti. Repite la hora.

—Diez en punto, ¿vendrá a por mí?

—A las diez en punto. —El Dr. Fu Manchú se volvió a Koenig y dijo una palabra en inglés—. Procede.

El despacho de Morris Craig estaba vacío. La noche había extendido una cortina violeta al otro lado de las ventanas, adornada en algunas partes con un estampado negro donde el oscuro edificio de enfrente desafiaba a un cielo sin luna.

Sólo la lámpara tubular de la mesa de dibujo estaba encendida, tal como Craig la había dejado.

Tan tranquilo estaba el lugar que, cuando subió el ascensor y se paró en el vestíbulo, su marcha casi silenciosa alteró el ambiente. Luego, durante todo un minuto, no se oyó ningún movimiento, mientras la puerta del despacho se abría centímetro a centímetro y Koenig miraba dentro. Satisfecho con lo que vio, entró y se dirigió a la habitación de Camille. La inspeccionó con una linterna.

Con sus silenciosas suelas de goma, fue a la puerta del laboratorio y dirigió la luz hacia los escalones que conducían a él. Examinó la caja fuerte y, cruzando la habitación hasta las largas ventanas, miró hacia la azotea.

Luego, volviendo la cabeza, habló en voz baja.

—M’goyna…

M'goyna entró pesadamente. Llevaba un mono de color marrón y un gorro de trabajador. Aquel inmenso cuerpo y el pequeño cráneo, constituían un terrible prodigio. Se quedó parado junto a la puerta, inmóvil, como una parodia de la Humanidad.

—Cierra la puerta.

M’goyna la cerró y volvió a adoptar la misma postura.

—El hombre saldrá de ahí —Koenig señaló al laboratorio—. Cógele.

M’goyna asintió con su pequeña cabeza.

—Asfíxiale lo suficiente, pero no mucho, y luego vuelve a llevarle adentro. ¿Me entiendes?

—Sí. No matarle.

—Escóndete aquí, entre el sofá y los escalones. Cuando salga,

haz lo que te he ordenado. Recuerda, no debes matarle.

M’goyna asintió y tosió.

—¿Estás listo?

—Sí.

Koenig apagó la lámpara de la mesa de dibujo. Ahora se podía ver que la cortina de la noche más allá de las ventanas se había tachonado de joyas, que centelleaban en un firmamento sin nubes. Koenig dirigió la luz de su linterna hacia un hueco que había entre el sofá tapizado en cuero y los tres escalones.

—Ahí. Agáchate.

M’goyna anduvo hacia allí como si le moviesen palancas ocultas y se agazapó.

Koenig apagó la linterna. Se quedó parado un momento para acostumbrarse a la oscuridad, y luego subió los escalones y golpeó la puerta con los puños.

—¡Regan! —gritó—. ¡Regan!… ¡Regan!…

Bajó corriendo y se echó en el sofá junto al que M’goyna esperaba.

Pasaron unos segundos, diez, veinte, treinta.

Entonces se oyó un sonido apagado. La puerta de acero se abrió y una luz verde invadió el lugar; era una luminosidad como la que ven los buzos bajo la superficie del océano. Sus rayos no proporcionaban una verdadera iluminación. Una fuerza invisible hizo vibrar la oficina.

Regan estaba parado en lo alto de los escalones, escrutando el lugar.

—¡Dr. Craig! ¿Está usted ahí?

Comenzó a bajar con mucho cuidado.

Y, cuando sus pies tocaron el último escalón, M’goyna se abalanzó sobre él, gruñendo como un animal salvaje.

—¡Dios mío!

Las palabras se ahogaron en la garganta de Regan. Se desvanecieron hasta no ser más que un gorgoteo, nada.

—No demasiado. ¡Recuerda!

M’goyna gruñó. Con su enorme mano agarrando a Regan por la garganta, le levantó con el otro brazo y le llevó, como un fardo, escaleras arriba.

Koenig le siguió.

La puerta se quedó abierta. La luz verde impregnaba la oficina, que estaba llena de pulsaciones de un poder invisible. Entonces Koenig volvió a salir.

—¿Entendido?, tiene que contestar las llamadas. Si entra el Dr. Craig, o alguna otra persona… ya sabes lo que tienes que hacer.

Cerró la puerta tras él, con lo que se volvió a hacer el silencio, un silencio que se podía sentir, casi oír. Se quedó inmóvil un momento orientándose en la oscuridad, luego cruzó la habitación y encendió la lámpara de la mesa.

Salió silenciosamente. El ascensor bajó.

12

—¡Despierte!

Camille abrió los ojos se puso de pie, y, aunque sentía los miembros pesados y con calambres, se mantuvo derecha. Llevándose una mano a los despeinados cabellos, fijó una mirada furiosa en el Dr. Fu Manchú.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Estaba usted arrodillada ante mí como si yo fuera Buda.

Le invadió una oleada de terror. Por primera vez, casi perdió el control.

—¡Usted!… ¡Oh, Dios mío! ¿Qué me ha ocurrido?

Apartándose de la alta figura vestida con una túnica amarilla, retrocedió y retrocedió hasta que sus pantorrillas tocaron el diván. El Dr. Fu Manchú la observaba.

—Cálmese, su castidad está a salvo conmigo. Deseaba verla sin su disfraz.

—Había… alguien más aquí… un hombre espantoso…

—¿M’goyna? ¿Era usted consciente de su presencia? Es un dato interesante, lamento no poder darle la oportunidad de examinar a M’goyna. Como científico, podría interesarle. Fue él quien le llevó mi primera invitación, aunque pensé que lo había olvidado.

—Lo olvidé —murmuró Camille. Estaba temblando.

—Trepa como un mono. Escaló los muros del edificio Huston desde las escaleras de incendio para presentarle mis respetos. Dijo usted «un hombre espantoso». Pero M’goyna no es un hombre. En Haití le llamarían zombi. Es un ejemplo de las posibilidades de la vivisección. Su cuerpo es el de un criminal turco ejecutado por estrangular a varias mujeres. Lo rescaté antes de que adquiriera el *rigor mortis*.

—Está usted tratando de asustarme. ¿Por qué?

—La mente del científico nunca teme la verdad. M'goyna fue creado en mi laboratorio de El Cairo. Le proporcioné un cerebro muy elemental, un poco superior al de una foca. Apenas es algo más que un aparato receptor de mis órdenes. No obstante, no ha quedado perfecto. No he sido capaz de librar a mi semihumano de una curiosa tos. Algún día volveré a intentarlo.

A medida que la fría y arrogante voz proseguía, Camille comenzaba a recuperar la calma, pues el Dr. Fu Manchú no había podido ocultar del todo una nota de triunfo. Era un genio peligroso, probablemente un loco, pero no era inmune a las debilidades humanas… Estaba orgulloso de sus fantásticos logros.

Camille se dejó caer en el sofá mientras él, moviéndose con ese paso ágil, felino, cruzaba la habitación y volvía a su sitio detrás de la negra mesa. Cuando habló de nuevo parecía estar pensando en voz alta…

—Sólo hay un número determinado de secretos de la Naturaleza que al hombre le está permitido conocer. Los suficientes para su propia destrucción.

Se oyó un sonido agudo, parecido a un lamento que venía de algún lugar más allá de la habitación. Se alzaba y decaía una y otra vez, luego se apagó. Pero para Camille fue casi lo peor.

Apretando las manos, se levantó de un salto a punto de ponerse histérica.

—¡Dios mío! ¿Qué fue eso…?

El Dr. Fu Manchú apoyó la barbilla en sus dedos entrelazados.

—Fue Bast, mi leopardo domesticado. Cree que me he olvidado de su cena. Estos gatos cazadores son muy voraces.

—No le creo… sonaba como…

—Querida señorita Navarre, me ofende lo que eso significa. Sir Denis Nayland Smith le confirmaría que la mentira no es uno de mis vicios.

Tomó con delicadeza una pizca de rapé de una cajita de plata. Camille se volvió a sentar, esforzándose por recuperar el aplomo perdido, y se obligó a sostenerle la mirada.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué me mira así?

—Estoy admirando su maravilloso valor. Es horrible destruir lo que es maravilloso. —Se puso de pie—. Desea usted la paz del

mundo. Eso es lo que ha dicho. Teme la crueldad. Se acobardó al oír el grito de un leopardo. Ya ha conocido la crueldad, pues no hay ninguna como la de la guerra. Si su deseo fue sincero, yo soy el único que puede hacerlo realidad. ¿Trabaja usted conmigo, o contra mí?

—¿Cómo voy a creer…?

—¿En el Dr. Fu Manchú? ¿En un criminal internacional? No, tal vez sea pedir demasiado, dado el tiempo de que dispongo, e incluso los minutos son cada vez más valiosos —Abrió los ojos completamente—. Levántese Camille Navarre. ¿Cuál es su verdadero nombre?

Y Camille se vio otra vez arrastrada, por orden del poderoso hipnotizador, a ese gris y espantoso mundo intermedio en el que no había nadie más que Fu Manchú.

—Camille Mirabeau —contestó mecánicamente, poniéndose de pie—. Navarre es el nombre por el que se me conocía en el Maquis.

Los ojos verdes estaban muy próximos a los de ella.

—¿Por qué la tomaron los británicos a su servicio?

—Por mi capacidad para sacar clandestinamente de la zona alemana a miembros de las fuerzas aéreas. Y porque hablo varios idiomas y tengo estudios científicos.

—¿Ha estado casada alguna vez?

—No.

—¿Cuántos amantes ha tenido?

—Uno.

—¿Cuánto tiempo duró la aventura?

—Tres meses. Hasta que le mató la Gestapo.

—¿Todavía le afecta?

—No.

—¿Le atrae Morris Craig?

—Sí.

—Será su próximo amante. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Hará que la saque del edificio Huston no más tarde de las nueve y media. Craig no debe volver a la oficina esta noche. ¿Comprende?

—Comprendo.

—¿Le gusta usted a él?

—Sí.

La insistente voz le golpeaba el cerebro como un martillo. Pero no podía hacer nada para detenerla, para resistirse a sus instigaciones. Se veía obligada a contestar, con la verdad. Su cerebro, su corazón, yacían sobre la despejada mesa de disección del Dr. Fu Manchú.

—¿Le ha expresado su admiración?

—Sí.

—¿De qué forma?

—Me dijo que no llevase gafas y que no me recogiera el cabello como lo hago.

—Y usted le ama?

El orgulloso espíritu de Camille se alzó en fuerte rebeldía. Permaneció silenciosa.

—¿Le ama?

Era inútil.

—Sí —suspiró.

—Esta noche utilizará su cabello para seducirle. Lo demás lo dejo en manos de Morris Craig. Le daré las instrucciones antes de que salga de aquí. Duerma…

Pasaron unos momentos de tormento, en los que Camille yació impotente, sujeta por invisibles cadenas, y luego volvió la voz.

—He olvidado todo lo que ocurrió desde que salí de mi oficina del edificio Huston. Repita.

—He olvidado todo lo que ocurrió desde que salí de mi oficina del edificio Huston.

—Cuando vuelva sólo recordaré lo que tengo que hacer a las nueve y cuarto, a las nueve y cuarto por el reloj de la oficina.

—Cuando vuelva sólo recordaré lo que tengo que hacer a las nueve y cuarto por el reloj de la oficina.

—A las nueve y media el Dr. Fu Manchú me llamará. Repita la hora.

—Nueve y media.

—El destino del mundo depende de mí.

Camille se llevó las manos a la cabeza. Gimió.

—¡Ay!… yo… no puedo correr con esa responsabilidad…

—Repita mis palabras.

—El destino… del… mundo… depende… de… mí.

13

Morris Craig regresaba «escoltado» del tranquilo restaurante de Nayland Smith. Parados delante de la entrada privada dijo:

—No hay duda de que el restaurante era tranquilo. Pero la cuenta fue como para poner el grito en el cielo. Suba usted si quiere, Smith. Aunque me espera una endemoniada noche. Tengo que haber acabado para mañana. Gracias por su cena; ha sido realmente comestible, la más adecuada para mi constitución británica. El vino fue la respuesta a las oraciones de este pagano.

Nayland Smith le lanzó una larga y acerada mirada.

—¿He conseguido hacerle comprender, Craig, que el peligro es ya, esta noche, y durante las próximas veinticuatro horas?

—Ha quedado sépticamente claro. Ya tengo síntomas de indigestión. Pero, si no sigo trabajando hasta que amanezca, no acabaré mi tarea, porque el jefe me ha invitado a pasar el fin de semana en las cuevas y selvas de Connecticut.

Nayland Smith, una delgada figura con un traje gastado, pues había dejado el abrigo en el coche, vaciló un momento, y luego agarró con firmeza a Craig por el brazo.

—No es mi intención parecer pesado —dijo—. Pero antes de irme, quiero ver si va usted derecho a su trabajo. El caso es que, esta noche, tengo una extraña sensación de inquietud. Debe usted tomar todas las precauciones posibles.

Así que subieron juntos a la oficina, y la encontraron tal como la habían dejado. Craig colgó el sombrero y el abrigo, sonriendo abiertamente a Smith, que estaba encendiendo su pipa.

—No se preocupe por mí. Compórtese como si estuviera en su propia casa. Yo lo haré como si estuviera en la mía.

Se dirigía a abrir la caja fuerte, cuando:

—Un momento —dijo bruscamente— le voy a dar un poco la lata, después de todo.

Craig se volvió.

—¿De qué se trata?

—Dejé el duplicado de la llave en el abrigo. Tendrá que bajar a abrirme.

—¡Vaya! —murmuró Craig—. Pero prometo que no iré más allá de la puerta de la calle. Así no habrá ninguna excusa para tener que volver a escoltarme hasta aquí. Será mejor que antes le diga a Regan que he regresado.

Llamó al laboratorio y esperó.

—¡Hum! No contesta. No creo que se haya ido a dormir… volveré a llamar.

Y entonces se oyó la voz de Regan, extrañamente forzada.

—Laboratorio… Regan al habla.

—Está bien, Regan. Sólo quería decirle que ya he vuelto. ¿Todo en orden?

—Sí… todo.

Craig echó una mirada a Nayland Smith.

—Parecía muy enfadado, ¿verdad?

—No me extraña. ¿Se supone que también va a trabajar toda la noche?

—No. Shaw le releva a las doce en punto.

—Bueno, vamos. No quiero entretenerle más.

Salieron.

Acababa de apagarse el débil sonido que hacía el ascensor, cuando se oyó el ruido sordo amortiguado de dos disparos…

La puerta del laboratorio se abrió de golpe, y Regan se lanzó por los escalones. Salió corriendo hacia el vestíbulo con una automática en la mano.

—¡Dr. Craig!… ¡Socorro!… *¡Dr. Craig!*

M’goyna iba tras él, dando una serie de saltos que parecían imposibles en una criatura cuyos movimientos eran normalmente tan torpes y lentos. Iba mostrando los dientes, semejantes a los colmillos de un animal salvaje. Lanzó un gruñido de rabia.

Regan se dio la vuelta y disparó otra vez. En el mismo momento de la detonación del disparo, M’goyna, arrancándole el arma de las manos y lanzándola al suelo, estrechó a Regan con un abrazo de eso

y le apretó hasta hacerle perder la capacidad del habla. Este dio un grito ahogado y desesperado y quedó en silencio.

M'goyna lo levantó, y, echándoselo sobre su inmenso hombro, volvió a subir con él los escalones.

Cuando el ser semihumano salió, para recuperar la pistola de Regan, sólo se oyó un gemido procedente del laboratorio.

Al cerrar la puerta de acero, tosió…

La oficina permaneció vacía durante otros dos minutos. Luego volvió Craig, balanceando las llaves en la cadena. Fue directamente a la caja fuerte, se paró, y olfateó el aire. Había percibido un olor débil, pero inexplicable. Echó un vistazo a su alrededor, hasta que su sonrisa infantil sustituyó de repente la perplejidad que indicaba su ceño fruncido.

—La pipa de Smith —murmuró.

Olvidándose inmediatamente del asunto, según su costumbre de dejar de lado, o intentar dejarlo, todo lo que interfería con la tarea que se traía entre manos, en seguida había abierto la caja fuerte e instalado todo el material. Estaba tan intensamente absorto en su trabajo que, cuando Camille entró, ni siquiera advirtió su presencia.

Ella se quedó un momento en la puerta abierta, con los ojos desorbitados contemplando vagamente el despacho. Luego bajó la mirada hacia su bolso y, finalmente, se fijó en el reloj que había sobre la mesa de dibujo. Pero Craig no supo que estaba allí hasta que Camille inició el regreso a su propio despacho.

El giró en redondo rápidamente.

—¡Qué susto! No juegue a los fantasmas conmigo. Mis nervios no son lo que eran en mi perdida juventud.

Camille no sonrió. Le miró y luego volvió a fijarse en el reloj. No tenía puestas las gafas de montura negra, pero llevaba el pelo muy tirante y sujeto en la nuca con horquillas, como de costumbre. Craig se preguntó si algo le había molestado.

—Yo… Disculpe.

—No hay nada de que disculparse. ¿Qué tal con el profesor, como se llame? ¿Rebosante de vitalidad y excesivamente atento?

—Pues… en realidad no lo sé.

Se dirigió a su despacho, que tenía la puerta abierta; su

conducta era tan extraña que ya no había posibilidad de que él la pasara por alto. Craig sabía que el insomnio podía causar estragos en el sistema nervioso, y Camille se estaba comportando como una sonámbula; pero, cuando habló, mantuvo su tono desenfadado.

—¿Qué le recetó? ¿Palm Beach, o un viaje en el Queen Elizabeth?

Camille se paró, pero no miró hacia atrás.

—Me temo que lo he olvidado —replicó.

Entró en su habitación.

Craig se rascó la barbilla, mirando la puerta cerrada. No había duda de que algo andaba mal. ¿La habría ofendido? ¿Tendría un motivo de queja? ¿O estaría realmente enferma?

Sacó un aplastado paquete de cigarrillos del bolsillo, alisó uno hasta darle una forma más o menos cilíndrica y lo encendió; en ningún momento apartó la mirada de la puerta cerrada.

Volviéndose a poner las gafas, se dirigió muy lentamente a su trabajo. Pero una y otra vez le interrumpía la imagen de Camille, distraída, con la mirada desorbitada. Recordó que ya estuvo una vez de tal humor; y que la hizo irse a casa. En aquella ocasión, también había salido, pero no dio ninguna explicación de adonde fue.

Algo parecido a un escalofrío físico se deslizó por su corazón. Había un hombre en su vida. Y debía de haberla abandonado…

Craig cogió un cuaderno de apuntes y escribió una nota a lápiz. Se sintió sorprendido y enfadado al descubrir lo temblorosa que tenía la mano. Debía saber la verdad. Pero le daría tiempo. Con un poco de tacto, quizá podría persuadir a Camille de que se lo contase.

Nunca había besado sus manos, y mucho menos sus labios; no obstante, imaginarla en los brazos de otro hombre le hacía enloquecer. Recordó que recientemente había considerado el lugar que ella ocupaba en sus planes y que decidió alejar tales pensamientos hasta que su trabajo estuviera acabado.

Ahora casi no se atrevía a apretar el botón que la llamaría. Pero lo hizo.

Había vuelto a su tablero de dibujo, y entonces la oyó entrar. Lo hizo tan silenciosamente que, cuando estuvo detrás de él, más que saberlo lo sintió. Arrancó la hoja y se la pasó por encima del hombro.

—¿Le importaría mecanografiarme esto? Es una nota para Regan. No entiende mi letra.

—Por supuesto que no, Dr. Craig.

Como tantas otras veces, su dulce voz le tranquilizó. ¡Cuánto le gustaba! Cuando cogió la hoja, echó una mirada furtiva a sus delicados dedos.

Luego ella se volvió a ir.

Craig aplastó el cigarrillo en un cenicero y se sentó, con la mirada fija en la complicada fórmula sujeta con alfileres al tablero de dibujo. Por supuesto, probablemente implicaba algo, algo muy importante. Incluso, como Nayland Smith parecía creer, podría significar una nueva era en la conflictiva historia del hombre.

¿Pero por qué debía él preocuparse por su significado si tenía que liberar a Camille?

Oía el golpeteo de la máquina de escribir…

Poco después, se abrió la puerta y salió Camille. Llevaba una hoja mecanografiada y varias copias. La nota manuscrita iba sujeta a ellas. Cuando las puso junto al tablero de dibujo y se dio la vuelta para irse, Craig no alzó la vista. En ese momento, Camille echó un vistazo al reloj.

Las nueve y cuarto.

Si hubiera mirado, Morris Craig habría presenciado algo muy extraño.

Al instante, como por arte de magia, la expresión vacía de Camille se eclipsó. Apretó las manos, con los ojos alzados, fijos en el reloj. Se quedó así un momento, como si estuviese paralizada, como escuchando algo atentamente. Era el símbolo de la suma concienciación.

Se relajó y, bajando la mirada, puso la mano izquierda al lado de Craig en el tablero. Habló muy despacio.

—Disculpe si he cometido algún error. Por favor, dígame si está correcto.

Craig, que no llevaba las gafas, ojeó la hoja mecanografiada. Estaba tratando desesperadamente de encontrar alguna excusa para detenerla.

—Había una palabra… —continuó la melodiosa voz.

Camille levantó las manos y se soltó el pelo a propósito, de tal modo que cayó majestuosamente, como un torrente de fuego, rozando las mejillas de Craig, mientras éste aparentaba leer la nota.

—¡Perdone!

Estaba inclinada sobre Craig, cuando él se dio la vuelta y la miró a los ojos. Al encontrar su mirada, ella se enderezó y comenzó a arreglarse el cabello.

Craig se levantó.

—¡No… no! No se moleste en hacer eso.

Hablaba con voz sofocada.

Con las manos todavía en alto, Camille se detuvo, contemplándole. Estaban muy cerca uno del otro.

—Pero…

—Su pelo es… tan maravilloso. —La cogió de las muñecas para detenerla—. Es un crimen esconderlo.

—Me alegra que piense así —dijo ella tímidamente.

Ahora la tenía asida de las manos.

—Camille, ¿pensaría que soy un tremendo sinvergüenza si le dijese que es usted bellísima?

Cuando vio que los pequeños labios de Camille se curvaban (como el movimiento de un pétalo de rosa, pensó él) anunciando una sonrisa, su corazón pareció quebrarse. Era una sonrisa nueva, que nunca había visto antes. Ella alzó las pestañas y le miró a los ojos…

—Camille. ¡Qué preciosa es usted!

—¡Morris!

El la besó.

—¡Cariño! Creo que desde que entraste por primera vez en esta oficina, siempre he estado esperando este momento.

—¿De verdad?

Era a otra mujer a la que estrechaba en sus brazos, una mujer que había llevado un disfraz. Era la oculta y secreta Camille, seductora, muy atractiva y ¡suya!

—Sí. ¿Lo sabías?

—Quizás sí —suspiró ella.

Entonces se soltó y se echó hacia atrás, mostrando una provocativa sonrisa.

—Camille…

—¿Le llevo la nota al señor Regan?

Morris Craig aspiró profundamente, y se volvió. Estaba delirante de felicidad, lo sabía, pero (tal es la mente del científico) se resentía de ello. Camille había socavado la tierra firme en que se apoyaba. Estaba bajo el dominio de un poder que no podía analizar, al que era imposible reducir a ecuaciones, expresar en un diagrama. Tal vez hubiese demostrado el movimiento continuo, elevándose con ello a un trono cercano a las rodillas de los dioses, pero había encontrado una diosa en cuyas finas manos era un objeto de arcilla.

—¿Sabes? —dijo, mirándola de soslayo— creo que sería una buena idea que lo hicieras.

Ella separó la primera copia de la nota y se dirigió hacia las escaleras del laboratorio.

—¿Quieres abrirme la puerta?

Craig sacó el manojo de llaves y se acercó hacia donde ella estaba, con un pie en el primer escalón, el vestido definiendo las líneas de su cuerpo esbelto, y los reflejos de luz proporcionando a las preciosas ondas de su pelo una belleza increíble. Camille le miraba por encima del hombro.

Las llaves sonaron con un ruido metálico cuando él soltó la cadena…

—¡Morris!, por favor.

Le quitó el papel de la mano y lo hizo pedazos.

—No te preocupes. Ahora no importa el trabajo.

—¡Ah! ¡Cuánto lo siento!

—¡No tienes de qué lamentarte, mi adorable hechicera! Siempre pensé que no era más que un sesudo científico, hasta que te conocí a ti.

—Me temo —dijo Camille, recatadamente, y su dulce voz le volvió a recordar a Craig las notas de un arpa— que he estropeado tus planes para esta noche.

—¡Al demonio con los planes! Esta es la noche de las noches. ¡Vivámosla!

Le pasó el brazo por la cintura y la apartó de los escalones.

—Muy bien, Morris. Lo que tú digas.

—Sólo se es joven una vez —la atrajo hacia sí—. Por lo menos eso es lo que dicen. Así que seamos jóvenes juntos.

La besó apasionadamente.

—¡Morris!

—¡Me vuelves loco!

—Pero… tu trabajo…

—El trabajo es para los esclavos, el amor para los hombres libres. ¿Dónde vamos?

—Donde quieras, si estás realmente decidido. Pero…

—No importa. Hay montones de sitios. Me parece que me gustaría algún lugar diferente, un sitio donde pueda acostumbrarme a la idea de ti, de que existes y de que te he encontrado… ¡Estoy diciendo tonterías! Es mejor que le digamos a Regan que se queda otra vez a cargo de todo.

Las llaves todavía colgaban de la cadena tal como las había soltado. Cogió el manojo y balanceándolo se dirigió hacia la puerta de acero. Al llegar a los escalones, vaciló. No había necesidad de entrar. Sería difícil evitar que Regan sacara conclusiones. Era un tipo muy perspicaz. Craig volvió al tablero y llamó al laboratorio.

Como si viniera de muy lejos, se oyó una respuesta:

—Regan al habla.

Craig se aclaró la garganta, con cierto remordimiento.

—Mire, Regan. No voy a quedarme hasta muy tarde, después de todo (se sintió como un criminal). Me voy. ¿Hay algo que deba ver antes de que Shaw entre de servicio?

Hubo un momento de silencio. Camille estaba de pie detrás de Craig, agarrándose la cabeza y mirándole fijamente, como aturdida…

—¿Me oye, Regan? ¿Digo que si quiere verme antes de que me vaya?

Entonces se oyeron unas palabras vacilantes.

—No, doctor… no hay nada… que tenga que consultarle a usted.

A Craig le pareció oír también una tos contenida.

Un momento después volvió a tener a Camille entre sus brazos.

—Camille, me doy cuenta de que antes nunca había estado realmente vivo.

Pero ella, con los ojos extraviados, apretaba las manos frenéticamente contra la tensa espalda tratando de escapar de sus caricias. El la soltó. Camille levantó la mirada hacia el reloj y luego la volvió otra vez a Craig.

—¡Dios mío! ¡Morris!… ¡Dr. Craig!…

—¿Qué pasa, Camille? ¿Qué pasa?

Dio un paso hacia adelante, pero ella se echó hacia atrás.

—No sé. Tengo miedo. ¿Cuándo… cuándo he llegado? ¿Qué he estado haciendo?

La profunda preocupación de Craig, la intensa sinceridad de su comportamiento, parecieron impresionarla. Cuando la agarró suavemente y la miró a los ojos, ella bajó la cabeza hasta apoyarla en su hombro, intoxicándole con la fragancia de su pelo.

—Camille —suspiró Craig con ternura (le oía latir el corazón)—. ¿Qué te ocurre?, dime.

—No sé, no sé lo que ha pasado. Por favor, por favor, cuida de mí.

—¿Quieres decir que te has equivocado? ¿Que fue un impulso? ¿Lo lamentas?

—¿Lamentar qué?—murmuró contra su hombro.

—Haberme permitido hacerte la corte.

—No, no me arrepiento si… si lo hice.

Craig besó sus cabellos muy suavemente, sólo rozándolos con los labios.

—¡Cariño! ¿Qué es lo que te ha pasado? ¿De qué te asustastes?

Camille le miró bajo sus largas pestañas.

—No lo sé. —Bajó la mirada—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¿Cuánto tiempo? ¡En el nombre de Dios, Camille! ¿Qué quieres decir? ¿Eres terriblemente desdichada? No entiendo nada en absoluto.

—No, no soy desgraciada, pero… es todo tan extraño.

—¿Extraño? ¿En qué sentido?

En el despacho de Camille sonó el teléfono. Ella dio repentinamente un paso atrás; en sus ojos apareció de pronto una mirada alerta.

—No te preocupes, Camille. Yo contestaré.

—No, no. Estoy bien.

Camille fue a su despacho y cogió el teléfono. Sabía que era inevitable que hiciera esto, pero no tenía idea de por qué. Unos diez segundos después había vuelto al mundo intermedio que controlaba el Dr. Fu Manchú…

Cuando salió de su habitación mostraba una radiante sonrisa.

—Es una llamada que llevaba esperando mucho tiempo; me han

dicho que mi madre, que se encontraba gravemente enferma, ya está fuera de peligro.

Incluso cuando la tomó en sus brazos, Craig pensó que parecía haber una epidemia de madres enfermas, pero alejó tal pensamiento diciéndose que era cínico y despreciable. Y cuando ella le entregó sus labios se olvidó de todo. El comportamiento distraído de Camille ya estaba explicado. El mundo era un jardín de rosas.

Antes de que Craig hubiera vuelto en sí completamente, ya estaban listos para marcharse. Camille se había peinado de una manera que hacía honor a su belleza. Parecía lo que era, una mujer atractiva.

Cuando recobró la cordura, Craig estaba parado en el vestíbulo, enlazando con el brazo la cintura de Camille, y se disponía a abrir el ascensor. Quizá fue la vista de las llaves lo que le hizo despertar.

—¡Cáspita! —exclamó—. ¡Qué despiste! Fíjate que me marchaba dejando el detalle de la válvula del transmutador clavado al tablero de dibujo.

Se volvió y echó a correr hacia la oficina.

14

En algún lugar del barrio chino cantaba una muchacha. El vocalismo chino no es precisamente un sonido que guste a todo el mundo, pero la cantante tenía por lo menos un oyente muy entusiasta. Su voz provenía de un piso contiguo a la tienda de Huan Tsung, en la que el dependiente bien parecido, que decía llamarse Lao Tai, escribía a gran velocidad en una especie de taquigrafía todo lo que ella cantaba. De vez en cuando ponía una página escrita en el pequeño armarito que tenía detrás y apretaba un botón.

En una habitación al otro lado de la calle, el hombre de servicio del F.B.I. captaba fragmentos de estos gemidos, que una ligera brisa hacía llegar hasta él, y se preguntaba cómo alguien que hubiera oído alguna vez a Bing Crosby podría soportar tan horrible sonido.

Pera en el piso de arriba, en la tranquila habitación forrada de seda, el anciano Huan Tsung recorría con la mirada página tras página, y las iba destruyendo en el brasero; al rato, el globo que tenía junto al sofá cobró vida, y el rostro del Dr. Fu Manchú le llamó desde sus misteriosas profundidades.

—El último informe está preparado, Excelencia.

—Repítalo.

Huan Tsung se recostó contra los cojines y cerró sus arrugados párpados.

—He instalado el sistema «bazar». Mi casa está vigilada y tengo el teléfono intervenido. Por tanto, las noticias le llegan a Mai Cha y ella se las pasa a Lao Tai cantándoselas.

—Ahórrese esos detalles. El informe.

—Como quiera, Excelencia. El Dr. Craig y Camille salieron del edificio Huston, según el plan de su Excelencia, a las nueve treinta y siete. Uno de los dos detectives apostados en la entrada privada les

siguió. El otro está aún allí. Todavía no dispongo de ningún informe sobre el lugar al que han ido Craig y la mujer.

—¿Nayland Smith?

—Nada nuevo desde el último informe. Raymond Harkness sigue actuando como oficial de enlace en esta zona.

La mirada abstraída de los ojos verdes no estaba enfocada en Huan Tsung. Un médico hubiera podido advertir por la fijeza de las diminutas pupilas que el Dr. Fu Manchú había buscado inspiración en el humo negro. Pero, al cabo de un momento, habló con su característica voz incisiva y dominante.

—A las diez menos cuarto, prepare algo que llame mucho la atención. Tome nota de la hora. Es preciso disimular mi entrada. Elimine a quien esté de servicio. Pero no quiero asesinatos. Puede que yo permanezca allí durante una hora o más. Cubra mi retirada. Es usted responsable de mi seguridad. Proceda.

La luz del cristal se extinguió.

Unos minutos antes de las diez, un hombre esperaba en una parada de autobús a veinte pasos de la entrada privada del laboratorio Huston. Ninguno de los autobuses que se habían detenido allí durante la última hora pareció ser el que aguardaba, y en ese momento estaba solo. Una extraña quietud desciende sobre estas zonas de oficinas cuando anochece. Durante el día parecen un enorme hormiguero. Grandes hormigas de los negocios, conscientes de sus lucrativos dividendos, pequeñas y pulcras hormigas secretarias, conscientes de sus esbeltos tobillos, van y vienen apresuradamente de un lado para otro, como una parte más del ritmo agitado, informe y sin sentido de Manhattan.

Tras la infranqueable barrera del semáforo rojo, se amontona una marejada de taxis elegantes o desaliñados, taxis jóvenes y alegres o taxis viejos y tristes, además de camiones, coches, autobuses y bicicletas. Y las hormigas, grandes y pequeñas, pasan corriendo por delante de este torrente momentáneamente suspendido. Pero por la noche, las luces verdes y rojas no son más que una formalidad; las hormigas se han retirado del escenario, pero las luces siguen brillando. Quizá para guiar a hormigas fantasmas, sombras de los anteriores viandantes de Manhattan, que

ahora descansan.

Así que, cuando de una calle cercana al edificio Huston salió un muchacho montado en una bicicleta de reparto, es posible que el conductor de un camión cubierto que venía a gran velocidad por la avenida no advirtiese el semáforo.

Como quiera que fuese, chocó con el muchacho, que salió despedido de la bicicleta. El camionero se detuvo con un chirrido de frenos que fue una verdadera tortura para el oído. Aparentemente ileso, el muchacho se puso de pie e inició un bombardeo de insultos adornado con algunas de las invectivas más asombrosas que el hombre que esperaba el autobús había oído jamás.

El conductor, un matón de aspecto fornido, saltó del asiento y, aunque el blasfemo joven tenía razón para estar indignado, le levantó por el cuello de la chaqueta y comenzó a propinarle una brutal paliza.

Para el hombre que esperaba el autobús esto era demasiado. Así que corrió en su auxilio. El muchacho maldecía a gritos, con una voz que se podía oír varias calles más allá. Como siempre ocurre, comenzaron a venir espectadores de todas partes. En cuestión de segundos, rescatado, rescatador y atacante se vieron rodeados por un grupo inquieto.

Y en ese momento, dos figuras se apearon de la parte de atrás del camión, que había quedado temporalmente abandonado; con pasos silenciosos se dirigieron a la entrada privada del edificio Huston, abrieron la puerta y entraron. Más tarde, Raymond Harkness tendría algo que decirle al hombre que esperaba el autobús, cuyo nombre era Beaker, agente de la brigada criminal.

Huan Tsung había preparado algo que llamara mucho la atención…

En el despacho de Camille, el teléfono sonaba persistentemente, llevaba haciéndolo mucho tiempo.

Craig había dejado conectada la luz de la mesa; pero la mayor parte de la oficina permanecía en las sombras, así que cuando alguien encendió una linterna en el vestíbulo, una franja de luz que se ensanchaba y palidecía barrió el suelo de parqué. Entonces la puerta se abrió de par en par.

Entró Koenig, mirando con cautela a su alrededor. Llevaba un pesado maletín de cuero; se agachó y lo dejó junto a la caja fuerte.

Cuando se puso en pie, una figura alta, cubierta con un abrigo negro con el cuello de piel levantado, entró silenciosamente y se reunió con él. El Dr. Fu Manchú llevaba las gafas obscuras del profesor Hoffmeyer, guantes y un sombrero negro. Miró en dirección al persistente zumbido del teléfono.

—La habitación de la señorita Navarre —dijo Koenig con inquietud.

Extendiendo simplemente una mano enguantada, el Dr. Fu Manchú señaló la caja; Koenig asintió con la cabeza, se arrodilló y abrió el maletín de cuero. Sacando un manojo de llaves, se puso a manipular la cerradura alumbrándose con la linterna. Al cabo de un rato se paró y se volvió.

—Han cambiado la combinación.

De pie detrás de él, la alta figura permaneció inmóvil.

En la habitación de Camille, el teléfono dejó de sonar.

—¿Has venido preparado para esta contrariedad?

—Sí, pero puede llevarme mucho tiempo.

—Tienes unas dos horas, pero no más.

Sobre la mesa de Craig, el reloj dio su única nota, las diez en punto.

El Dr. Fu Manchú cruzó la habitación y subió los tres escalones. Dio unos golpes en la puerta de acero.

—M'goyna.

La puerta se abrió de par en par. La silueta del inmenso cuerpo de M'goyna se perfiló contra un tembloroso fondo verde.

El Dr. Fu Manchú entró en el laboratorio.

A las once y media otro detective relevó al hombre que esperaba al autobús. La avenida estaba ahora tan desierta como pudiera estarlo cualquier otra calle de Manhattan.

—Hola, Holland —dijo—. Bienvenido a este trabajo. Es como ser el portero de una sala de fiestas vacía.

—De todos modos, ¿qué se supone que tenemos que hacer, Beaker?

—¡Yo qué sé! Detener a todo el que entre, me imagino.

Teníamos órdenes de seguir al Dr. Craig si salía; hace dos horas que Stoddart fue tras él cuando sacó de juerga a su secretaria. Una pelirroja maravillosa.

—¿No ha ocurrido nada más?

—Una pequeña pelea a eso de las diez. Un grandísimo sinvergüenza que conducía un camión lanzó por los aires a un muchacho en bicicleta… Buenas noches.

—Buenas noches.

Holland encendió un cigarrillo, mirando la avenida a derecha e izquierda y preguntándose qué es lo que le hizo meterse a policía. Siguió con la vista a lo largo de varias calles la figura de Beaker mientras se alejaba dirigiéndose a la estación de Metro. Se instaló en una monotonía rota sólo por algún que otro autobús que se detenía en la parada cercana. La noche era más bien cálida para esa época del año.

A las doce menos cuarto, se produjo un singular incidente, al que había precedido otro curioso suceso que, no obstante, Holland no pudo ver. En lo alto del edificio Huston, y en el pretil correspondiente a la oficina del Dr. Craig, se había encendido varias veces una luz.

El policía vio a un hombre joven con traje de etiqueta que, desde la otra esquina de la manzana venía corriendo hacia donde él estaba a la vez que gritaba:

—¡No me cogeréis! ¡Malditos! ¡No me cogeréis!

A pesar de que las calles estaban vacías, este jaleo tuvo su efecto. Manteniéndose a discreta distancia, dos hombres seguían al joven que daba los gritos. Sin aminorar su extraordinario paso, cada vez estaban más cerca.

—¡Quítese de en medio! ¡Me vienen siguiendo!

Holland calibró la situación. El perseguido era de complexión mediana, moreno y de rasgos latinos bastante atractivos. Llegó a la conclusión de que sin duda estaba borracho, y un tipo en tal estado es el doble de fuerte. Pero supuso que tenía que reducirle. Podría resultar peligroso.

Ya se había enfrentado muchas veces a situaciones parecidas, así que dio un paso hacia adelante. Pero el tipo siguió corriendo.

—¡Quítese de en medio! —gritó—. ¡Si trata de detenerme, le mataré!

Holland se inclinó dispuesto a agarrarle, pero vio el brillo de un arma y le esquivó con un rápido movimiento.

—¡No me cogerán! —chilló enloquecidamente, y dobló la esquina sin dejar de correr.

Si Sam hubiera estado presente habría reconocido al lunático como aquel Jed Laurillard con el que estuvo hablando una vez en un bar. En realidad, a este discípulo se le había encargado una tarea particularmente difícil, que con toda seguridad le llevaría a la cárcel, para darle la oportunidad de redimir el error que cometió. Además, para prestar color a la representación, le habían hecho tomar una dosis de hachís…

Holland se llevó un silbato a los labios y lo tocó, produciendo un agudo silbido. Sacando su automática, salió disparado hacia la esquina en persecución del vociferante loco…

En la confusión general que se produjo, un enorme sedán aparcó ante la entrada privada del edificio Huston; tres hombres se apearon de él y entraron. Uno de ellos llevaba al hombro un pesado rollo de moqueta de oficina.

Huang Tsung había conseguido cubrir con éxito la retirada del Dr. Fu Manchú.

Mientras Martin Shaw se bajaba de un taxi, pagaba al conductor y le veía arrancar, se desabrochó el abrigo para buscar la llave. Alguien venía apresuradamente hacia él; era la única figura a la vista.

Aunque estaba todavía a cierta distancia, Holland reconoció al técnico jefe y moderó su paso. El vociferante alcohólico acababa de quedar a cargo de dos policías de patrulla y, sin duda, recibiría la medicina apropiada por la mañana. Cuando llegó a la puerta, Shaw ya había entrado y estaba subiendo.

Shaw estaba casi seguro de que el doctor Craig estaría aún trabajando, y cuando no le vio en su despacho contó con que le encontraría en el laboratorio. Entonces advirtió que el tablero de dibujo no estaba allí y que la caja fuerte no estaba cerrada. Evidentemente, Craig se había ido.

El que hacía el turno siguiente (de cuatro a ocho) solía dormir en un sofá de la oficina. Pero no parecía que Regan hubiese hecho

los preparativos.

Shaw subió los tres escalones y abrió la puerta de acero.

—¡Ya estoy aquí, Regan! —dijo con el tono alegre que le era característico—. ¡Deje ya eso, hombre!

No hubo respuesta. Todo parecía estar en orden. ¿Pero dónde estaba Regan?

Entonces vio una hoja de papel rayado sujeta al cuaderno de trabajo, que estaba sobre una mesa con la superficie de cristal. Fue hacia allí y se inclinó a ver qué era.

Tenía una nota de Regan escrita con mano temblorosa.

Decía:

«Sr. Shaw:

He sufrido un ligero accidente. Me he visto obligado a ir al médico. No se alarme. Me presentaré a las cuatro para hacer mi tumo.

J. J. Regan.»

—¿Ligero accidente? —murmuró Shaw.

Miró con atención a su alrededor. ¿Qué podía haber ocurrido? Todos los elementos de la planta experimental estaban bien. En ese aspecto se tranquilizó rápidamente. Pero era impropio de Regan no haber puesto la hora en la nota. Se preguntó cuánto tiempo haría que se fue. La última anotación (casi ilegible) del cuaderno de trabajo indicaba las once y cuarto.

Estaba colgando la chaqueta, cuando se dio cuenta de unas manchas de sangre.

Eran unos cuantos puntos en el panel de madera pintado de blanco. Pero, al agacharse, llegó a la conclusión de que en las baldosas del suelo habían limpiado otros.

Por consiguiente, Regan debió de haberse cortado de alguna forma e, incapaz de restañar la hemorragia, fue en busca de un médico. Shaw decidió que era mejor hacérselo saber al Dr. Craig. El teléfono del laboratorio era una extensión del que había en la habitación de la secretaria. Volvió a abrir la puerta, bajó los escalones y marcó el número desde el despacho de Camille.

No obtuvo respuesta.

Shaw refunfuñó, pero aceptó el hecho con filosofía. Volvería a

llamar más tarde. Regresó a su puesto de trabajo en el laboratorio y en seguida estuvo absorto ajustando una intrincada pieza del mecanismo que se estaba construyendo allí. Entró en un ambiente que estaba animado por una fuerza nueva para la ciencia. Sus grandes manos eran tan delicadas como las de un violinista…

A la una en punto, volvió a marcar el número de Craig, pero no contestaron. Probó con el de Regan y obtuvo el mismo resultado. Quizá la lesión fuese más grave de la que su compañero había supuesto. Puede que le hubieran retenido para tratarle en el hospital.

Shaw llamó de nuevo a ambos números a las dos, y volvió a hacerlo a las tres en punto. Sin respuesta. Comenzó a sentirse seriamente preocupado por Regan; y no comprendía del todo la ausencia de Craig. Sabía lo decidido que estaba éste a terminar el detalle de la válvula esa noche y también que iba a pasar fuera el fin de semana; además, estaba seguro de que no era de ese tipo de personas que pierden el tiempo en salas de fiesta.

Por una vez, en este aspecto, Shaw juzgaba mal a Craig. Casi exactamente a las tres en punto, es decir, mientras Shaw marcaba en vano su número, Morris Craig se apoyaba en una pequeña mesa, regalándose la vista con Camille, que estaba sentada frente a él.

—Di que eres feliz —susurraba.

En ese momento, le parecía que lo único importante era que ella fuese feliz, que esa nueva maravilla fuese real y no un espejismo; lo que representaba la única excusa posible para su comportamiento por lo demás imperdonable.

Camille sonrió, y luego bajó la mirada. Sabía que había estado bailando, le parecía que había estado haciéndolo durante horas. Incluso ahora, una banda tocaba en un tono muy bajo. Sí, era feliz. Estaba enamorada de Morris, y estaban juntos. ¿Pero cómo podía ceder a todo lo que esa noche significaría, si no tenía ni idea de cómo había ido a parar allí?

Sabía que había salido para acudir a una cita que le había concertado la señora Frobisher. ¿Había ido? Aparte de un vago recuerdo de hablar con Morris en la oficina, de un repentino terror, el resto de la noche seguía siendo un vacío, hasta el momento en que se encontró allí bailando en sus brazos…

—Sí, soy feliz, Morris, muy feliz. Pero creo que ya es hora de

que vuelva a casa.

Cuando salieron eran casi las tres y media.

En el pequeño vestíbulo del bloque de apartamentos donde vivía Camille, entre las puertas de batiente de la entrada y las que conducían a la casa, Craig la abrazó tanto rato que ella pensó que nunca la dejaría irse. Cada vez que iba a poner la llave en la cerradura, la atraía hacia sí de nuevo y la abrazaba.

—Vendré a buscarte a las nueve de la mañana.

—De acuerdo. Buenas noches, Morris.

Abrió la puerta y se fue. El la miró a través de los entrepaños de cristal mientras subía de prisa las escaleras. Luego salió y, cruzando la calle, esperó a ver encenderse la luz de su habitación. Cuando la vio, esperó y esperó.

Al fin, ella se acercó a la ventana, descorrió la cortina y le dio las buenas noches con la mano.

Había despedido el taxi. Deseaba caminar, estar solo con la noche, para revivir cada uno de los momentos del milagro que se había producido en su vida con el primer beso de Camille.

Cuando al llegar a Central Park decidió entrar a pasear por él, dos cansados y aburridos detectives, que no habían perdido de vista a la pareja desde que salió de la sala de fiestas, dejaron escapar un suspiro de autocompasión…

15

A las cuatro y diez, Martin Shaw marcó el número de Reagan. Sin respuesta. Luego probó con el de Craig. Sin respuesta. Tras un momento de vacilación llamó a la jefatura de Policía.

No había hecho más que empezar a explicar lo ocurrido cuando oyó el sonido metálico de la puerta del ascensor al cerrarse de golpe. Dejando el teléfono sobre el escritorio de Camille, salió corriendo hacia el despacho de Craig. Llegó en el mismo momento en que Nayland Smith irrumpía en él.

—¡Sir Denis! ¿Qué ocurre?

Nayland Smith lanzaba miradas apremiantes a derecha e izquierda.

—¿Dónde está Regan? —dijo bruscamente.

—No ha aparecido por aquí…

—¡Qué!

—Tuvo un accidente poco antes de que llegase yo. Dejó una nota.

Nayland Smith tenía fija en él una mirada desafiante que casi daba miedo.

—¿Quiere decir que cuando llegó usted aquí a las doce, no había nadie?

—Exactamente.

—¿Y no hizo usted nada?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Shaw—. Pero al no haber aparecido a las cuatro, la cosa cambió. En este momento tengo a la Policía al teléfono…

—Dígales que estoy aquí, y luego cuelgue.

Shaw, para quien este visitante había sido como un tifón, volvió al teléfono e hizo lo que se le indicaba.

—Muy bien —replicó una voz—. Ya estamos ocupándonos de ello. Estén atentos.

—Se las compusieron para librarse de Sam, su empleado para todo —dijo Smith—. El también llamó a la Policía en cuanto se dio cuenta, desde Filadelfia. Yo me vine derecho aquí. Alguien quería que este sitio quedase desocupado esta noche, y Craig ha desempeñado muy bien el papel que había dispuesto para él el enemigo.

—¿Pero dónde está el doctor? Le he estado llamando…

—¡No se sorprenda! —espetó Smith con furia—. En este momento está paseando por Central Park ¡como un lunático! Uno de los dos hombres que le siguen dio un telefonazo hace diez minutos.

Shaw le miró atónito.

—¿Se ha vuelto loco?

—Sí. Se ha enamorado. Enséñeme esa nota que ha dejado Regan.

Subieron precipitadamente los escalones. Shaw había dejado abierta la puerta del laboratorio.

—Ahí está, sobre la mesa.

Nayland Smith se inclinó sobre la extraña nota de Regan; luego se volvió.

—¿Está seguro de que es su letra?

—Lo parece, teniendo en cuenta que la escribió con mano temblorosa. Es evidente que se cortó. Mire, aquí hay manchas de sangre —señaló Shaw—. Y creo que han limpiado otras que había en el suelo.

Nayland Smith se tiró del lóbulo de la oreja. Su rostro moreno parecía cansado y aburrido, pero sus ojos brillaban como el acero. La verde luz crepuscular de aquel sitio y el extraño zumbido que parecía penetrar en su cuerpo le disgustaban, pero sabía que no debía hacer caso de ello. Estuvo parado allí durante un momento y luego regresó corriendo al teléfono. Llamó a la jefatura de Policía y dio todos los detalles de lo ocurrido.

—Inspeccionen todos los taxis nocturnos que trabajen por esta zona —ordenó rápidamente—. Además de todas las clínicas y hospitales de la vecindad. Llamen a Baeker y a Holland, los detectives que estuvieron de servicio a la entrada de este edificio entre las ocho y las cuatro. Ordénenles que se presenten a Raymond

Harkness.

Colgó, llamó a otro número e inmediatamente tuvo a Harkness al aparato.

—Me temo que estemos perdiendo la partida, Harkness —dijo—. Estoy en el edificio Huston. Esta noche ha ocurrido algo muy grave. Creo que lo peor. Los dos hombres apostados abajo deben de haber cometido un error en algo. Se presentarán a usted. Hágales jurar que no dejaron la puerta ni un momento. Luego llámeme. Estaré aquí…

En el vibrante laboratorio, Martin Shaw estaba haciendo anotaciones en el cuaderno de trabajo. Cuando entró Smith, levantó la mirada.

—Por supuesto —dijo— me doy cuenta de que algo le ha ocurrido al pobre Regan. Pero no veo claro que haya algo más.

—¿No lo ve claro? —dijo Smith bruscamente—. ¿Por qué Sam, un hombre que suele rondar por aquí a todas horas, recibe una falsa llamada que le hace irse a Filadelfia? ¿Es sólo una coincidencia que Regan abandone su puesto la misma noche? Durante algún tiempo antes de las doce en punto, no sabemos cuánto, aquí no había nadie de servicio.

—Hay una anotación en el cuaderno que indica las once y cuarto.

—Una anotación muy poco sólida. Todavía queda un intervalo de cuarenta y cinco minutos.

—Si lo que insinúa es que entró un agente extranjero, ¿cómo lo hizo?

—Seguramente tenía una copia de la llave, igual que yo. El F. B. I. consiguió la mía por medio del cerrajero que hizo las originales. ¿No podría alguien más haber hecho lo mismo? ¿O apoderarse de una de las llaves, y hacer una copia?

—Pero todo está en su sitio. No hay señales de que haya entrado nadie.

—¡No debe haberlas! —dijo Smith con voz severa—. Los criminales peligrosos no dejan huellas. Supongo que el visitante sólo quería cierto tiempo para examinar la planta, y apropiarse del dibujo de la válvula del transmutador de Craig.

—Eso significaría abrir la caja fuerte.

—Exactamente lo que tenemos que hacer, abrir la caja.

—Pero el único que tiene la llave, o que conoce la combinación, es el doctor Craig.

—Hay otros métodos —dijo Nayland Smith con ironía—. Y ahora mismo voy a examinar la caja.

Se puso a hacerlo y realizó un examen a fondo.

Shaw se reunió con él.

—No hay señales de que la hayan forzado —murmuró Smith—…¡Vaya!, alguien viene.

Había percibido el débil sonido del ascensor privado. Se volvió de cara al vestíbulo; lo mismo hizo Shaw.

El ascensor subió y se paró. Se oyó el golpe de una puerta. Y entró corriendo Morris Craig.

—¡Smith! —exclamó (y ambos hombres vieron que estaba mortalmente pálido)—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? Me han traído dos detectives…

—¡Haga algo útil! —respondió Smith con brusquedad—. No hable. Actúe. Por lo menos abra esta caja.

—Pero…

—Ábrala.

Sin ninguna firmeza en la mano, Craig sacó las llaves, giró el botón y abrió la caja. Nayland Smith y Martin Shaw se inclinaron por encima de su espalda.

Vieron cierta cantidad de papeles y el enorme tablero de dibujo de Craig.

¡Pero en el tablero no había nada!

Siguió un momento de silencio, de un silencio inquietante. Entonces, Nayland Smith miró a Craig directamente.

—No sé —dijo, y hablaba con una lentitud anormal— qué locura le llevó a abandonar su tarea esta noche. Pero estoy ansioso por conocer lo que ha pasado con el dibujo y las notas tan importantes en las que estaba usted trabajando.

Morris Craig mostró una sonrisa forzada. Era una hermana mayor de la que solía utilizar. Al parecer, un inmenso e inexpresable alivio había devuelto la paz a su preocupada mente.

Si eso es todo —replicó—, la respuesta es sencilla. Tenía la horrible idea de que algo le había ocurrido a Camille.

Nayland Smith intercambió una mirada con Shaw.

—Dejando a un lado la música de Venus por un momento —

pronunció las palabras bruscamente, en su característico estilo «staccato»—, ¿dónde está el diagrama?

Morris Craig volvió a sonreír (la sonrisa juvenil recobró sus funciones). Se quitó el abrigo y la chaqueta y se tanteó debajo de la camisa. Sacándolas de este escondrijo, mostró una hoja grande, doblada, y otra más pequeña; ésta era la que estaba decorada con una fórmula parecida a una pintura de Picasso.

—A pesar de que en el momento de irnos tenía la cabeza a pájaros, me acordé de que iba a salir de la ciudad por la mañana. Decidí llevarme el trabajo conmigo —su mirada fue de la cara de uno a la del otro—. Si sospechan que han intentado robar el contenido de la caja, lo único que encontraron los ladrones fueron unos papeles sin importancia. Me llevo paz y tranquilidad a Falling Waters.

16

La biblioteca de Falling Waters era una habitación muy agradable. Estaba revestida con paneles de roble que Stella Frobisher había hecho traer de Inglaterra. Una escalinata ascendía hasta un rellano que, a su vez, conducía a otras habitaciones. Tenía estanterías empotradas. Los ventanales daban a una terraza pavimentada con vistas a un jardín italiano. Colecciones de Dickens, Thackeray, *Punch* y *Country Life* se alineaban en los estantes.

Sobre un elegante escritorio de nogal había un teléfono; detrás se alzaba un biombo de cuero español repujado. Varios sofás y sillones tapizados en cuero invitaban a la meditación. Viejos grabados de deportes, muy primorosos, atraían (o repelían) la mirada. Sobre el encerado suelo se extendían alfombras chinas de calidad.

Muy poco característica del gusto de Stella, y llamando mucho la atención, sobre una estantería se observaba una gran vitrina, que contenía un plano en color de los terrenos que rodeaban Falling Waters. Parecía completamente fuera de lugar.

Sobre mesitas auxiliares, varias novelas de publicación reciente incitaban a su lectura. Cofres de plata, de jade y de esmalte contenían cigarrillos para satisfacer todos los gustos. Había discretos objetos de adorno: una buena reproducción de la maravillosa cabeza comercializada de la reina Nefertiti, colocada sobre una colección de Balzac, en francés, que ningún miembro de aquella casa sabía leer; un busto de Shakespeare; una copia del Discóbolo, que parecía estar empeñado en arrojarle el disco a un busto de Epstein situado al otro lado de la biblioteca.

Una agradable habitación, en la que el sol entraba a raudales para devolver a la vida los maravillosos objetos inanimados, para

volver a dorar las ricas encuadernaciones, en la mañana siguiente a esos extraños sucesos ocurridos en el laboratorio Huston de investigación.

Michael Frobisher estaba sentado al teléfono en el escritorio de nogal. Stein, su chófer y mayordomo, se encontraba de pie junto a él. Frobisher nunca se había sentido completamente a gusto en su propia casa. Seguía siendo sutilmente consciente de la cultura con que Stella le había rodeado. Aquella mañana, su inquietud era patética.

—¡Pero es increíble!… ¿Qué dice? ¿Está usted seguro de ello, Craig? ¿Nunca había dejado Regan una nota como ésa?… ¿Qué quiere decir, que no ha regresado? Estará en alguna clínica… ¿La Policía dice que no está? ¡Al demonio con la Policía! No la quiero en el laboratorio Huston… Fue usted muy prudente, pero supongo que fue un accidente… Tráigase las notas y el dibujo aquí. Por el amor de Dios, ¡tráigaselos aquí! ¿Cómo podemos saber si alguien no ha registrado la planta? ¡Eh! ¿Cómo podemos saberlo?

Se quedó oyendo un momento, y luego:

—¡Al demonio con Nayland Smith! —gruñó—. La Huston Electric no se gasta medio millón de dólares para luego informarle de todo. Es un agente británico. ¡Nos traicionará!… Puede que esté respaldado por Washington, De todos modos, ¿para qué nos sirve a nosotros Washington?

Volvió a escuchar, y de repente:

—¿No se le ha ocurrido —preguntó con una nota de tensión— que Regan podría ser el agente británico? Se unió a nosotros por medio de Vickers…

Cuando por fin colgó:

—¿Me necesita para algo? —le preguntó Stein.

Stein era un hombre que sentado habría parecido enorme, pues tenía un cuello grueso, pecho ancho y hombros poderosos. Pero de pie, se parecía a Gog o a Magog, las deidades guardianas del Ayuntamiento de Londres: una figura pesada y achaparrada y unos rasgos pesados y achaparrados. Llevaba el pelo rojizo cortado casi como un oficial prusiano. Tenía un aspecto aplastado, como si alguien se hubiera sentado sobre su cabeza.

Frobisher se volvió.

—¿Lo ha oído?

—Sí. Es bastante grave —(Stein tenía además un acento pesado y achaparrado también)—. Pero no tanto corno si hubieran encontrado el detalle del transmutador.

—¿Qué dice usted? —Frobisher se puso de pie—. En el laboratorio hay lo suficiente como para revelar todo el principio en que está basado a un experto.

Debajo de su rubicundez se transparentaba aquel tono gris característico.

—Puede que sí…

—¡Y Regan ha desaparecido!

—También lo he oído.

—¿Pues, qué demonios…?

—Se alarma usted demasiado pronto —dijo Stein fríamente—. Esperemos hasta tener todos los datos.

—¿Cómo vamos a llegar a tenerlos? —inquirió Frobisher—. ¿Qué datos hay sobre lo que ha ocurrido aquí mismo? ¿Quién ronda esta casa por la noche como un fantasma? ¿Quién registró los papeles de mi escritorio? ¿Quién abrió mi caja fuerte? ¿Y quién demonios anduvo la otra noche en su habitación mientras estaba usted dormido? ¡Dígame quién, y luego dígame *por qué*!

Pero antes de que Stein pudiera contestar estas razonables preguntas Stella Frobisher entró revoloteando en la biblioteca. Llevaba un delantal tipo Hollywood encima del vestido, y en sus manos enguantadas sostenía un par de enormes tijeras. Su cabello rubio estaba tan perfectamente peinado como el de una estrella de cine a quien acabaran de rescatar de un barco hundiéndose.

—Ya sé que estoy hecha un adefesio, querido —le aseguró a Frobisher—. He estado en el jardín cortando las primeras flores de la primavera.

Recalcó «cortando» como si tuviera por costumbre coger las flores decapitándolas con un palo de golf.

—Permítame que las meta dentro de la casa, señora —dijo Stein. Sus respetuosos modales eran muy diferentes a los que utilizó para dirigirse a Frobisher.

—Gracias Stein. En el porche de atrás está Lucille con la cesta.

No mencionó que Lucille también había cortado las flores.

—Muy bien, señora.

—Ah, Stein, seremos siete a comer. Van a venir el Dr. Pardoe y

su esposa.

Stein asintió con la cabeza y salió.

—¿Quién es el otro? —gruñó Frobisher, abriendo una caja de cigarros que había sobre el escritorio.

—El profesor Hoffmeyer. ¿No es espléndido que haya conseguido hacerle venir?

—No lo sabré hasta que le vea.

—Es sencillamente maravilloso. Te asombrará, Mike.

—No me apetece asombrarme a la hora de comer.

—Quedarás totalmente prendido de su encanto, querido —declaró Stella, y volvió a salir revoloteando—. Tengo que ir a colocar las flores.

Aproximadamente a esa hora, Morris Craig estaba colocando una maleta en el portaequipajes de su coche. Cuando lo cerró, levantó la mirada.

—Mire Smith —dijo— soy plenamente consciente de la gravedad de este asunto, pero empiezo a sentirme como un hombre en libertad condicional. Al otro lado de la calle hay un coche lleno de policías. ¿Me van a seguir hasta Falling Waters?

—Sí —replicó Nayland Smith—. Según veo, ¿ahora va usted a recoger a la señorita Navarre?

—Ese es el programa —dijo Craig sonriendo con tristeza—. Dadas las circunstancias, me siento un poco culpable por dejar a Shaw solo, pero…

—Shaw no estará solo —soltó Smith de mal talante—. Creo, o me temo, más bien, que ya ha pasado el peligro en el laboratorio. Pero, para estar seguros, dos hombres seleccionados con sumo cuidado estarán a su servicio día y noche en su oficina hasta que regrese. Y habrá otros dos fuera.

—Necesitará usted a Sam para que le eche una mano con esa alarma antirrobo de la que me habló…

—¿De verdad?

—Sí. Ya veo que se muere usted por largarse. Así que ¡adelante! Espero que pase un buen fin de semana.

Cuando Craig torció por la avenida Setenta y Cinco Oeste, lo primero que llamó su atención fue la presencia de un coche que le

había seguido todo el rato. Lo segundo fue una figura parada delante de la puerta de un edificio de apartamentos, una puerta que nunca podría olvidar.

La figura llevaba gafas, un ligero abrigo de color gamuza, una bufanda color cereza y un sombrero gris pizarra, con el ala vuelta no por detrás sino por delante…

—Buenos días, jefe —dijo Sam, abriendo la puerta—. ¿No tendrá por casualidad…?

—Lo único que tengo es una pregunta muy seria que hacerte. Es ésta: ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—Verá —Sam sacudió la cabeza con seriedad— es que parece ser que lleva usted objetos de valor, y Sir Denis pensó…

—¿Qué es lo que pensó?

—Cree que alguien debería acompañarle, ¿sabe? Sólo por si acaso.

Craig salió del coche.

—Dime, ¿estás empleado por la Huston Electric o por Nayland Smith?

Sam se echó el sombrero más hacia atrás. Masticó pensativamente.

—Es un poco difícil de explicar, doctor. Sir Denis ha resuelto que yo puedo ser más útil a la Huston si le acompaño y le echó una mano. Se figura que puede haber problemas en Falling Waters. Y nunca se sabe…

Las ilusiones de una mañana de viaje a solas con Camille se desvanecieron.

—Muy bien —dijo Craig con resignación—. Siéntate atrás.

No tardó mucho en entrar al edificio. Pero pasó un buen rato antes de que saliera.

Cuando llegaron a Falling Waters Camille tenía las mejillas encendidas, pero estaba encantadoramente bella. Llevaba un precioso peinado y sostenía en las manos las gafas de montura negra. Stella estaba allí para recibir a sus invitados.

—¡Querida señorita Navarre! ¡Cuánto me alegro de que por fin hayan …

Stein llamó a la puerta, metió la bolsa de Camille y se retiró.

—No se moleste en deshacer el equipaje, querida —dijo Stella—. Mi doncella, Flora, es muy eficiente.

Camille se volvió a ella, impulsivamente.

—Es usted muy amable, señora Frobisher. Y la agradezco que me concertara esa cita con el profesor Hoffmeyer.

—¿Con el profesor Hoffmeyer? ¡Oh! ¡Querida! ¿De verdad que lo hice? Claro —dijo al ver una expresión de extrañeza en Camille— debo de haberlo hecho. Es curioso y absurdo, ¿sabe?, pero suelo tener algún que otro fallo de memoria.

—¿No me diga?—exclamó Camille; luego, como le había parecido muy descortés, añadió—: quiero decir que yo también los tengo.

—¿Usted también? —exclamó Stella a su vez, juntando las manos—, ¡Oh! querida, ¡qué ilusión! Perdone, sé que parezco ridícula y un poco mal educada; pero me refería a que es un verdadero alivio encontrar a alguien que sufra lo mismo que yo. Alguien que no tenga ninguna razón posible para estar mal de la cabeza. Pero dígame, ¿qué piensa usted de él?

Camille miró con sinceridad a sus infantiles pero cariñosos ojos.

—Aunque parezca imposible, señora Frobisher, debo decirle que, ¡no recuerdo en absoluto haber ido a la cita!

—¡Querida! —Stella le estrechó las manos en un gesto alentador —. La entiendo perfectamente. ¿Qué cree usted que es lo que nos pasa?

—Me temo que no tengo la menor idea.

—¿Podría ser una nueva clase de epidemia?

El corazón de Camille latía con rapidez, su expresión era introspectiva; pues, como el Dr. Fu Manchú le había dicho (pero lo había olvidado), ella era una mujer bien parecida que utilizaba el cerebro.

—No lo sé. ¿Qué le parece si intercambiamos impresiones…?

El estudio de Frobisher cuya ventana ofrecía una vista de aquellos bosques sobre los que escribió Fenimore Cooper, parecía eminentemente el de un hombre de negocios. Los libros eran de consulta. En el escritorio no había más que un teléfono, una carpeta de papel secante, pluma, tinta, una lámpara, un almanaque y una

fotografía de Stella. La caja fuerte estaba empotrada en la pared. No había papeles innecesarios.

—Ahí está la caja fuerte de la que le hablé —estaba diciendo Frobisher—. Esta es la llave, y la combinación está aquí. —Se tocó su dura frente—. Aún así, ¡encontré la maldita caja completamente abierta! Mis papeles estaban ordenados igual que un cajero clasifica los cheques. Lo sé. Siempre tengo mis papeles en orden… Luego, alguien registró la habitación de mi mayordomo. —Dio un puñetazo en el escritorio—. Y ni un cerrojo — descorrido, ni una ventana abierta.

—Sumamente extraño —murmuró Craig. Echó una mirada al plegado diagrama—. En realidad, casi no merece la pena guardarlo bajo llave.

Michael Frobisher fijó la vista en la punta del cigarro a medio fumar que hacía girar entre sus fuertes dedos.

—No ha habido nada desde que instalé el sistema de alarma. Pero no confío en nadie. Quiero que lo compruebe usted. Mientras tanto —posó la mano sobre el papel—, ¿cuánto le llevará acabar esto?

—Hablando con optimismo, dos horas.

—¿Quiere decir que dentro de dos horas podremos afirmar que hemos acabado?

—No del todo. Shaw tiene que hacer las válvulas. Es un buen tipo Shaw. Luego tenemos que comprobar cómo funciona el monstruo. Cuando amanezca ese día radiante, será el momento justo en que podamos decir que hemos acabado.

Frobisher volvió a llevarse el cigarro a sus apretados labios y miró fijamente a Craig.

—Es usted un tipo raro —dijo—. Era necesario un hombre como yo para descubrir que tenía usted el cerebro de un Einstein. Podría haberme arrepentido de la inversión si no le hubiesen apoyado Shaw y Regan. Ahora dudo de Regan. Pero él conoce el juego, y usted me ha enseñado muchas cosas.

—Fue un honor, señor Frobisher.

Frobisher se levantó.

—No me abrume con sus modales de Oxford. Escuche. ¿Dice usted que, cuando ese detalle esté acabado, estaremos en condiciones de explotar una fuerza de energía inagotable, que

supera con mucho a la energía atómica?

—Se lo aseguro. El que podamos controlar al monstruo depende completamente de eso.

—¿De la válvula del transmutador?

—Exactamente. No es más que un pequeño aparato. Shaw podría hacer tres de ellos en unas horas. Pero si funciona, señor Frobisher, y sé que lo hará, dominaremos una fuerza obtenible a bajo precio que podría (a) hacer que el mundo explote en pedazos, o (b) permitirnos prescindir para siempre de materiales costosos como el carbón, el petróleo, las enormes centrales atómicas y cosas por el estilo. Estoy empezando a ver posibilidades extraordinarias.

—Estupendo.

Michael Frobisher miraba fijamente más allá de la ventana. Su rostro duro estaba transfigurado. También él, un hombre de negocios, un oportunista, veía esas extraordinarias posibilidades. No había duda de que veía posibilidades que nunca habían pasado por la mente puramente científica de Craig.

—Así que —dijo Craig, cogiendo el diagrama y las notas— tengo la intención de retirarme a mi cubículo y ponerme a trabajar hasta que sirvan los cócteles. ¿De acuerdo?

—Muy bien. Recuerde, ni una palabra a la señora Frobisher.

Cuando Craig salió del estudio, Frobisher se quedó un buen rato mirando por la ventana.

Pero el camino de Morris Craig hasta su «cubículo» estaba cortado por un obstáculo, la señora Frobisher. Cuando se dirigía desde la biblioteca hacia las escaleras, ella entró por otra puerta. Miró al plegado diagrama.

—Querido Dr. Craig! ¿Supongo que no habrá venido aquí a trabajar?

Craig se detuvo y sonrió. A Stella siempre le había gustado su sonrisa; era tan inglesa…

—Me temo que sí. Pero espero que no por mucho tiempo. Si me disculpa, subiré arriba y desapareceré por un rato.

—Pero que pena. ¿Cuánto tiempo tardará en volver a bajar?

—Deme un toque cuando se abra el bar.

—Muy bien, así lo haré. Pero, ¿sabe?, he estado hablando con

Camille. Es una chica realmente encantadora.

Estas palabras de su anfitriona captaron la atención de Craig como por arte de magia.

—Me alegro de que piense usted así. Es realmente brillante.

Stella Frobisher mostró su sonrisa heredada. Era una mujer sin nada de malicia sexual y había descubierto un lazo que la unía estrechamente a Camille.

—¿Por qué no se olvida del trabajo? ¿Por qué dos científicos como ustedes no se van a dar un paseo al sol? Después de todo, a eso es a lo que han venido aquí.

Morris Craig sintió una gran tentación. Sí, a eso había venido allí. Pero…

—Verá, señora Frobisher —dijo— anoche dejé bastante abandonado el trabajo; Camille… esto… la señorita Navarre ha estado trabajando demasiado durante las últimas semanas y ha descuidado su alimentación. Así que le pedí que saliese conmigo a disfrutar un poco y a tomar una botella de buen vino.

—Fue un gesto muy de usted, Dr. Craig.

—Sí. Soy así. En cierto modo, desterramos las obscuras preocupaciones durante una o dos horas, y en realidad, continuamos hasta bastante tarde. El jefe está ansioso por el trabajo. Más o menos me ha dado una fecha límite. Y por eso le ruego que me disculpe. Que suenen las trompetas y redoblen los tambores cuando se sirvan los cócteles.

Mostró una sonrisa infantil y subió las escaleras. Stella fue a buscar a Camille. En este joven producto del Viejo Mundo, había descubierto algo que el Nuevo Mundo no pudo proporcionarle. Stella Frobisher solía encontrarse desesperadamente sola. Nunca había amado a su marido apasionadamente. Para ella la pasión había pasado de largo.

En el estudio, Michael Frobisher hablaba por teléfono. Acababa de colgar, cuando entró Stein.

—Escuche —dijo—. ¿Qué está haciendo aquí ese hombre, Sam?

Los pesados rasgos de Stein no mostraron reacción alguna.

—No lo sé.

—Hable con él. Descúbralo. No confío en nadie. Yo no contraté

a ese imbécil. Alguien nos ha traicionado. No es sólo una filtración. Anoche, en el edificio Huston, había alguien que no tenía por qué estar allí. Se supone que este hombre se encontraba en Filadelfia. ¿Quién sabe si estaba allí? Averigüe quién es, Stein. Es muy importante.

—Puedo intentarlo. Pero su conversación es tan estúpida que no creo que tenga importancia. Ahora mismo ha entrado en mi habitación y me ha dicho que si por casualidad tenía una hoja de afeitar vieja.

—¿Para qué?

—Dice que para raspar el cuenco de su pipa.

Michael Frobisher le miró airadamente.

—Invítele a tomar una copa. Hágale beber mucho y, luego, hable con él.

—Lo intentaré.

—Vaya a hacerlo.

Totalmente impasible, Stein salió a hacer este recado. Ciertas personas podrían haberle advertido de que iba a ser inútil.

En su habitación del piso de arriba, Morris Craig había sacado de su bolsa tinta, lápices, pinceles y todos los demás utensilios necesarios para el trabajo de un delineante. Había tomado prestada una gran carpeta de papel secante de la biblioteca, para que hiciera las veces de tablero de dibujo.

Stella y Camille habían salido al jardín.

Brillaba el sol.

Sobre este escenario, aparentemente pacífico, se cernía una amenaza, una nube invisible. El destino de las naciones pendía de un hilo por encima de sus cabezas. De todos los que se encontraban aquella mañana en Falling Waters, el más preocupado era probablemente Michael Frobisher. Daba vueltas por el reducido espacio de su estudio, con sus oscuras cejas unidas sobre una profunda arruga, y la mirada atormentada.

Cuando entró Stein sin llamar, Frobisher se volvió sobresaltado, como un ciervo acorralado. Recobró el dominio de sí mismo.

—Bueno, ¿qué pasa ahora?

Sin inmutarse, Stein presentó una bandeja con una tarjeta.

Habló con voz apagada.

—Sir Denis Nayland Smith está aquí.

17

—En líneas generales, puedo explicarle lo que ocurrió anoche —dijo Nayland Smith— Fue un intento de robar los planos definitivos, que se suponía que estaban guardados en la caja fuerte de Craig.

—Eso es lo que me he figurado—replicó Frobisher.

Bajo sus espesas cejas observaba a la figura inquieta que se paseaba de aquí para allá en el estudio, enrareciendo el aire con los humos de su pipa de escaramujo que, al parecer, Smith se había olvidado de limpiar desde el día en que le compró. En su fuero interno a Frobisher le molestaba esta apropiación de su terreno de evoluciones, pero reconocía que era incapaz de impedirla.

—Abrieron la caja de caudales.

—¿Está seguro?

—Completamente —respondió Smith, mirando de soslayo a Frobisher—. Fue obra de un experto. El doctor Fu Manchú no emplea más que expertos.

—¡El doctor Fu Manchú! Entonces, no fue…

Smith se detuvo justo delante de Frobisher, mientras éste seguía sentado detrás de su escritorio.

—Siga. ¿De quién sospecha usted?

Frobisher retorció el cigarro a medio fumar que mantenía entre sus labios.

—Pensándolo bien, la verdad es que no lo sé.

—Pero sí que sabe que, cuando un proyecto con unas implicaciones tan amplias, alcanza su madurez, se ven envueltos en él grandes intereses. Hay agentes de varios gobiernos que vigilan cada movimiento de su peligroso juego. Y hay otro agente que no representa a gobierno alguno, pero que actúa para un grupo muy bien organizado y poderoso.

—¿Se refiere usted a la Vickers? —gruñó Frobisher.

—No. ¡Absurdo! No se trata de un grupo comercial. Es una organización controlada por el doctor Fu Manchú. Es muy probable que Fu Manchú estuviera anoche en el despacho de Craig.

—Pero…

—La única alternativa es que fuera un espía soviético quien intentó robar los planos. ¿Tiene usted indicios para sospechar de algún miembro del personal?

—Dudo mucho de que un ruso tenga acceso al despacho.

—¿Por qué un ruso? —preguntó Nayland Smith—. En otros países ha habido hombres de influencia y buena posición que han trabajado en favor del comunismo. Las recompensas son excelentes. ¿Por qué no podría ser un ciudadano de los Estados Unidos?

Frobisher le observaba disimuladamente.

—Es cierto.

—Quiero que me aclare una duda. Porque un movimiento falso ahora pudiera ser fatal. ¿Ha contratado usted a un detective privado?

—No. No confío mis asuntos a gentes extrañas.

—¿Dónde están los planos originales de Craig?

Morris Craig levantó la vista de forma poco decidida.

—En mi banco de Nueva York.

Respecto a este asunto Michael Frobisher estaba un tanto mal informado. Mediante una orden mecanografiada en papel con el membrete de la Huston Electric y, en apariencia, firmada por su marido, Stella había retirado los planos dos días antes, de camino a una cita con el Profesor Hoffmeyer.

—¿Y la copia detallada y definitiva, dónde está?

—En esta misma casa.

—¿Estaba en la caja fuerte que abrieron la otra noche

—No.

—De todos modos, la persona o personas que examinaron la planta en el laboratorio serían expertos. ¿Cree posible que se pueda reconstruir la maquinaria tras una inspección detallada?

Michael Frobisher frunció el ceño adustamente.

—Quiero que sepa que no soy físico. Ni siquiera soy ingeniero. Soy un hombre de negocios. Pero, en mi opinión, resulta imposible hacerlo. Tendrían que desmontarla. Craig y Shaw han informado

que no la han tocado. Además, sin el transmutador esa planta no es más que dinamita pura y simple.

Nayland Smith se acercó a la ventana y se quedó mirando a los bosques que se extendían más allá.

—Según tengo entendido ese instrumento, sea cual fuere, está ya en proceso de construcción. —Se volvió y le miró con dureza—. Señor Frobisher, su finca es un lugar muy solitario.

La intranquilidad de Frobisher aumentó. Se puso en pie.

—¿Cree usted que no debería haber traído a Craig aquí, con ese trabajo?

—Creo —dijo Smith— que, mientras que hubiera sido relativamente fácil proteger el laboratorio Huston, ahora que sabemos con quién nos vemos las caras, esta casa rodeada por treinta hectáreas principalmente de arbolado, es harina de otro costal. ¿Se da usted cuenta de que si Fu Manchú (o el Kremlin) es el primero en montar una planta tipo Craig por todo lo alto, el uno u el otro serán el amo del mundo?

—¿Está seguro, completamente seguro, de que ambos se lo proponen?

La voz de Frobisher sonó más ronca que habitualmente.

—Ya lo he dicho. Uno de los dos nos lleva delantera. Quisiera ver su sistema de alarma por radar y su armería. Luego regresaré a Nueva York. Hemos hecho unas pesquisas y supongo que tendremos resultados. Una de ellas acerca del escondite del doctor Fu Manchú, la otra sobre la identidad del espía soviético.

Procedentes del jardín entraron Camille y Stella Frobisher.

—Me parece que hemos descubierto algo —decía Stella.

—Todo lo que, al parecer, hemos descubierto —replicó Camille — es que hay extrañas lagunas en su memoria y también en la mía. En tu caso el problema se ha presentado después de ir al Profesor Hoffmeyer a consultarlo acerca de los nervios.

—Sí, querida, es cierto. Verás. ¡Había estado preocupada por Mike! Creía que trabajaba demasiado. A su manera, Mike es un tesoro. El doctor Pardoe, que es vecino nuestro, sugirió, casi en broma, que fuera a la consulta del profesor.

—¿Y te encuentras mejor de los nervios?

—Muchísimo mejor. Empecé a dormir otra vez. Pero de cuando en cuando tengo estos peculiares lapsos de memoria. Se lo dije. Me devolvió la confianza. Después de todo, no estoy segura, querida, si de verdad hemos descubierto algo. Tus lapsos empezaron antes de ir a visitarle.

—Sí —Camille trataba de recordar—. Parece como si, después de todo, el Profesor no tuviera la culpa. Aparte del tratamiento, no recuerdo haberle consultado jamás.

—No, claro. Lo comprendo. —Stella le cogió la mano y se la oprimió con afecto—. No tienes ni idea de lo bien que te comprendo.

Estaban cruzando la biblioteca juntas cuando llegó a sus oídos un repentino rumor de fuertes ladridos que barrieron la paz de Falling Waters como el sonido de un huracán.

—¿Qué es eso? —susurró Camille.

Como respuesta a su pregunta, Sam entró por el ventanal. Se había quitado el abrigo, su bufanda cereza y su sombrero color pizarra. Mostró una especie de traje a cuadros por el que en otros tiempos se había llegado a linchar a gentes, por lo demás bien inocentes. Hizo una mueca de felicidad a Camille.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, Sam. No esperaba verte.

—Agradable sorpresa, ¿verdad? Para mí también —los ladridos continuaron, se convirtieron en un tornado—. Hay un tipo fuera que dice que ha traído unos perros.

La faz de Stella se iluminó.

—¡Ahora sé que estaremos seguros! ¡Qué estupendo! ¿Han traído todos los perros?

—Suena como si hubieran enviado todos los que tenían.

—¿Y el guardián?

Stella no tenía ni la más ligera idea de quien era Sam, pero aceptó su chocante presencia sin vacilar.

—Seguro. Está bien entretenido.

—¡Tengo que ir a verlos en seguida! —Rodeó con el brazo la cintura de Camille—. ¡Ven conmigo, querida!

Camille sonrió a Sam.

—Me encantaría.

—Ese tipo está allá abajo junto a la valla de alambre de espino

—Sam permaneció en la ventana, señalando—. No tiene pérdida. Está junto a una jauría de unos doscientos perros.

Camille y Stella salieron apresuradamente. La segunda casi bailaba de contento.

Sus voces, especialmente la de Stella, se oían perfectamente por encima del fragor de los ladridos, cuando Nayland Smith y Michael Frobisher entraron en la biblioteca.

—Tiene una colección muy variada de armas deportivas y un par de automáticas también —decía Smith—, pero está escaso de munición.

—¿Espera usted una especie de asedio?

—No exactamente, pero espero acontecimientos.

Nayland Smith se acercó al armarito acristalado y se detuvo ante él, tirando del lóbulo de la oreja. Luego inclinó la cabeza hacia un lado, en actitud de escuchar.

—Perros —soltó—. ¿Por qué tantos perros?

Frobisher casi le pidió perdón con la mirada.

—Ha sido idea de mi mujer. Con todas mis fuerzas intento quitarle estas preocupaciones, pero parece tomárselas a pecho. Ha encargado no sé donde una jauría de estos perros lobos. Ahí abajo hay una fila de perreras, como un poblado indio. Durante una semana ha tenido a gente colocando alambre de espino. ¡Falling Waters es un campo de concentración!

—No es mala idea. Sé de casos en que los perros han conseguido lo que no pudieron los hombres y las máquinas. Pero, dígame —señaló la vitrina—. ¿Cómo funciona esto?

—Bueno, en principio parece bastante simple. Lo que no sé es cómo funciona. Es un plano entero de mi propiedad. Quienquiera que se mueva por aquí, cuando el sistema está conectado, deja su rastro en la pantalla.

—Ya veo.

—Quiero que Craig lo inspeccione cuando tenga un rato. Si se pasa por mi estudio otra vez un momento, le enseñaré el plano del dispositivo, para que lo comprenda mejor.

Nayland Smith echó una mirada a su reloj de pulsera.

—Le concedo diez minutos nada más, señor Frobisher.

Regresaron al estudio.

El sol se desparramaba por la desierta biblioteca. Una bellísima urna italiana de plata con incrustaciones de piedras preciosas, refulgía como iluminada por las llamas interiores, como si se transparentara. La pureza de líneas del Discóbolo estaba marcadamente resaltada. Los ladridos se fueron alejando a medida que se llevaban la jauría a «la aldea india», construida por orden de la señora Frobisher.

En ese momento regresó Michael Frobisher. Llegó hasta el escritorio, se sentó y abrió un cajón con la llave. De una carpeta sacó un esquema, que indicaba los puntos de contacto alrededor de la casa, así como las zonas libres. Pulsó un timbre y aguardó mirando a su alrededor.

Stein entró y Frobisher se volvió hacia él.

—Lleve esto a Sir Denis, que está en el estudio. Dígale que me reuniré con él dentro de dos minutos.

Stein asintió y salió con la carpeta.

Frobisher descolgó el teléfono y marcó un número.

—Sí. Aquí Frobisher —dijo con nerviosismo—. Sir Denis Nayland Smith está aquí… Van a por nosotros… Parece como si hubiéramos gastado todo ese dinero para nada… La Huston Electric no tiene ni la más mínima oportunidad…

Se quedó silencioso, escuchando atentamente a alguien al otro extremo de la línea. No hacía más que mover los ojos a derecha e izquierda furtivamente.

—Los tengo todos aquí, al fondo de este cajón de mi escritorio —dijo, sin duda como respuesta a una pregunta—. Eso no es nada fácil… Sí, para esta noche lo tendré en mi poder… De acuerdo, dígame a qué hora.

Frobisher tomó un sobre de un anaquel y se hizo con un lápiz.

—Puede que no sea posible —dijo, escribiendo rápidamente—. Recuerde que… Nayland Smith no es el único peligro. —Se interrumpió—. Tengo que colgar. Le llamaré más tarde.

Desde la abertura en forma de arco, Stein señalaba con insistencia en dirección al estudio. Frobisher asintió con irritación al cruzarse con su mayordomo, mientras iba a reunirse con Nayland Smith.

En el momento en que Stein se retiraba a su vez, Sam apareció por detrás del biombo español que constituía un fondo tan artístico

para el enorme escritorio de nogal.

Sin pérdida de tiempo, abrió el cajón que Frobisher acababa de cerrar.

Masticando sin cesar, examinó los signos del papel. Aparentemente tenían escaso significado para él, ya que estaba a punto de meterlo en el sobre y, sin duda, examinarlo más tarde, cuando oyó una voz grave y monótona tras de sí.

—¡Arriba las manos! He visto lo que hacía.

Stein había vuelto a entrar silenciosamente y ahora apuntaba a Sam con una pistola automática.

—¿No tendrá un sello? Eso es lo que buscaba.

La respuesta de Stein fue acercarse más y cachear a Sam con la pericia de un experto. Después de quitarle un pesado revólver y una linterna, alzó la voz, gritando ásperamente.

—¡Señor Frobisher! ¡Doctor Craig!

—Escuche. Espere un momento.

Se oyó el sonido de una puerta que se abría de golpe. Entraron corriendo, Michael Frobisher y Nayland Smith. La rubicunda faz de Frobisher había perdido medio tono de color.

—¡Stein!, ¿qué es esto?, ¿qué pasa aquí?

—Este hombre registra escritorio de usted, señor Frobisher. Yo cogerle *in fraganti*.

A medida que hablaba, miraba significativamente al sobre que Sam había dejado caer. Nayland Smith vio la consternación que la cara de Frobisher reflejaba cuando se agachó, lo recogió bruscamente y se lo puso en el bolsillo. Pero al hablar su voz atronó.

—¡Ya me lo imaginaba! ¡Lo supuse desde el primer momento!

—Supongamos —replicó Smith— que nos atenemos a los hechos.

—¡Los hechos están claros! Este hombre —apuntó con dedo temblón a Sam— estaba metiendo sus narices en mis documentos privados. ¿Stein, usted le arrebató ese arma?

—Sí, señor.

—¿Qué hacía armado en mi casa? —Bramó Frobisher—. Por fin, se ha desvelado parte del misterio.

En la escalera se oyó un rataplán de pisadas que anunciaban a Morris Craig. Venía saltando los escalones, en mangas de camisa y

con las gafas de lectura en la mano.

—Me silban los oídos. ¿Me ha llamado alguien? —Se detuvo ante el grupo extrañado y paseó la mirada de rostro en rostro—. ¿Qué demonios pasa aquí?

Michael Frobisher orientó sus rasgos purpúreos en dirección al ingeniero.

—Es lo que sospechaba, Craig. Ya le dije que no me gustaba su cara. ¡Ahí tiene al hombre que entró a robar en la Huston Electric anoche! ¡Ahí tiene al hombre que entró a robar en esta casa! Le hemos cogido *in fraganti*.

Sin hacer caso de Stein, Sam dejó caer las manos y se enfrentó a su acusador.

—¡Escuche! ¡Espere un momento! Necesitaba un sello. ¿Qué hay de malo en que necesitara un sello? Abrí un cajón por casualidad y miré lo primero que vi…

Craig se echó atrás su rizo y le dirigió una mirada dura.

—Hablando en serio, Sam. ¿Qué explicación tiene esto?

—¡Ya lo estoy explicando!

Nayland Smith, que había permanecido silencioso, intervino.

—Señor Frobisher, ¿ese sobre contiene sellos? —dijo de un tirón.

—No —Michael Frobisher le miró airadamente—. Esa pregunta no viene al caso. Según tengo entendido, usted representa la Ley y el Orden en esta casa. Lo siento, pero tendrá que ocuparse del arresto de este hombre.

Su dedo acusador señalaba de nuevo a Sam.

—Bueno —intervino Craig—. Puede que no sepa de qué va el asunto, pero esto me parece…

—Es ridículo —dijo Sam— que la gente se acalore tanto.

Se oyó otro rumor de pisadas, esta vez más ligeras. Camille y la señora Frobisher aparecieron presurosas. Se detuvieron, asombradas de lo que veían.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió Stella.

—¡Sam! —susurró Camille y, tras aproximarse a él, le puso una mano en el hombro—. ¿Qué ha pasado?

Sam dejó de masticar chicle y le dio unas palmaditas en la mano a Camille. Con las gafas sobre las cejas su aspecto resultaba bastante elocuente.

—Gracias por interesarse —dijo—. Estoy en un aprieto.

—¡Vaya si lo está! —le aseguró Frobisher—. ¡Sir Denis, o se trata de un ladrón vulgar o de un espía extranjero! En cualquier caso quiero que le meta en la cárcel.

Mirando alternativamente a Sam y Frobisher, Nayland Smith chasqueó los dedos irritado.

—¡Es absurdo! —dijo Camille con voz queda.

—¡Escucha! —Sam le dio otra palmadita y se volvió hacia Smith —. Lo siento. Me arriesgué. La cosa está que quema y pensé que acaso el señor Frobisher, incluso en estos momentos, pensará más en el bien de la Huston Electric, que en otros proyectos mayores. Supongo que me equivoqué. Pero lo hice con buena intención.

Michael Frobisher dejó escapar un sonido como si se ahogara, igual que el de un radiador averiado.

—Verá, señor Frobisher —dijo Nayland Smith— a pesar de sus defectos, la Policía americana es muy competente. James Sampson, a quien usted conoce por Sam, es un agente del F.B.I. Su jefe, Raymond Harkness le situó en el laboratorio de investigaciones Huston mucho tiempo antes de que me llamaran a mí. Lamento lo sucedido, pero Sam se dedica exclusivamente a proteger sus intereses…

18

El almuerzo en Falling Waters no fue precisamente un éxito. Tanto en el sentido físico como el psíquico una sombra se cernía sobre la fiesta.

Las promesas matutinas no se cumplieron. Ante el inminente invierno los arroyuelos se encogieron; las nubes corrieron una cortina gris sobre el sonriente paisaje, anulando la alegría del cielo. Y con la llegada del Profesor Hoffmeyer un cierzo espiritual estremeció al menos a dos de los comensales.

Camille sintió terror cuando apareció aquella figura encorvada. Su abrigo pasado de moda, sus gafas ahumadas y guantes negros, y el bastón de ébano hicieron sonar una aguda nota de alarma en su corazón. Pero en cuanto el profesor empezó a hablar se sintió libre de aprensiones.

— Así que ésta es —dijo el profesor con su acento gutural germano-inglés— la pequeña paciente que suele venir a verme *¿ja?*

Camille se sintió indefensa. No sabía lo que decir, porque no podía afirmar a ciencia cierta si le había visto antes.

—No importa. Ya hablaremos en otra ocasión. No le cobraré por mis servicios.

Michael Frobisher odiaba al hombre que tenía ante sí. Tenía los nervios de punta desde el incidente con Sam. Con sus poderosos dedos, le dio al profesor un apretón de manos calculado para hacerle daño.

—*¡Ach!* ¡No tan fuerte! Estas —Hoffmeyer alzó sus manos enguantadas— y éstas —se tocó las gafas oscuras— y esto —dio unos toques en el suelo con su bastón de ébano— son pruebas de que los hombres se convierten durante la guerra en bestias. Recuerde que arrancaron las uñas de mis dedos y expusieron mis

ojos a intensos rayos en algunos de esos campos de concentración nazis. Todo esto, señor Frobisher, pudiera volver a ocurrir… Seamos considerados, mientras podamos.

El doctor Pardoe trató al profesor con displicencia, evitando los temas técnicos y más bien dando a entender que dudaba de su habilidad. Pero no así la señora Pardoe. Simpatizó con el célebre especialista, acogiéndole con urbana deferencia. Era una mujer alta, maciza, siempre vestida de negro. El rubio y melancólico Pardoe no constituía su primer amor, pues había tenido dos maridos antes que él. Nadie sabía por qué. Había algo agorero en su cuerpo anguloso. Parecía un patíbulo tapizado…

El profesor Hoffmeyer dirigía la mayor parte de su conversación hacia Craig y la señora Pardoe estaba pendiente de cada palabra suya.

—¿Es usted el mismo Morris Craig —dijo Hoffmeyer durante el almuerzo— que leyó un trabajo sobre la dirección de los neutrones en Oxford hace dos años, *¿ja?*

—El mismo, profesor. Asombrosa memoria. El mismo que viste y calza. Un trabajo bastante estúpido. Desde entonces he aprendido a no meter la pata.

—La modestia es un pobre manto para el genio. Deséchela, doctor Craig. Me daría una gran alegría que su labor fuera en bien de la humanidad. Este mundo nuestro no hace más que girar como una peonza, abocado al desastre. Somos como una nave que se aproxima a los arrecifes, con locos en la proa y fanáticos al timón.

—¿Pero no hay modo alguno de impedir tal desastre? —preguntó la señora Pardoe, con una voz que parecía surgir de la celda de un condenado a muerte.

—Pues claro que sí. Podría haber un comité de hombres de gran inteligencia. Al servicio de este comité habría un grupo de los mejores cerebros científicos del mundo, como es el caso del doctor Craig —por alguna oscura razón Camille se estremeció al oír estas palabras—. Estos grandes científicos tendrían poder para poner en práctica sus decisiones. Si algún maniático político amenaza con usar la violencia se le llamaría la atención. Si hiciera caso omiso de esta admonición…

El profesor Hoffmeyer se sirvió más ostras fritas, que le ofrecía Stein.

—¿Cree, entonces, que habrá otra guerra? —murmuró Frobisher.

—¿De qué otro modo se podrá evitar ser esclavos del comunismo, *¿ja?*

—A menos que le haya entendido mal —intervino flemáticamente el doctor Pardoe— su concepto de un gobierno bueno se halla muy próximo al de un comunista inteligente.

—Un comunista inteligente es algo imposible. La única distinción está entre los bribones y los dementes. Sí, señor Frobisher, existe el peligro de otra guerra, provocada por los mismos que antes. Esos seres subhumanos del Cuartel General que escaparon a la justicia. Esos individuos con los atavismos del ganado y la mentalidad de las máquinas de sumar. Esos coprófagos de uniforme ya huelen la sangre de nuevo. Y el Kremlin les está cebando con carnaza.

—¿Quiere usted decir —preguntó Camille con voz queda— que el gobierno soviético está empleando ex oficiales alemanes para preparar otra guerra?

Sentía agitarse al agente secreto que llevaba dentro de sí. Se preguntaba cómo lo sabía aquel hombre.

—Ya veo. Usted es francesa y Francia tiene recuerdos imborrables del pasado. Muy bien. Dejemos que Francia recuerde. De producirse otra guerra, esos bufones ignorantes lo destruirían todo, incluidos ellos mismos. Esto no importaría mucho si se pudiera inmunizar a comunidades selectas, pues ya constituye una posibilidad científica la casi completa destrucción de la vida humana en el planeta. Incluso es deseable. Pero no una matanza indiscriminada. La nueva raza debe comenzar mejor equipada que Noé.

Acabado el almuerzo, el profesor rechazó el tomar café y se dispuso a despedirse. De un modo u otro había producido una honda impresión en todos los presentes. Stella Frobisher revoloteó a su alrededor implorándole que le concediera una breve consulta antes de marcharse. Consiguió su propósito. La señora Pardoe pidió hora para el viernes siguiente.

—No tiene usted ninguna dolencia —le dijo el profesor Hoffmeyer— que su esposo no pueda curar. Pero venga si lo desea. Todos ustedes comen demasiado. Asegúrese de que no venga una

época de prohibiciones, racionamientos, cupones. El comunismo no respeta las leyes del combate. El comunismo pega primero y al estómago. Serán incapaces de hacerle frente.

Le esperaba un coche. Al volante se sentaba un chófer taciturno, que había rehusado comer en la cocina y tomar una bebida, y que había pasado su tiempo libre recorriendo la finca. En el momento en que arrancaba el coche, algunas gotas de lluvia empezaron a salpicar la terraza.

La noche se coló en Falling Waters sin ser detectada.

Empezó a llover sin descanso y un ligero viento de levante, como un poder intangible, sopló entre los árboles. Stella no se limitó a pedir al doctor y a la señora Pardoe que se quedaran para la cena, les invitó formalmente. Pero la señora Pardoe, que ya se había envuelto en una capa que recordaba un sudario de terciopelo, le recordó a su esposo que tenía una consulta a las ocho y media. Stella les acompañó a la puerta.

—Estoy nerviosa. Está oscureciendo tanto. No me sentiré enteramente segura hasta que todo esté cerrado con barra y candado…

Más tarde Camille se cambió de vestido en su habitación. Se puso uno tan sencillo que sin duda alguna estaba confeccionado en París. Cuando salía de su dormitorio, se topó con Sam en el pasillo.

—¡Caramba, señorita Navarre! ¡Tiene usted un aspecto maravilloso!

—¡Muy amable de su parte, Sam! Me llevé un susto muy desagradable cuando le descubrieron. De verdad.

—Y tanto. ¡El susto fue para mí! No hice bien el trabajo. Tengo que desquitarme.

—Sam. ¿No le importa si le sigo llamando Sam?

—Me encanta. Suena mejor así.

—Ahora que sé lo que en realidad está haciendo aquí, puedo hablarle, bueno, sensatamente. El doctor Craig piensa y también lo cree sir Denis, lo sé, que no es el único peligro el que nos acecha ese horrible Fu Manchú. —Hizo una pausa después de pronunciar su nombre—. También nos vigila un agente soviético. ¿Sabe algo acerca de él?

Sam asintió. Había dejado de masticar y ya no llevaba puestas las gafas. Aparentemente habían formado parte de un disfraz.

—Estoy trabajando en ese asunto ahora mismo. Creo que vamos por buen camino.

—¡Cuánto me alegro!

—Ya. Tengo un buen olfato para los agentes extranjeros. Los huelo a un kilómetro de distancia.

—¿De veras?

—Seguro —hizo una mueca de alegría—. Está usted hecha una reina. Perdone mi manera de hablar.

Se alejó por el pasillo.

Cuando Camille descendió las escaleras vio a Michael Frobisher muy ocupado atracando el ventanal.

—Mi mujer tiene mieditis esta noche —explicó—. Tengo que atrancarlo todo yo personalmente, para que se sienta segura. Voy haciendo la ronda. —Dirigió una mirada de admiración hacia Camille—. Espero que el jaleo de hoy y el incidente de la oficina no le hayan inquietado.

—Muy amable de su parte, señor Frobisher. Aunque, claro está, me siento afectada, de todos modos me alegro mucho de estar aquí.

—Buena chica. Craig ha terminado su trabajo y el nuevo diagrama y las notas están en mi caja fuerte. Y ahí se quedarán. Son propiedad de la Huston Electric y de nadie más.

Mientras él salía, Morris Craig bajaba las escaleras, esbelto y juvenil en su flamante smoking. Sin decir palabra tomó a Camille en sus brazos.

—¡Cariño! Creí que nunca volveríamos a estar solos.

—¿Estás seguro, Morris? —susurró ella cuando él aflojó la presión de sus brazos.

—¿Seguro? ¿Seguro de qué?

—Seguro de que sentías lo que dijiste anoche.

El le contestó silenciosa y largamente.

—¡Camille! Mi único deseo…

—¿Sí?

—Camille —se recreó pronunciando su nombre—. Te adoro… Pero ojalá no estuvieses aquí esta noche.

—¿Qué quieres decir?

Ella se echó hacia atrás. De repente sus ojos parecieron adquirir

un tono de azul más oscuro.

—Quiero decir que por fin este defectuoso cerebro mío ha recapacitado que he hecho algo que puede conmocionar al mundo de nuevo. Me he dado cuenta también que otras personas lo saben, y que puede ocurrir lo más imprevisible.

—Pero, Morris, no me digas que algo pudiera ocurrir aquí.

—¿Crees que no? ¿Por qué está tan asustado el viejo Frobisher? ¿A qué se debe el sistema de alarma y todos esos perros? Lo malo del caso es que no conocemos a nuestros enemigos. Puede que un agente soviético se halle oculto ahí fuera entre los arbustos. Puede que haya un agente británico (no es que me importe) en esta mismísima casa.

—Sí —dijo Camille en voz baja—. Puede que lo haya.

—Y, sobre todo —siguió Craig—, existe esa horrible amenaza, el doctor Fu Manchú. Smith le tiene más miedo que a todos los demás juntos.

—Yo también… Escúchame un momento, Morris. A veces tengo la impresión de que le he visto en un sueño. Ya sé que suena ridículo y que soy incapaz de explicar claramente lo que quiero decir. Pero tengo la vaga impresión de una figura alta, demacrada, vestida con una túnica amarilla, con las manos más maravillosas, de uñas largas, y… —se interrumpió un momento— los ojos más terribles que he visto jamás. Hoy hubo algo que me hizo recordar esta impresión, precisamente cuando entró el profesor Hoffmeyer.

Craig le acarició la cabellera suavemente. Sabía que despeinarla sería lo mismo que cometer una ofensa criminal.

—No te pongas nerviosa otra vez, cariño. Me imagino que anoche en uno de tus estados de trance te recorriste los paseos y las calles de Manhattan, en lugar de acudir a tu cita con el profesor. De todos modos, el viejo tiene una personalidad un tanto intranquilizadora, si bien no guarda semejanza alguna con tu mandarín de la túnica amarilla. Lo siento por él. Además su acento alemán es de los que echa para atrás. Pero…

—No me refiero a que el profesor me recordara al nombre con el que soñé. Fue… algo distinto.

—Sea lo que fuere, olvídalo. —La atrajo hacia sí y le susurró al oído—: ¡Camille! En cuanto volvamos a Nueva York ¿accederás a casarte conmigo?

Pero Camille se echó para atrás. Sus ojos oscuros mostraron sobresalto, casi pánico.

—¡Morris! ¡Morris! ¡No! ¡No!

El dejó caer los brazos y se quedó mirándola fijamente. Se daba cuenta que se había puesto pálido.

—¿No? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir ¡ay, Morris! ¡No sé realmente lo que quiero decir! Quizá me has asustado.

—¿Cómo te he asustado? —preguntó Morris con voz calmada.

—Sabes… tan poco de mí.

—Sé lo suficiente para amarte.

—Me sentiría muy feliz si pudiéramos seguir como ahora. Pero el matrimonio…

—¿Qué hay de malo en el matrimonio?

Camille se volvió hacia un lado. Cerca había una lámpara con pantalla. Iluminada por ella, su cabellera, que se desparramaba cuello abajo, se transformó en un torrente de cobre fundido. Vacilante, Craig le puso las manos en los hombros e hizo que se volviera. La miró fijamente a los ojos.

—Camille, ¿no irás a decirme que ya estás casada?

Arriba se oyó un portazo. Luego la voz de Stella.

—Y asegúrese bien, Stein, asegúrese bien que no queda ni una ventana abierta. —Apareció en lo alto de la escalera—. Sé que no pegaré ojo, aunque todo esté cerrado con llave y los perros sueltos.

—Vio a Camille abajo—. ¿Podrás dormir tú, querida?

—No estoy muy segura —Camille sonrió—. Si bien no veo razón alguna de que esta noche vaya a ocurrir algo que no suceda otro día.

—Voy a mandar a Stein a que corra esas cortinas —declaró Stella—. No hago más que pensar en ojos que me miran desde la oscuridad. Pero ahora, sea lo que Dios quiera, creo que todos necesitamos una bebida.

Con anterioridad Stein había traído el carrito de los refrescos, pero había tenido que acudir a la llamada de la señora Frobisher, que deseaba que echara el cerrojo a una trampa que daba a un desván.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Camille.

Y al poco rato se habían distribuido en derredor del buffet

móvil.

Michael Frobisher se unió a ellos.

—Si sigues mi consejo, querida —le dijo a Stella—, la señorita Navarre y tú os tomáis una buena copa después de la cena y os acostáis temprano. No le deis más vueltas al asunto. ¿Está de acuerdo conmigo, Craig?

Morris Craig dejó de mirar a Camille el tiempo suficiente para responder:

—Desde luego. Pero alguien debería quedarse por aquí para no perder de vista esta cosa. —Indicó el armarito que había encima de la estantería—. He echado un vistazo al sistema de alarma y me parece que está bien. Por cierto, señora Frobisher, ¿soltarán a esos sabuesos esta noche?

—¡Por supuesto!

—Me estaba preguntando si los perros no podrían poner en marcha el mecanismo.

—No creo. Ellos tienen su propio circuito alrededor del lugar. Los perros no pueden entrar en la casa.

—Resulta un consuelo —murmuró Craig para sí mismo—. Aunque confieso que esos bichos son tranquilizadores al pensar en el doctor Fu Manchú, más el agente soviético ayudado por diversos mujiks y otros camaradas, alineados ahí fuera.

—Nos repartiremos los turnos de guardia —dijo Frobisher—. Alguien debe estar de vigilancia esta noche. Stein puede quedarse hasta las doce Luego yo le sustituiré…

—No —replicó Craig con firmeza—. Yo he contribuido a este desorden y debo hacer mi parte. Después de todo, estoy acostumbrado a acostarme tarde…

Manhattan seguía bailando una danza algo más intensa, pues era la noche del sábado, noche de Broadway. La lluvia aún seguía cayendo más al norte, pero un conjunto de nubes color sepia se extendían como un toldo sobre Nueva York, de tal modo que los fuegos eternos que ardían en los altares de esos dioses cuyos templos llenan Broadway con un millón de luces, lanzaban sus fulgores contra el dosel color sepia y éste a su vez los devolvía, como si los rechazara.

Dos agentes de policía aburridos fumaban y jugaban a los dados en el despacho de Morris Craig en la parte superior del edificio Huston. Detrás de la puerta de acero, en una atmósfera vibrante con energía reprimida, Martin Shaw trabajaba en calma y con habilidad para completar el instrumento conocido como un transmutador. Los dioses de Broadway eran falsos dioses. El dios entronizado tras la puerta de acero era un dios poderoso.

Pero los dos policías siguieron jugando a los dados.

También el Barrio chino conocía el ajetreo. Los pueblerinos se quedaban boquiabiertos ante las fachadas y los letreros orientales y experimentaban la sensación de que estaban viendo algo por lo que merecía la pena venir a esta Babilonia del Hudson. Los paletos de la ciudad, deseosos de impresionar a sus acompañantes femeninas, engullían comida en los restaurantes y simulaban saber tanto sobre el tema como el que más.

Mai Chai había cesado de cantar en un apartamento cerca de la tienda de Huan Tsung. Lai Tai había puesto su último mensaje en el armarito.

En el piso de arriba, Huan Tsung reclinado en los almohadones, permanecía con los ojos cerrados. La cabeza del doctor Fu Manchú le miraba desde el globo de cristal. A un egiptólogo le hubiera recordado la mayestática cabeza embalsamada de Seti, ese faraón cuyo cuerpo yace en el museo de El Cairo.

La cabeza hablaba en fríos tonos sibilantes.

—Hubiera sido inútil limitarnos a destruir la planta. Para ello he tomado mis medidas. De otro modo no me hubiese arriesgado a realizar una visita personal al laboratorio. Rocié los elementos esenciales con F. 505. Se retrasa la acción. No, es necesario destruir al inventor, o trasladarle a otro empleo.

—Puede que esto resulte difícil —murmuró Huan Tsung—. El tiempo es el enemigo de la perfección humana, Excelencia.

—Ya veremos. La señora Frobisher me proporcionó los dibujos originales de Craig. Sólo existen dos copias detalladas del plano del transmutador. Una se halla en las manos del técnico jefe, que está trabajando a partir de ella. La otra, con el resto de los planos, la tiene Michael Frobisher. Lo único que nos falta tener en cuenta son los dibujos de las válvulas.

—Pero, su Excelencia me ha informado de que también están

terminadas.

—Lo están. Deme las últimas informaciones. Después le daré las instrucciones finales.

—Las resumiré. Las pertenencias personales de su Excelencia han sido desalojadas del edificio Woolton, tal como lo ordenó. Ya se han enviado por vía marítima. Raymond Harkness ha situado a varios agentes federales en Falling Waters. Vigilan todos los puntos, excepto uno; el sendero que parte de la carretera y se interna en los bosques sigue expedito. Lao Tai se dirigirá a este punto a la hora señalada. Pero los perros…

—Ya me he ocupado de los perros. Continúe.

—Anotada esa previsión. En espera de la debida confirmación, se cree que el Kremlin, al admitir que ya no se puede utilizar la planta actual, espera obtener el juego de los planos detallados y los dibujos finales sacándolos de Falling Waters antes de que sea demasiado tarde.

—¿En qué se basa esa creencia?

—En el hecho, Excelencia, de que Sokolov ha ordenado que su automóvil esté preparado a las diez esta noche y que llevará consigo un guardaespaldas.

A estas palabras siguió un silencio tan prolongado que Huan Tsung levantó sus arrugados párpados y miró al cristal.

Los ojos del doctor Fu Manchú parecían estar cubiertos por una filmina, un fenómeno con el cual Huan Tsung estaba familiarizado. El brillante cerebro encerrado en aquel cráneo de notables proporciones se concentraba en un problema. La desaparición de aquel velo ocular significaría que el doctor Fu Manchú había tomado una decisión. Y mientras Huan Tsung lo observaba, los alargados ojos oblicuos adquirieron el fulgor de esmeraldas.

—Use al grupo ruso para una maniobra de diversión, Huan Tsung. No se debe efectuar contacto alguno. Koenig se ha familiarizado con las zonas controladas por el sistema de alarma y M’goyna ya está en el lugar correspondiente, con instrucciones completas. La señora Frobisher también ha recibido instrucciones. Utilice todos sus recursos. Se trata de una emergencia. De un momento a otro Nayland Smith dispondrá de la información que está buscando. Tanto si gano como si pierdo, tengo que salir de Nueva York antes del amanecer. Proceda…

19

Morris Craig estaba fumando sentado en una espaciosa butaca de cuero. La oscurecida biblioteca daba la impresión de hallarse casi silenciosa, de un modo extraño. La lluvia había, cesado. Pero podía ver veladamente cómo el agua goteaba en la terraza de afuera.

Fue más o menos en ese instante cuando, en la oficina, los dos jugadores de dados se vieron violentamente sacados de su complaciente aburrimiento.

Se pusieron rápidamente en pie al oír tres apagados ruidos, como de un estropicio, dentro del laboratorio. Se oyó un grito fuerte, un grito de terror. Otro chasquido. La puerta de acero se abrió de repente y Martin Shaw, pálido como un muerto, bajó a trompicones los peldaños.

Los policías corrieron hacia él. Se derrumbó en el sofá, apartándolos con la mano débilmente. Tras una serie de ruidos de materia que era desgajada y arrancada, apareció una nube de polvo casi vaporoso, que empezó a salir del laboratorio en oleadas grises.

—¡Atrás!

—¡Hay que cerrar la puerta!

Uno de los dos policías se acercó rápidamente y consiguió hacerlo. Tuvo que bajar los escalones, casi ahogándose, luchando por poder respirar. Un estrépito más fuerte que ninguno de los anteriores estremeció el laboratorio.

—¿Qué ha sido? —musitó el jadeante policía—. ¿Va a producirse una explosión? Por Dios Santo —se echó las manos al cuello—, ¿qué ocurre?

—Desintegración —farfulló Shaw alucinadamente—. Desintegración. La planta va a quedar hecha polvo.

El pandemonio se apoderó del edificio Huston. El fruto de muchos meses de trabajo se desplomaba de las ramas. Un dios del poder quedaba reducido a un dios de arcilla. Entretanto, ni el sonido más débil rompía el silencio de Falling Waters, un silencio sorprendente, un silencio tras el que se ocultaban muchos misterios. Y, sin embargo, por lo menos obligaba a reflexionar.

Morris Craig tenía muchas cosas en qué pensar. Y tendría más antes de que se consumiera la noche.

En primer lugar, no podía entender por qué Michael Frobisher se había mostrado tan condenadamente reacio cuando insistió en hacer la guardia de las doce a las cuatro. A esa hora Sam le relevaría.

Sam le había apoyado para llegar a tal acuerdo. Craig tenía un par de cosas que decirle a Sam en privado, referentes al hecho de haberle tenido engañado. Y otras que iba a espetarle a Nayland Smith cuando volviera a verle. De todos modos, no tenía ninguna queja de Sam como persona.

Así meditaba Morris Craig en la silenciosa biblioteca.

¿Qué era aquello?

Se levantó y permaneció de pie, inmóvil, escuchando atentamente.

Había oído débilmente, o creyó haber oído, el sonido de una tos cavernosa.

Experimentó esa sensación, común a todos o a la mayoría de nosotros, de que con anterioridad le había sucedido un incidente similar. Pero, ¿cuándo?, ¿dónde?

No hubo repetición de la tos, ningún sonido. Sin embargo, tuvo la sensación de un movimiento furtivo. Sirviéndose de una linterna se encaminó al pie de la escalinata. Dirigió el foco hacia arriba.

—¿Eres tú, Camille? —llamó con voz queda.

No hubo respuesta. Craig regresó a su sillón.

¿Qué era exactamente lo que se proponía Frobisher? ¿Por qué había perdido la serenidad en el incidente del sobre? Cierto que Stein lo había exagerado de manera absurda. Un tipo extraño, ese Stein. No le caía simpático. Tenía un acento terrible. Estaba claro que había obligado a Nayland Smith a intervenir. ¿Pero cuál había sido el propósito de Smith? ¿Desconfiaba de alguien de aquella casa? Probablemente de Stein.

No cabía duda de que la verdadera explicación estribaba en el hecho de que, tras haber invertido más de medio millón de dólares en el invento, Frobisher veía ahora cómo se le escapaba de entre los dedos. Quizá no era un invento cuyo desarrollo se pudiera confiar a una empresa comercial, pero, sea como fuese, eso era asunto de Frobisher…

Craig se levantó de nuevo.

Esta vez parecía como si la toz cavernosa viniese de la parte delantera de la casa.

Dejó caer el cigarrillo y se acercó a la arcada que daba acceso al estudio de Frobisher y, más allá, al comedor de madera de cedro. Iluminó el camino con la linterna. El acceso estaba vacío. Cruzó la biblioteca de nuevo y abrió una puerta al otro lado. Allí no había nadie.

¿Se imaginaba cosas extrañas?

Esta disposición mental se debía enteramente a la existencia de una amenaza sombría, conocida como el doctor Fu Manchú. Le importaba un rábano quién pudiera ser el agente soviético. Nadie se tomaba en serio a esos individuos. Rechazó la idea de que hubiese un agente británico. Si hubiera existido alguno, Smith le habría conocido.

La idea de vigilar en la oscuridad había sido de Sam. Como agente del F.B.I. había impuesto su criterio. Era comprensible que quisiera atrapar al enemigo. De todos modos, era como un juego fantasmal. A Craig se le empezaban a poner los nervios de punta con el continuo goteo de la lluvia en el exterior.

Por cierto, ¿dónde estaba Sam? No era probable que se hubiese acostado.

Pero, sobre todo, ¿dónde estaba Camille? No había tenido oportunidad de comprobarlo, pero mientras ella subía las escaleras con Stella Frobisher, había podido leer en sus ojos el mensaje «Bajaré otra vez».

Frobisher se había retirado poco después de las mujeres, diciendo: «¡Me voy a la cama y al diablo con todo!»

El ruido de un ligero roce en la escalinata hizo que Craig se pusiera en pie como movido por un resorte.

El foco de su linterna iluminó a Camille. Llevaba puesta una bata sobre el camisón, al que Craig no se atrevía a mirar. Sus tobillos desnudos lucían como el marfil.

—¡Camille, encanto! ¡Por fin!

Se estremeció al tomarla en sus brazos. ¡Era tan suavemente atractiva! Aflojó el abrazo y la condujo al mullido diván de cuero. Se oyó un chasquido cuando apagó la lámpara.

—¡Perdona el apagón! Ordenes del capitán.

—Lo sé —musitó ella.

Tomó entre las suyas la mano de ella y le besó los dedos en silencio. Luego adoptó una máscara de comicidad para disimular sus emociones.

—Tengo una deuda pendiente contigo —le dijo afectando frivolidad—. ¿Qué es eso de rechazar mi oferta de hacer de ti una mujer respetada? Explícamelo en pocas y precisas palabras.

Camille se aproximó a él en la oscuridad.

—Tengo intención de explicártelo —su voz suave delataba un ligero temblor—. Por eso vine a decírtelo ahora.

Deseaba rodearla con sus brazos, pero sentía que una extraña traba se lo impedía.

—Soy todo oídos, cariño.

—Puede que no sepas (creo que todavía no lo sabes) que durante mucho tiempo, muchísimo —¡cómo le encantaba la entonación gala que fluía de sus labios cuando estaba profundamente emocionada!— han estado vigilando tu trabajo. Ahora, que ya está terminado, sabes, por lo menos, que no se detendrán ante nada.

—¿Quiénes son? ¿Te refieres al Kremlin y al doctor Fu Manchú?

—Sí. Son los dos únicos a los que debes temer… Pero también hay un agente británico.

—Lo dudo. ¿Cómo sabes que hay un agente británico?

—Porque yo soy ese agente.

Hubo algunos momentos tensos, durante los cuales ninguno de los dos musitó palabra alguna. Casi parecía que habían dejado de respirar. Siguieron sentados en la oscuridad, los dos juntos, cada uno intentando averiguar lo que pensaba el otro. En el exterior seguía goteando la lluvia… Luego Craig enfocó la luz de su linterna hacia el rostro de Camille. Ella se apartó rápidamente y alzó las

manos.

—¡No! ¡No hagas eso!

—¡Camille! —Craig apagó la linterna…— ¡Dios santo!

—¡No me mires! —continuó Camille—. ¡No quiero que me veas! Había decidido decírtelo esta noche y te voy a ser completamente sincera. Nunca he creído, ni lo creo ahora tampoco, que estaba mal lo que hacía. Claro que, cuando empecé, no te conocía.

Craig no dijo nada…

—Si he sido desleal con alguien, ha sido con el señor Frobisher. Morris, tienes que darte cuenta de que tu invento puede aplicarse de una manera horrorosa. Puede destruir el mundo. No hay gobierno alguno que ignore eso.

Sutilmente, en la oscuridad, Morris Craig se había ido acercando. Ahora, de repente, rodeó con un brazo los hombros de Camille.

—¡No, Morris! ¡No hagas eso! ¡No! ¡No, hasta que te lo haya contado todo! —Sintió que, de improvisto, su cuerpo se iba poniendo rígido—. ¿Qué ha sido eso?

Era el sonido de una tos cavernosa a lo lejos.

Craig se puso en pie de un salto.

—No lo sé. Pero lo he oído antes. ¿Viene de fuera o del interior?

Encendió la linterna y se dirigió corriendo a las dos puertas, una tras otra. Se paró a escuchar. Pero Falling Waters permanecía en silencio. Luego dirigió el foco hacia Camille y lo retiró de nuevo rápidamente. En seguida se colocó a su lado.

—¡Morris!

—Déjame decirte una cosa…

—Pero, Morris, supongo que te das cuenta de que he estado informando sobre tu trabajo, paso a paso, tan bien como podía. Porque nunca acerté a entenderlo del todo. He estado espiándote todo este tiempo. Llegó un momento en que no pude resistirlo más. Cuando llegó sir Denis, me pareció que tenía derecho a pedir mi relevo…

Un beso de Morris la hizo enmudecer. Ella se aferró a él, temblando. Su corazón revoloteaba como un pájaro cautivo al que hubieran soltado.

—¿Te das cuenta, Morris, por qué me pareció que no podíamos ser más que amantes? ¿Cómo podía pensar en casarme contigo,

después de todo…?

—Así que me sacabas información… —susurró en el oído de ella. Pero era un susurro alegre—. ¡Mi pequeño demonio pelirrojo! Otra cosa que echar en cara a Smith. ¿Por qué no me lo dijo?

—¡Yo tenía miedo de que lo hiciera! Luego recordé que no podía. ¡Voy a tener moraduras por todas partes! Hay ciertas tradiciones en el Servicio Secreto.

En aquel instante, entre un zumbido velado, como el de una mosca atrapada en un cristal, aparecieron señales en la vitrina situada encima de la estantería.

Al levantarse Craig, cual movido por un resorte, Camille se agarró a su mano fuertemente y la mantuvo cogida con obstinación. En la oscuridad de la biblioteca se veía un rectángulo en el que se mostraba cada detalle de los terrenos alrededor de Falling Waters, como poseídos de una extraña fosforescencia.

—¡Vamos! —musitó Craig—. ¡Mira!

Una sombra se movía lentamente a través del circuito.

—¡Ese es el porche trasero! —susurró Camille—. ¡Alguien está ahí fuera!

—¡No pierdas los nervios, cariño! Espera.

La tenue sombra se dirigió hacia donde estaba marcada una puerta. Se detuvo. Cesó el zumbido. El circuito se fue difuminando.

—¡Alguien ha entrado en la cocina!

—¡Corre a esconderte en las escaleras!

—Pero…

—Por favor, haz lo que te digo, Camille.

Camille soltó su mano y él permaneció frente a la puerta que conducía a la parte posterior de la casa, con la pistola automática en la mano, presto a disparar.

No vio nada, pero se dio cuenta de que habían mía abierto la puerta.

—No dispare, Craig —intervino una voz conocida— y no haga ruido.

Una linterna iluminó momentáneamente la biblioteca. Allí estaba Nayland Smith observándole, sin sombrero, con el cuello de la trinchera alzado hasta las orejas. La mirada de Smith parpadeó

un breve instante. Se oyó un roce que provenía de la escalinata. Luego silencio.

Sam apareció justamente detrás de Smith. Se extinguió la luz de la linterna.

—¡Smith! ¿Cómo ha entrado?

—No hable tan alto. He permanecido fuera durante un buen rato.

—Yo le abrí la puerta —explicó Sam.

—Hay algo que anda rondando por ahí fuera —siguió Nayland Smith, con un acento extraño en la voz— que no es humano…

—¿Qué demonios quiere decir?

—Simplemente eso. No es un mono y no es un hombre. Normalmente, organizaría un grupo e iría a cazarlo. Tengo razones para sospechar que se trata de algún ejemplar surgido del museo de horrores de Fu Manchú. Pero —Craig podía oír débilmente cómo Smith se movía en la oscuridad— hágame el favor de enfocar esto.

Craig alzó la linterna rápidamente. Nayland Smith se situó a su lado; sostenía una ampliación de una fotografía. Sam se hallaba junto a Smith. Escaleras arriba una puerta se cerró suavemente.

Era la foto de un hombre recio, barbudo, cuyo cráneo está coronado por una melena de pelo blanco, tenía ojos pequeños, redondos, inquisitivos.

—¡Luces fuera! —ordenó Smith—. He esperado en la jefatura de Policía a que esto llegara. ¿Le reconocen?

—No le he visto jamás.

—Exacto. Después de ser liberado de un campo de concentración nazi, desapareció. Creo que sé a donde fue; pero de momento eso no tiene importancia. Se trata de alguien que fue famoso, el psiquiatra vienés doctor Cari Hoffmeyer.

—¿Cómo?

—Muy ingenioso, ¿verdad? —murmuró Sam.

—¡El hombre que Nueva York ha conocido como el profesor Hoffmeyer era el doctor Fu Manchú!

—¡Cielo santo! ¡Si hoy ha estado aquí!

—Lo sé. Un jefe de alta categoría debe estar dispuesto a afrontar todos los riesgos que él impone a sus subordinados.

—¡Pero si habla inglés con un fuerte acento alemán! Y…

—El doctor Fu Manchú habla con absoluta fluidez todas las

lenguas civilizadas del planeta, con o sin acento. Sin estas pruebas, no podía hacer nada. Pero cometí una gran equivocación…

—Todos nos equivocamos —dijo Sam—. No tiene más culpa que los demás.

—Gracias —replicó Smith—. Pero la culpa es mía. Mandé que vigilaran la clínica de Hoffmeyer y creí que lo tenía atrapado.

—¿Y bien? —preguntó Craig con ansiedad.

—¡No volvió allí!

—¡Escúchame! —intervino Sam—. Le seguían tres de nuestros mejores agentes, pero burló su vigilancia.

Aquella conversación en la oscuridad iba adquiriendo un carácter cada vez más fantasmal.

—No se ha tocado la clínica —continuó Nayland Smith—. Pero hemos registrado de arriba a abajo sus aposentos privados, que los pacientes no vieron jamás.

—En ese caso, ¿a dónde ha ido?

—No lo sé —la voz de Nayland Smith sonó como un gruñido—. ¡Pero lo único que le falta por conseguir, para completar su labor, está aquí, en esta casa.

—¿No sería mejor despertar a Frobisher? —preguntó Craig con cierta fogosidad.

—No. Hay ciertas cosas que no deseo que el señor Frobisher sepa de momento…

—¿Cómo, por ejemplo?

—Como por ejemplo (y esto le va a doler mucho) que toda su planta en el laboratorio Huston quedó destruida anoche.

—¡Qué dice!

—¡Cálmese! —Nayland Smith atenazó el brazo de Craig en la oscuridad—. Ya le advertí que le causaría mucha pena. Han acudido los bomberos, pero no es su especialidad. La cosa se está cayendo a pedazos. La última información que hemos recibido a través de la radio del coche dice que el gran instrumento telescópico (no sé su nombre) se ha estrellado contra el suelo.

—Pero, Smith…

—Lo sé. Es una noticia terrible…

—¡Gracias a Dios que mis planos originales están en una caja fuerte en la cámara acorazada del New York City Bank!

Volvió a reinar el silencio, interrumpido tan sólo por una tos

seca de Sam, hasta que Nayland Smith reanudó el diálogo.

—No están allí. Hace dos días que los sacaron.

—¿Los sacaron? ¿Quién?

—La señora Frobisher en persona. En realidad fue una maniobra del doctor Fu Manchú. Frobisher no lo sabe. Craig, los únicos restos de su invento son los planos detallados, que están escondidos en algún lugar de esta casa.

—Estaban en el fondo del cajón de este escritorio —balbuceó Sam—. Pero han desaparecido.

—No estará insinuando —Craig se dio cuenta de que el tono de su voz revelaba un estado de incredulidad horrorizada— que la señora Frobisher…

—La señora Frobisher —dijo Nayland Smith— es tan inocente en este caso como la señorita Navarre. Pero nos las tenemos que ver con el doctor Fu Manchú.

—¿Por qué seguimos a oscuras? ¿Qué hacemos ahora?

—No sé lo que va a ocurrir ahora. Permanecemos a oscuras porque un hombre llamado Dimitri Sokolov, un funcionario soviético por quien Ray Hakness se halla interesado, tiene a una banda de rufianes armados junto a la verja de entrada de abajo… Parece como si Sokolov esperase la llegada de alguien.

20

En la quietud de los minutos siguientes Morris Craig trató desesperadamente de acostumbrarse a la idea de que el producto de muchísimos meses agotadores de incansable labor se había esfumado… ¿Cómo? ¿Por culpa de quién? Se sintió aturdido. ¿Acaso Shaw, en un momento de locura, había intentado realizar una prueba?

—¿Está el pobre Shaw…? —empezó a decir.

—Shaw está a salvo —interrumpió Smith—. Pero muy afectado. No tiene ni idea de lo que ocurrió. No es capaz de encontrar una explicación, del mismo modo que yo no soy capaz de explicarme lo que está ocurriendo aquí. No me refiero a la presencia de alguien, o de algo, acechando justamente fuera de la zona controlada por los aparatos de alarma, sino de algo que no está acechando.

—¿Qué es? —preguntó Sam.

—La jauría de perros. Ni un ruido, excepto el goteo de la lluvia. ¿Qué ha sido de los perros?

—¡Cielos! —murmuró Sam—. No hacía más que pensar en lo callado que está todo fuera y me preguntaba por qué me parecía extraño. ¡Mira que no pensar en que no se oía a los perros!

Durante unos segundos todos permanecieron quietos. Solamente el goteo ininterrumpido rompía el silencio de Falling Waters, como una música de fondo fantasmal.

—¿Dónde se aloja el encargado de los perros? —preguntó Nayland Smith bruscamente.

No podía disimular que sus nervios estaban tensos como cuerdas de violín.

—En la casita cercana a la verja de en medio —contestó rápidamente Sam—. Voy a llamarle. Se llama Kelly. Puedo

comunicarme desde esta casa.

—Hable en voz baja —le advirtió Smith—. Mándele que suelte a los animales.

Sam utilizó la linterna durante unos instantes. Proyectó sombras fantásticas, en movimiento sobre las paredes de la biblioteca, iluminó el semblante demacrado y tenso de Nayland Smith, pintó la pálida cara de Craig como una máscara de tragedia. Luego Sam desapareció.

Craig oía cómo Nayland Smith se movía inquieto en la oscuridad. Los murmullos de Sam les llegaron de forma apagada. Había dejado abiertas las puertas de comunicación… Pero, antes de que las palabras suavizasen la tensión creada, se encendió una luz azul verdosa en la vitrina del sistema de alarma; empezó a oírse un zumbido amortiguado.

—¿Qué es esto?

Una sombra se movió a través del circuito. La seguía una segunda figura.

—Alguien está cruzando la pista de tenis —la voz de Craig sonaba apagada, desconocida—. ¡Está corriendo!

—¡Alguien le pisa los talones!

—¡Ahora va a la rosaleda!

—¡La segunda sombra va ganando terreno! ¡La primera está dando un rodeo!

—Ese es el sendero que cruza por las huertas de los manzanos. Lleva a unas escaleras que salvan la cerca.

—Pero, si la memoria no me engaña —dijo Nayland Smith— el recorrido de los perros cruza antes de esa escalera.

—Sí. Allí está uno de los portillos del circuito.

Se oyeron unos ladridos lejanos, al mismo tiempo que Craig hablaba.

Habían dejado sueltos a los perros.

Sam se había unido a ellos.

—¡Oigan! ¿Qué es eso?

—¡Algo está ocurriendo! —le espetó Smith—. ¿Estaba despierto Kelly?

—Sí. Pero fíjese lo que ha pasado. La señora Frobisher le llamó esta noche y le mandó que no soltara los animales. ¿Qué le parece? Pero aún hay más. El señor Frobisher le había mandado lo mismo

una hora antes. ¡Demonios! ¿Ha oído eso?

—Ha pasado por el portillo —dijo Nayland Smith…

En el circuito se veía a la primera sombra en un punto donde existía un portillo. La segunda figura retrocedía rápidamente. El circuito se puso ligeramente borroso. Los ladridos se hicieron cada vez más fuertes. Un disparo, otros. Luego se oyó un alarido frenético, que resultaba aún más impresionante porque venía ahogado por la distancia.

—¡Dios mío! —susurró Craig—. ¡Los perros le han alcanzado!

Nayland Smith ya había abierto los ventanales que daban al jardín. Un vaho de aire frío y húmedo atravesó la biblioteca. Se oyó otro alarido lejano. Los ladridos se mezclaban con los gruñidos.

—¡Enciendan las luces! —gritó Smith—. ¿Dónde está el mayordomo, Stein?

Cuando Sam encendió las luces, Stein se hallaba situado en la arcada que conducía al estudio de Michael Frobisher. Estaba completamente vestido y tenía la cara blanca como el yeso.

—Aquí estoy, señor.

Resultaba perceptible el sonido de gritos lejanos. Stella Frobisher surgió corriendo en lo alto de las escaleras, con una bata por encima de su camisón.

—Por favor…, díganme por favor lo que ha ocurrido. ¡Esos gritos espeluznantes! ¿Y dónde está Mike?

Había empezado a bajar las escaleras cuando Camille apareció detrás de ella. La joven se había cambiado y llevaba un traje de chaqueta de lana.

—¡La señora Frobisher! —Craig había alzado la vista—. ¿No está el jefe en su habitación?

—¡No, no está!

Camille rodeó con el brazo los hombros de Stella.

—No baje, señora Frobisher. Volvamos a su dormitorio. Sería mejor que se vistiera.

Hablaba con sosiego. Camille tenía experiencia de lo que era una crisis.

—¡Señorita Navarre! —Nayland Smith le llamó cortantemente varias veces.

—Diga, sir Denis.

—Llévese a la señora Frobisher a su habitación y enciérrense por dentro con llave. ¿Comprendido?

Camille titubeó un momento y luego respondió.

—Sí, sir Denis. Venga conmigo, por favor, señora Frobisher.

—Pero yo quiero saber dónde está Mike…

Su voz se fue apagando a medida que Camille la conducía con sumo tacto a su dormitorio.

Nayland Smith se encaró con Stein.

—¿No está el señor Frobisher en su estudio?

—No, señor.

—¿Cómo lo sabe?

—No he ido a acostarme. Esta noche estoy nervioso. Acabo de mirar en el estudio del señor.

—¿Estaba abierta la ventana?

Los apretados rasgos de Stein se tornaron lívidos.

—¿Estaba abierta la ventana? —repitió Nayland Smith desabridamente.

—Sí. Yo la cerré.

—¡Vamos Craig! ¡Síganos, Sampson!

—¡De acuerdo, jefe!

Craig y Nayland Smith salieron corriendo, seguidos de Sam.

Stein permaneció en la arcada, escuchando. En algún lugar del exterior, en medio de la neblina nocturna un arma automática escupió su fuego con ira. El ruido del disparo se sobreimpuso a los ladridos de los perros y a los gritos humanos. Stein tomó una decisión rápida. Giró sobre sus talones y volvió a cruzar la arcada que conducía a las cocinas.

Allí cogió el teléfono, marcó un número y aguardó. Luego empezó a hablar rápidamente, pero no en inglés. Hablaba con mayor dominio del vocabulario en aquella lengua extranjera. Sus rasgos pálidos se crispaban a medida que barbotaba un torrente de palabras apasionadas…

Sintió algo duro en las costillas de su corpulenta humanidad.

—Suelte ese teléfono, Feodor Stenovicz. Tengo una pistola apoyada en sus costillas y su historial en mi bolsillo. Demasiado tarde para que avise a Sokolov. El también está en el «bote». Ponga las manos a la espalda. No, arriba no, ¡detrás!

Stein dejó caer el auricular y colocó las manos a las espalda. Había gotas de sudor en su frente. Las esposas de acero se cerraron con un chasquido alrededor de sus muñecas.

—Ahora que esto ha quedado arreglado, podemos discutir algunos puntos.

Stein se volvió y su vista se fijó en el cañón de un revólver de grueso calibre que Sam manejaba. Detrás se veía el rostro burlón de su propietario, aureolado por una especie de nube roja.

—Supongamos —sugirió Sam— que pasamos a su habitación y nos tomamos otro vaso del «bourbon» del jefe. El que me ofreció esta mañana tenía muy buen sabor.

Ya se habían ido, cuando Camille se acercó presurosamente a la escalera. No había nadie en la biblioteca.

—Por favor, quédese donde está —dijo, volviéndose hacia atrás —. Averiguaré lo que ha pasado.

Stella Frobisher dejó escapar un grito sofocado.

—¡Abra la puerta! ¡No puedo quedarme aquí!

Camille bajó las escaleras corriendo y prestó oídos sordos a los golpes furiosos de Stella sobre los paneles de madera de su dormitorio.

—¡Déjeme salir!

Pero Camille siguió corriendo hacia los ventanales abiertos.

—¡Morris! ¡Morris! ¿Dónde estás?

Permaneció en el vano, agarrada al mojado marco de las puertas, con la vista fija en la noche desapacible.

Le llegaron los ruidos de gritos, el implacable restallido de un revólver, el ladrido de perros.

—¡Morris!

Salió corriendo a la terraza. Pudo ver unas luces que se movían a lo lejos.

Camille ya había desaparecido cuando Sam entró en la biblioteca, después de haber encerrado a Stein en la bodega. Encendiendo su linterna, empezó a correr en dirección del lejano tumulto.

La biblioteca permaneció durante algún tiempo vacía. Con la excepción de Stein, todos los criados dormían fuera. Por ello, Stella

Frobisher, no obtuvo respuesta a sus gritos desesperados de «Abran la puerta, ¡Mike! ¡Mike!» Y acabó por enmudecer.

Luego unas voces apagadas y el ruido de pisadas en la gravilla húmeda preludiaron la entrada de un cortejo de mal agüero. Sobre una camilla improvisada venía tumbado Michael Frobisher. Le traían entre un jardinero a medio vestir y Kelly, en encanecido guardián de los perros.

El primero en hacer su entrada fue Sam, para mantener los ventanales abiertos, con objeto de que pudiera pasar el cortejo. Detrás venía Nayland Smith. Afuera había más hombres, pero no entraron.

—Avisen a un médico —Smith dio las instrucciones—. Está grave.

Acomodaron a Frobisher en el sofá. Todavía llevaba puesta la ropa de la cena, pero estaba hecha jirones. Su cara y manos estaban llenas de sangre. Tenía la piel de un color púrpura grisáceo. Gemía y abrió los ojos cuando le colocaron en el sofá. Sin embargo, parecía estar semiconsciente y se desvaneció en seguida.

Kelly salió al exterior con la camilla vacía. Le acogió un murmullo de voces.

—Sé el número del doctor Pardoe —dijo el jardinero, un veterano de guerra, rubio y con aspecto juvenil, pero que aún tenía los pelos de punta desde el desembarco en Normandía—. ¿Le llamo?

Le tembló la voz.

—Sí —intervino rápidamente Smith—. Dígale que es urgente.

El jardinero se dirigió presuroso al teléfono.

—¿No llevaba nada encima? —preguntó Sam.

—¡Nada! Y, sin embargo, estaba solo…, rodeado de perros. ¡Dios se apiade de él! Creo que huía para salvar la vida. Quizás huía de esa monstruosidad que entreví nada más llegar.

—¡Ese debió de ser el momento en que perdió los planos! —dijo Sam con nerviosismo—. ¡Seguramente logró zafarse de… quienquiera que fuese e intentó cruzar el circuito de los perros! ¡Dios sabe quién le perseguía, pero supongo que estaba muerto de miedo. Lo malo es que se creyó que los perros estaban encerrados.

—¡Cuándo, en realidad, le pisaban los talones! Si no hubiera sido porque llegó Kelly, no habríamos podido hacer nada. Despierte

a la servidumbre. Dígales que traigan agua, vendas, yodo. ¡Rápido!

En el momento en que Sam corría a obedecer las órdenes, Raymond Harkness entró por el ventanal. Llevaba puesto un impermeable azul, una bufanda a rayas y un sombrero marrón. Se quitó un par de guantes de ante. Parecía un contable al que hubieran llamado para poner en orden las cuentas de una compañía.

—No tengo una idea clara de lo que ha ocurrido a Frobisher.

—Ya ve lo que le ha pasado —dijo Smith con sequedad.

—Sí. ¿Pero cómo ocurrió? Sokolov le aguardaba, pero Frobisher no llegó al punto de la cita…

—¡Alguien le interceptó!

—Los esbirros de Sokolov cometieron la equivocación de abrir fuego contra nuestro grupo. —Harkness se guardó los guantes en los bolsillos—. De otro modo dudo de que hubiéramos podido formular una acusación contra Sokolov…

El herido se quejó de dolor, abrió los ojos momentáneamente y cerró las manos llenas de heridas. Había oído que alguien golpeaba una puerta y el gimoteo de Stella.

—¡Mike, déjame salir!

—No lo hagan —murmuró Frobisher—. No… permitan… que me vea.

Como si hubiera recibido una descarga eléctrica, Smith se dio la vuelta, intercambió una mirada con Harkness y salió corriendo escaleras arriba.

—¡Señora Frobisher! ¿Qué le pasa?

—Ella…, Camille, me encerró con llave. ¡Dios Santo, dígame lo que ha ocurrido!

—Intente calmarse, señora Frobisher. Sé que lo está pasando mal, pero podría sentirse peor. Por favor, quédese donde está unos minutos más. Luego le pediré que nos ayude. ¿Me promete que hará lo que le pido? Es por el bien de todos.

—¿Debo hacerlo? Bueno, si usted lo dice…

—Sólo durante otros cinco minutos.

Smith salió corriendo de nuevo y bajó a la biblioteca. Tenía la cara ojerosa y consumida. ¡Había perdido de vista a Craig en la batalla para salvar a Frobisher de los perros! En ella se había producido, como otro incidente más, el enfrentamiento entre los

hombres del F.B.I. y los guardaespaldas de Sokolov en la primera verja de entrada a la finca. No había visto a Camille y ni siquiera sospechado que hubiera salido de la habitación de la señora Frobisher. Al llegar al pie de las escaleras dijo:

—Harkness. Dé la alerta general. El doctor Fu Manchú no sólo tiene los planos, sino también al inventor y a Camille Navarre…

El coche de la policía iba a toda velocidad en dirección a Nueva York, proyectando a su paso una espada de luz. Las siluetas del conductor y copiloto, que llevaba puestos los auriculares de radio, le recordaron a Nayland Smith las figuras de dos efigies egipcias. Estaban separados por un cristal de los ocupantes de los asientos traseros. Era un coche especial de control, que el subcomisario tenía en mucha estima…

—Sabemos muchas cosas cuando ya es demasiado tarde —contestó Nayland Smith—. Esta noche a mi regreso sabía que Michael Frobisher era un agente soviético, que el Kremlin fomentaba esos experimentos, y que Sokolov le aguardaba.

Su voz clara fue apagándose.

En la parte de atrás la visibilidad era escasa. La pipa de Smith había formado tal niebla que a Harkness le resultaba algo difícil respirar. Los motociclistas de la policía iban y venían, examinando a los ocupantes de todos los vehículos que circulaban por la carretera.

Harkness continuó explicando lo ocurrido.

—No nos avisaron a tiempo de ese camión destartalado, porque se hallaba tan lejos de cualquier verja de Falling Waters que no inspiró sospechas. Es más, llevaba poco rato parado allí.

—Pero el sendero a través del bosque data de la época de los indios —le espetó Smith—. Y pasaron el camión justo en el lugar en que desemboca en la carretera. ¿Cómo es que su equipo no se fijó en ese camino?

—No lo sé —admitió Harkness—. Parece ser que incluso Frobisher creyó que no lo usarían. No figura en el plan de alarma.

—¡Pero figuraba en el plan de Fu Manchú! Es posible que nunca lleguemos a saber el número de hombres que realizaron la operación desde la camioneta. ¡Pero los que se acercaron a la casa se mantuvieron en las zonas neutrales! Su incursión de hoy no

resultó en vano; ha sido realizada con una audacia deslumbrante.

A aquella hora del día había poco tráfico. Se habían establecido controles en puntos muy distantes de Falling Waters. Todavía no se había perdido la esperanza de interceptar el camión. Tanto Smith como Harkness pensaban en ello. Smith fue el primero en expresar sus dudas.

—Seguramente hubo otro coche esperando en una desviación —dijo repentinamente—. Huan Tsung es el jefe del Estado Mayor de Fu Manchú, o, por lo menos, lo fue. Un táctico de primera clase. Uno de los mejores soldados del antiguo régimen.

—Ojalá pudiéramos acusarle de algo.

—Dudo de que jamás pueda. Solamente su distinguido jefe le supera en astucia y valor.

—En la tienda suele sentarse un desvergonzado joven. Y me han informado de que han visto por allí una muchacha bonita, de características parecidas.

—Probablemente los hijos de Huan Tsung.

—¡Sus hijos! —Hasta el comedido Harkness se mostró sorprendido—. Pero, ¿cuántos años tiene?

—Cerca de ochenta y cinco, calculo. Pero resulta proverbial la fecundidad de los aristócratas chinos. ¡Vaya! ¿Qué pasa?

Mediante el zumbido correspondiente, el encargado de la radio les hizo saber que se ponía en contacto con ellos.

—¿Diga? —contestó Harkness.

—Es del cuartel general, señor. Creo que puede ser importante.

—¿Qué es? —Nayland Smith, preguntó rápidamente.

—Verá, señor, viene de un punto del río East. Se trata de un joven oficial de un barco atracado allí que estaba despidiéndose de su novia junto a un edificio desierto. Parece ser que oyeron unos golpecitos dentro de una cañería metálica, que bajaba por la pared junto al lugar donde ellos. se encontraban. El se dio cuenta de que era Morse.

—Sí, sí, ¿y el mensaje?

—El mensaje acaba de llegar al cuartel general. Dice: «Aquí J. J. Regan, Llamen a la Policía…» Acaban de salir en su auxilio.

—¿Regan? ¡Regan! ¡Dígales que vuelvan atrás! —Smith intervino bruscamente—. ¡De prisa!

El hombre se quedó asombrado, pero dio la orden. Luego se

volvió.

—Usted dirá.

—Vigilen el lugar, pero con hombres que sepan su oficio. No pierdan de vista a las personas que salgan. Dejen entrar a quienes vayan a hacerlo. No hay que levantar sospechas.

Se transmitió la segunda orden.

—¿Algo más?

—No —Nayland Smith miraba fijamente enfrente suyo, donde iluminaban los faros del coche—. Me pregunto, Harkness, cuántas veces habrá intentado ese pobre diablo transmitir su mensaje…

21

Las impresiones de Camille sobre los acontecimientos en el exterior de la casa eran escasas, pero aterradoras.

Antes de salir corriendo de su dormitorio, para impedir que Stella Frobisher bajara las escaleras, ya sabía que la tragedia se había abatido sobre Falling Waters de una manera misteriosa y rápida. La llegada de Nayland Smith había supuesto una nota de urgencia, que no se había dado con anterioridad. Hasta aquel momento le había parecido que su confesión a Morris iba a ser la prueba más dura que tendría que pasar aquella noche.

Pero, cuando regresó arriba (y sabía que sir Denis la había visto) se sintió más aprensiva. Se vistió rápidamente. Se dio cuenta de que algo iba a suceder, aunque no sabía exactamente qué.

Entonces oyó a alguien que corría por la rosaleda a la que estaba orientada su ventana. Dejó el cigarrillo que estaba fumando en un cenicero y se asomó afuera. No vio nada. Claro que era una noche oscura. Se preguntó si resultaría una buena idea dar cuenta de ello. Pero, antes de tomar una decisión, se había producido aquel horroroso grito, los tiros y el ladrido de los perros.

Evidentemente Stella Frobisher se había despertado y había salido de su dormitorio. Camille la había oído moverse presurosamente por el pasillo y había salido para intentar alcanzarla.

Había sido difícil convencer a Stella de que regresara; por fin lo había conseguido.

No obstante, para Camille constituía una prueba muy dura permanecer en su habitación, mientras Morris estaba expuesto a algún peligro misterioso, si bien no por ello menos real. Estar inactiva en tales circunstancias era ajeno a sus mejores instintos.

Sintió que había obrado mal al encerrar a Stella en su propio aposento, pero el sentido común le decía que la señora Frobisher constituiría un estorbo en el caso de cualquier emergencia.

Luego se había producido aquella precipitada carrera en la fría y pegajosa oscuridad hacia el lugar donde ella sabía, instintivamente, que Morris se hallaba, acechado por el peligro. A pesar de que ella aún se encontraba a mucha distancia, había contemplado aquella mezcolanza horrorosa de hombres y perros. Morris estaba allí.

Había gritado su nombre casi inconscientemente.

—¡Morris! ¡Morris!

A menos que se lo dictase una corazonada, era imposible que Camille se diera cuenta de que, por un extraño milagro, Morris había oído su angustiosa llamada. Entretanto se había producido una nueva perturbación, esta vez bastante más cerca; más disparos, gritos.

Pero él la había oído.

El se volvió. Camille observó que otra persona, probablemente el guardián de los perros, se había unido al tumulto. Morris la vio (quizá porque su silueta se recortaba contra las luces de la casa) y empezó a correr hacia ella. Parecía que le gritaba. Estaba fuera de sí.

De improviso algo le cayó por la cara; era como una toalla húmeda, que olía malignamente.

¿Y ahora? Ahora yacía en un montón de lona áspera, apilado en un rincón de lo que semejaba ser un almacén grande, evidentemente destartalado. Era difícil estimar su extensión, porque la única luz procedía de un farolillo de barco que estaba colocado en el suelo de pavimento irregular, cerca de donde Camille yacía.

Un lado del farolillo aparecía cubierto por otro retal de lona, de tal modo que impedía la iluminación de gran parte del almacén. Hedía a humedad y decrepitud, con un toque de lo que parecía ser olor a té. Reinaba un gran silencio, si bien, cuando Camille se dio cuenta de lo que le rodeaba, le pareció oír el profundo toque de advertencia de la sirena de un vapor.

La impresión era acertada. El vapor *Campus Rex* acababa de desatracar de un muelle vecino, con rumbo al Río de la Plata. El

tercer oficial se habría sentido más satisfecho si hubiese sabido el resultado de su llamada a la Policía y si hubiera podido pasar otra noche con su novia.

Camille se puso en pie de un salto al oír el ruido de algo que se movía en un rincón.

¡En aquel almacén las ratas acechaban en la oscuridad!

Era valiente como pocas mujeres, pero la presencia de aquellos animales aceleraba los latidos de su corazón. La aterrorizaban.

Al balancearse ligeramente, notó una náusea que no podía ser atribuida tan sólo al miedo. Sentía un sabor desagradable en el paladar. Asimismo un olor dulzón y enfermizo seguía pegado a su cabellera despeinada. No le extrañaba. Seguramente habían mojado con algún anestésico la toalla o lo que fuera aquello con lo que le habían cubierto la cabeza.

Permaneció absolutamente quieta durante unos instantes, tratando de vencer su debilidad. El ruido que había atribuido a las ratas había cesado. De hecho en aquel momento no detectaba sonido alguno, así que debió de ser un sexto sentido el que le hizo volverse rápidamente.

Con medio cuerpo en la sombra y la otra mitad iluminada por el farolillo, un hombre alto la contemplaba fijamente.

Camille reprimió un grito y se quedó silenciosa.

Aquel hombre vestía un abrigo largo y suelto con un grueso cuello de astracán. Se cubría la cabeza con un gorro redondo, de estilo ruso, de la misma clase de piel negra que el abrigo. Tenía los brazos cruzados, pero los dedos de la mano izquierda quedaban visibles. Eran finos, amarillos, de uñas largas y puntiagudas, manicuradas con esmero.

Sus rasgos, enjutos, ascéticos y claramente chinos, estaban dominados por los ojos de un modo absoluto. A la luz de la linterna refulgían como el jade verde.

—Tiene usted muy desarrollado el sentido del oído —dijo con su voz ronca atenuada—. Creí que me había movido sin ruido alguno.

A medida que desgranaba sus palabras, Camille se dio cuenta de que se trataba del hombre que la había atormentado en sueños.

—¿Quién es usted? —Camille habló con voz profunda—. ¿Por qué estoy aquí?

—No hace mucho tiempo me preguntó algo parecido. Pero ya se

ha olvidado de ello.

—No le he visto jamás en la vida, tal como aparece ahora. Pero le conozco. ¡Usted es el doctor Fu Manchú!

—Sus datos son inexactos, pero su deducción es correcta. Me pregunta por qué se halla usted aquí. Lo está por culpa de una persona que interfiere mis planes. Lamento las estrictas medidas adoptadas por Koenig para impedir esta interferencia. Pero su rapidez salvó la situación.

—¿Dónde está el doctor Craig? —preguntó Camille sin aliento—. ¿Qué le ha hecho?

La observó por entre sus ojos alargados y descruzó los brazos antes de responder.

—Me alegro de que sea el doctor Craig lo que más le preocupa; mejor dicho, el único que le preocupa.

—¿Por qué?

—Lo sabrá en su debido momento.

—Usted es el hombre que se hacía llamar profesor Hoffmeyer.

—La felicito. Creí que mi combinación de alemán e inglés era perfecta. Empiezo a preguntarme si no me será usted útil. Como profesor Hoffmeyer he estado observando la vida de Manhattan. He visto que Manhattan es Babilonia rediviva y que, si no se produce una revolución espiritual, Manhattan debe caer, tal como lo hizo Babilonia.

—¿Dónde está el doctor Craig? —repitió Camille mecánica y desesperadamente—. ¿Por qué me han traído aquí?

—Porque no hay ningún otro lugar al que llevarle. Me sorprende que una mujer tan observadora no se diese cuenta de que Michael Frobisher era comunista.

—¿Comunista, el señor Frobisher? No, no, él es socialista.

—El socialismo es la hermana tímida del comunismo. Michael Frobisher es un agente activo de la Unión Soviética. Antes de casarse, pasó muchos años en Moscú. El invento del doctor Craig fue financiado por el Kremlin. Si Frobisher hubiera conseguido que pasase a manos de los rusos, le habrían proporcionado un cargo que le hubiera convertido en el virtual dictador de los Estados Unidos.

Esta noticia asombrosa caló en la mente de Camille, a pesar de lo desesperada y desolada que se sentía.

—Eso quiere decir que era inteligente —murmuró ella.

—El comunismo es inteligente. Se necesita inteligencia para obligar a los trabajadores del mundo a que se esfuercen y suden, con objeto de que sus amos vivan rodeados de un lujo oriental.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Por qué me habla, me tortura, pero nunca responde a mi pregunta?

—Porque incluso ahora en este penúltimo instante, espero poder convertirla a mis ideas. Cuando me conoció como el profesor Hoffmeyer (dicho profesor existe y trabaja en uno de nuestros centros de investigación), le expliqué mis planes para conseguir la armonía en el mundo. El perfeccionamiento de esos planes ha sido la gran labor de mi vida.

Hizo una pausa. De algún sitio cercano llegó un grito extraño, sofocado. Camille sintió que la abandonaba la compostura que había creído recobrar. Para ella aquel grito significaba una amenaza de muerte. De haberlo oído Nayland Smith, habría reconocido la señal característica de los *dacoits*, una hermandad de bandoleros birmanos, sobre los que el doctor Fu Manchú ejercía un control del todo punto inexplicable.

—¿Qué ha sido eso? —Más que hablar, Camille dijo esas palabras con un hilo de voz.

—Un aviso. No debe preocuparse. He completado mis planes. Pero no dispongo de mucho tiempo. Le preocupa el doctor Craig. A mí también. Esta es la razón que me ha movido a hablarle durante tanto rato. Espero que le convenza para que acepte la verdad. Puede que tenga éxito donde yo he fracasado.

Se dio la vuelta y se alejó, Camille oyó el crujido de una puerta que se abría.

El aviso que Camille había interpretado como un mal augurio había sido provocado por algo que ocurría en un muelle próximo.

A todo lo largo y ancho del mundo no hay ningún puerto de mar en que la actividad cese completamente por la noche. Así pues, incluso a una hora tan avanzada Manhattan seguía su danza. Los cabestrantes chirriaban. Las cadenas de las anclas golpeteaban. Las botas marinas resonaban a lo largo de las cubiertas. Se veían luces que se movían aquí y allá. Se daban órdenes con voz recia. Las hélices de los remolcadores agitaban las aguas del fangoso río. Y la

marea descendente entonaba la eterna canción del océano, del que procedía y al que regresaba.

Nadie tenía tiempo para prestar atención a un marinero borracho, que avanzaba dando traspiés por entre edificios portuarios desiertos y depósitos de mercancías con las luces apagadas. A menudo tropezaba, reanimándose con la palabrería monótona de un alcohólico. De cuando en cuando procuraba recobrar el equilibrio apoyándose en un portal acogedor, una farola o una gruesa cañería.

Al parecer una de esas cañerías le proporcionó una satisfacción especial. Acaso porque recorría de arriba a abajo la fachada de un edificio destinado a ser demolido, sobre cuyas puertas aún se podía leer: «Compañía de Te Shen Yan».

A esta cañería se abrazó con fruición y, mientras continuaba abrazado, se fue desplomando a la acera y, aparentemente, se quedó dormido.

Unos minutos más tarde había establecido contacto con Regan. El falso borracho también era un experto en Morse.

—Aquí John Regan. Huston Electric. ¿Quién es usted?

—Brandt. Agente de Policía. ¿Dónde está usted?

—En una vieja cámara acorazada. Sótano. No sé qué edificio.

—Grite. Quizá le oiga.

—Mudo.

Este mensaje sorprendió a Brandt.

—¿Cómo?

—Inyección. Atacado en el laboratorio viernes noche. Sáqueme.

—¿Hambriento?

—No, pero ya sin comida, ni agua.

—¿Oye a alguien en el piso de arriba?

—Sí. Alguien ahí.

—Espere. Le ayudaremos.

El marinero borracho se despertó de repente. Empezó a gastar cerillas en su intento de encender un cigarrillo. Permaneció sentado junto a la cañería. Las cerillas llamaron la atención de un policía de patrulla (que había estado esperando esta señal) y que surgió como de la nada y se acercó al beodo, balanceando su porra.

Pero las cerillas también llamaron la atención de otro observador, un auténtico especialista. De tal modo que, mientras el

agente levantaba al borracho del suelo y se lo llevaba, en el almacén vacío resonó el grito de un *dacoit*.

—Antiguamente esta era la oficina de una empresa de importación, llamada la Compañía de Té Shen Yan —dijo el doctor Fu Manchú—. Un viejo amigo mío tenía intereses en dicha compañía.

Morris Craig tragó saliva… con dificultad. No se había recobrado en absoluto de la presión de aquellos dedos invisibles que habían estado a punto de estrangularle. Hubiese querido poder frotarse el cuello dolorido, pero no podía mover los brazos, porque las muñecas estaban sujetas por abrazaderas metálicas a los brazos de un sillón, un mueble fuera de lo corriente, sin duda de gran antigüedad. Tenía un curioso dosel, en forma de cúpula, que posiblemente había estado cubierto por una capa de pintura dorada. Morris se sintió impotente. Le consumía su preocupación por Camille, pero no había perdido el valor.

—Extraña coincidencia —respondió con voz velada—. No me cabe duda de que este cómodo sillón también tiene una historia muy antigua.

—Una larga historia, doctor Craig. Lo encontré en Sevilla. Data de los días de la Inquisición española, cuando lo conocían como la Silla de la Conversión. Lamento que de todas las queridas pertenencias que se hallaban en el edificio Woolton sea ésta la que deba abandonar.

—¡Qué pena! ¡Qué antigualla tan acogedora!

Fu Manchú se le quedó mirando. Con sus largos y estrechos ojos casi cerrados su expresión resultaba indescifrable. Aquella figura alta, tocada con un gorro de piel, irradiaba poder. A Craig le suponía un inmenso esfuerzo del sistema nervioso mantener una falsa indiferencia ante aquel ser formidable y totalmente impredecible.

—Acaso sea una característica nacional, doctor Craig, pero su faz imperturbable me recuerda la de sir Denis.

—Usted me halaga.

—Quizás no sepa, pero creo que le interesará saber, que su captura, hace unas horas, se produjo más bien de modo accidental.

—Se ve que no es mi día de buena suerte.

—Dudo de que la captura se hubiese efectuado de no ser por la imprevista aparición de la señorita Navarre. Al correr hacia ella, se echó literalmente en los brazos de dos criados míos, que solamente trataban de retirarse sin ser detectados.

—Pobres diablos, casi les obligué a que me echaran el guante.

—Así pues, le trajeron con ellos.

—Muy amable por su parte.

El doctor Fu Manchú dio media vuelta lentamente y cruzó la oficina.

Al igual que el depósito de mercancías anexo, estaba iluminada tan sólo por un farolillo, en parte cubierto por un paño, que estaba colocado sobre una caja al lado del sillón español. El suelo, cuyo piso estaba lleno de agujeros, mostraba basura por todas partes. Había una ventana, cegada con tablones, que seguramente daba a un pasadizo, porque no se oía ruido alguno que indicara la proximidad de una vía de tránsito.

Enfrente mismo de Craig había un pupitre alargado, construido contra la pared desconchada y mugrienta.

En esta pared había dos ventanas más al mismo nivel de la parte superior del pupitre. Estaban cerradas mediante postigos correderos. Sobre el pupitre Craig vio un cofre de tela con los bordes de metal.

De forma deliberada el doctor Fu Manchú levantó dicho cofre y lo llevó hasta la caja, donde lo depositó, junto al farolillo.

Su cercanía causaba una hormigueante sensación nerviosa, como si una cobra oculta hubiera descubierto los colmillos, dispuesta al ataque.

—Entre esas curiosas pertenencias a las que me he referido —continuó diciendo en su estilo frío y coloquial, mientras abría el cofre— está la cabeza momificada de la Reina Taia, conocida entre los egipcios como «la reina bruja». Su cráneo posee características poco habituales. De seguro que le resultarían interesantes ciertos experimentos que he realizado con ella.

—No lo dudo. Cuando sólo tenía cuatro años mi madre me dio una cabeza de momia como juguete.

—Los juegos de cristales que usamos en nuestro sistema de comunicación privado también me acompañarán a mi cuartel general —abrió el cofre—. Esto que saqué de allí temporalmente, viajará siempre conmigo, hasta que llegue a su destino.

Morris Craig apretó lentamente los puños. Sus manos no estaban atadas, tan sólo tenía las muñecas sujetas. Tuvo la impresión de que había llegado la prueba final, su propio fin.

Era incapaz de expresar con palabras lo que esperaba que ocurriera, lo que esperaba ver. ¡Lo que sí pudo contemplar fue un modelo a escala reducida, realizado con exquisita pericia, de una instalación como la que había quedado destruida en el edificio Huston!

La tapa y los lados del cofre tenían goznes y por lo tanto se podían desmontar. Gracias a ello ahora pudo contemplar sin impedimentos la planta en miniatura, apoyada sobre una base de teca encerada. Morris Craig quedó mudo de asombro. Dejando aparte el hecho de que hubiera ciertas diferencias (las cuales inflamaron su curiosidad científica inmediatamente), construir aquel modelo les tenía que haber llevado meses, quizás años.

—No entiendo —su propia voz le pareció desconocida—. ¡No lo entiendo ni pizca!

—Sólo porque sigue obsesionado con la idea de que usted inventó este método de domeñar la energía primaria. El modelo que tiene ante su vista fue realizado por un monje budista en Birmania. En la época que me topé con sir Denis Nayland Smith por primera vez fui a ese país con el propósito de examinar el modelo. Tengo en mi poder fórmulas detalladas para su empleo. Ha sido usted quien, después de un lapso de bastantes años, ha resuelto de nuevo este problema. Le felicito. Se entiende que hombres así deben remodelar el mundo, no destruirlo.

El doctor Fu Manchú empezó a recomponer el cofre para cerrarlo.

—No entiendo —repetía Craig—. Si conocía el fundamento, así como el método de aplicación…

—¿Por qué permití que usted completara sus experimentos? La explicación es sencilla. Quería saber si podía lograrlo. Para cuando llegué aquí, ustedes ya habían instalado la planta principal en el laboratorio Huston. Estaba ansioso por saber si era capaz de

resolver el problema final. Y lo consiguió. Alguien así es un hombre a tener en cuenta.

El doctor Fu Manchú cerró con llave el cofre de teca.

—¿Así pues, fue usted quien destruyó mi labor?

—No tenía otra opción, doctor Craig. El Kremlin iba a ser el beneficiario de su trabajo. Tengo su proyecto original y cada una de las fórmulas. Y esta noche me apoderé de los únicos planos detallados que existen. Sólo queda un peligro.

—¿Cuál?

—Usted.

La manera de pronunciar aquella palabra significaba una sentencia de muerte.

El doctor Fu Manchú cruzó la habitación llena de desperdicios con el cofre y abrió lo que parecía un armario con mucho fondo. Colocó el cofre dentro y se volvió de nuevo a Craig.

—Se habrá dado cuenta de que estoy vestido para viajar. Mi tiempo es limitado. De otro modo no emplearía métodos tan medievales para inclinarle a que sea razonable. Parece no haberme reconocido como el Profesor Hoffmeyer, pero le aseguro que el comité del que le hablé cuando nos conocimos existe realmente. Se llama el Consejo de los Siete. Tenemos a nuestro servicio a los mejores cerebros de cada continente. Poseemos una gran riqueza. No somos criminales. Somos idealistas…

Se oyó otro grito lastimero, y el doctor Fu Manchú interrumpió sus palabras. El primero de aquellos gritos había aterrorizado a Camille. El segundo sobresaltó a Craig.

—No puedo entretenerme más. Mientras usted viva, es capaz de destruir todos nuestros planes. Lamento decirle doctor Craig que, o bien consiente en poner a nuestra disposición su indudable genio, o debe morir.

—La decisión ya está tomada.

—Espero que no, todavía.

El doctor Fu Manchú abrió una de las contraventanas correderas que había encima del largo pupitre. Quedó al descubierto una reja de hierro, por entre la cual se filtraba una reverberación luminosa.

—¡La señorita Navarre! —No se produjo ni el más ligero cambio de tono de inflexión, en su voz extraña—. Estaba preocupada por el doctor Craig. Aquí está, perfectamente bien.

Y Morris Craig vio la cara pálida de Camille, que le miraba entre las rejas, con el pelo alborotado y los ojos dilatados por el terror!

Por su cerebro se precipitaron un torrente de palabras frenéticas, inútiles. Pero las ahogó, las rechazó y, cuando logró hablar, lo hizo en un susurro y se limitó a decir simplemente.

—¡Camille!

—Cuando nos pongamos en movimiento —la expresión de Nayland Smith resultaba muy adusta— debemos asegurarnos de que no hay ningún agujero en la red. Según el testimonio de Regan, en ese edificio hay gente. Sabemos quién encerró a Regan allí y por lo tanto también sabemos qué ocurrirá. ¿Hemos puesto un cordón lo suficientemente extenso?

—Es difícil hacerlo más amplio —le aseguró Harkness—. Pero estos edificios antiguos son como colmenas. Sesenta hombres se han puesto manos a la obra. He mandado que traigan las llaves de todos los edificios contiguos.

—No podemos arriesgarnos a esperar —dijo Smith furioso—. Fu Manchú ha destruido la última oportunidad de que se utilice el invento de Craig. El único que puede arreglarlo es el propio Craig. Esperar es una locura.

—Se está recibiendo un informe.

Lo que decía el informe apenas tenía significado. En la vecindad del edificio cuidadosamente vigilado, se había oído un grito más de una vez; un grito que en un principio se pudiera haber confundido con el maullido de un gato. Al repetirse había levantado ciertas dudas.

—¡Ya tenemos la solución! —espetó Smith—. Ha sido la llamada de uno de sus guardaespaldas birmanos. Fu Manchú está allí.

—El desconocido que diseñó este sillón —decía el doctor Fu Manchú— demostró una candorosa simplicidad de carácter. Me temo que tengo que poner en funcionamiento su elemental mecanismo. El artilugio posee cierta semejanza con el tipo de exprimidor de naranjas que se emplea en este país.

Se situó detrás de Craig un momento. Este se dio cuenta de un

sonido monocorde, como un tic-tac, y de las vibraciones del marco del sillón. Apretó los dientes.

—Voy a pedirle a la señorita Navarre que añada su poder de persuasión al mío. Si prefiere vivir (en compañía de ella) y dedicarse a la tarea más meritoria que existe, la salvación de la Humanidad de las garras de la esclavitud y la destrucción, le doy mi cordial bienvenida. Usted es un hombre de honor. Me basta con su palabra. Es una promesa que ni usted ni yo romperíamos jamás. ¿Acepta mis condiciones?

—Supongamos que no.

Morris Craig se había puesto tremendamente pálido.

—Creo que habrá notado que hay un interruptor debajo de su mano derecha, en forma de una corona de oro en relieve. Puedo inmovilizar este interruptor, pero prefiero dejarlo libre. No tiene más que apretarlo y el descenso se detendrá. Escoja, ¡rápidamente!

—Como usted quiera. El resultado será el mismo.

—¡Palabras dignas de Molotov! El momento de la evasión ha pasado. Le ofrezco vivir una vida útil. Espero su promesa de que, si acepta mi propuesta, oprimirá el interruptor. Bajo palabra de caballero inglés, al hacerlo dará a entender que se unirá al Consejo de los Siete. ¡De prisa! ¡Hable!

—Le doy mi palabra —Morris Craig tenía los ojos cerrados, a pesar de ello sus palabras revelaban firmeza— de que aceptaré su propuesta, si aprieto el interruptor.

El doctor Fu Manchú cruzó hacia la puerta detrás de la cual había colocado el cofre de teca. Al pasar por delante de la ventana enrejada dijo:

—El asunto queda en sus manos, señorita Navarre.

Salió y cerró la puerta tras sí.

—¡No! ¡No! ¡Vuelva! —Camille se aferró a los barrotes de hierro y los sacudió frenéticamente—. ¡Vuelva!... ¡No! ¡No! ¡Dios misericordioso, detenle! ¡Morris! ¡Acepta! ¡Acepta lo que sea! ¡No..., no puedo soportarlo...!

La luz del farolillo, si bien apenas alcanzaba a iluminar los dorados del sillón, era suficiente para poner de manifiesto que el abombado dosel empezaba a descender lentamente.

—No me mires. Cederé si me miras.

—¡Cede, Morris, querido; escúchame! El doctor Fu Manchú es

un loco. No tienes por qué cumplir la promesa hecha a un loco… ¡Te repito que está loco! ¡Aprieta el interruptor! ¡Hazlo! ¡Hazlo!

El dosel continuaba descendiendo, con ligeros tirones, que se correspondían con los tics audibles de algún mecanismo de relojería oculto. Era evidente que lo controlaba un sistema de contrapesos, ya que Craig notó que el sillón era pesado, inamovible.

Cerró los ojos. No podía soportar la visión de la cara de Camille, blanca como el yeso y con expresión histérica, contemplándole a través de aquellos barrotes. En XII la oscuridad se imaginó que veía un desfile de herejes que habían rechazado la conversión. Vestidos con la seda y el terciopelo, los jirones y los harapos de la vieja Sevilla, las cabezas pendían de sus hombros. Les aplastaban los cráneos.

—¡Morris! ¿No sientes piedad de mí? ¿Así es como me amas…?

El tenía que pensar. «Una promesa que ni usted ni yo romperíamos jamás.» Esas habían sido sus palabras. Ese había sido el trato. Si decidía vivir, el doctor Fu Manchú podría reclamar sus servicios.

—Camille, mi amor, te has enfrentado a situaciones peores que ésta…

—¡Te repito que está loco!

—Desgraciadamente, creo que está especialmente cuerdo. Incluso creo que, en cierto modo, tiene razón…

Tic-tic… tic-tic. El dosel bajaba lentamente centímetro a centímetro.

—¡Me volveré loca! ¡Dios del Cielo, escúchame!

Camille se dejó caer de rodillas, con las manos enlazadas en un ademán de súplica apasionada. Al arrodillarse ya no podía ver a Morris, pero sentía la imperiosa necesidad de mirar de nuevo.

A su imaginación acudieron en tropel multitud de vivencias: incidentes del pasado sin importancia, recuerdos infantiles, trivialidades, sueños subconscientes de un futuro que no se realizaría jamás, los ojos cerrados de Morris, la aterradora mirada del doctor Fu Manchú. Todas estas imágenes se movían a través de sus preces como en una danza macabra.

A lo lejos se oyó un silbido agudo. Le contestó otro más cercano.

Camille se puso instantáneamente en pie, se aferró a los barrotes.

El dosel estaba a punto de tocar la cabeza de Morris. Sus ojos permanecían cerrados.

Camille empezó a chillar frenéticamente.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡De prisa! —Oprimió con tanta fuerza los barrotes que se clavó las uñas en las palmas de las manos. Intentó hablar de nuevo, esta vez con un susurro apagado y tembloroso—. ¡Morris! Estoy de acuerdo contigo en que acaso tenga razón. ¡Morris, créeme! ¡Todavía puedes salvarte!

La mano de Craig se crispó en su postura sobre la corona de oro de su salvación, pero aquello significaba… No abrió los ojos.

De repente les llegó el ruido atronador de pasos apresurados, una mezcolanza de gritos, el chasquido de hachas que hendían puertas de madera.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

El intento de gritar que hizo Camille se convirtió en un murmullo estrangulado. Se mantenía erguida aferrándose con todas sus fuerzas a la reja, pero daba la impresión de que sus dedos carecían de nervios.

Se oyó una voz con el aliento entrecortado.

—¡Traigan luces aquí!

La hoja de un hacha se abrió paso por entre la madera que cubría la única ventana exterior de la oficina. Un segundo hachazo…, un tercero. Arrancaron los tablones de golpe. Por el agujero se veía un pasadizo lleno de hombres.

—¡De prisa! —murmuró Camille, y se esforzó por combatir una risa demente, que pugnaba por brotar de sus labios—. Debajo de su mano… ese bulto… Púlsenlo…

Nayland Smith, con su tez oscura extrañamente blanqueada, se abrió paso vigorosamente. El dosel casi se apoyaba en la cabeza de Craig. Una ola de fortaleza, de cordura, la última, recorrió el cerebro de Camille.

—¡Sir Denis! Esa corona dorada… en el brazo del sillón… púlsela.

Nayland Smith lanzó una mirada rápida hacia la reja. Luego se abalanzó sobre el sillón, buscó y encontró el interruptor en forma de corona bajo los dedos inanimados de Craig y lo oprimió y lo oprimió frenéticamente.

El sonido de relojería cesó. Smith puso una rodilla en tierra.

—¡Craig! ¡Craig!

Gruesas gotas de sudor se deslizaban desde su frente debilitada por el rostro marfileño, pero no hubo respuesta.

Morris Craig se había desmayado.

—Esta es la dirección en que ella señaló, pero es posible que no quisiese decir nada —Sam se había unido al grupo—. ¡Diablos! ¡Para esos dos ha debido de ser un infierno!

—Afortunadamente la juventud es un tanto a su favor —dijo Nayland Smith—. Pero la prueba debió de ser horrorosa. Resulta característico del peculiar sentido del humor de Fu Manchú el que el dosel estuviese arreglado para no descender ni un centímetro más. ¡Craig no corrió ningún peligro! ¡Vaya! ¿Qué es esto?

Habían llegado al pie de un corto tramo de escalones de piedra. Se hallaban ante la entrada que Craig había confundido con un armario de gran capacidad. Harkness iba delante, con dos hombres. Les seguían otros dos. Todos llevaban linternas.

A derecha e izquierda se extendía un pasadizo vacío, de suelo de hormigón.

—Harkness, vaya con unos cuantos hombres a la izquierda. Yo iré por la derecha.

A los diez pasos, Smith se encontró con una puerta de metal. Se detuvo. Oyó pasos que se batían en retirada, cuyo eco resonaba como en una bóveda. Eso significaba que el otro grupo no había encontrado de momento nada interesante.

—Es un trabajo propio de un desvalijador de cajas de caudales —farfulló Sam—. Si salió por aquí, nos habrá cogido una buena ventaja.

—¡Silencio! —le interrumpió Nayland Smith—. Escucha.

Con los nudillos golpeó el metal como si interpretase una retreta sincopada. Al parecer el grupo de Harkness se había desviado por algún lugar. Se oían muy débilmente sus pisadas.

¡Del otro lado de la puerta le llegó el sonido de unos golpes que le contestaban!

—¡Regan! —exclamó Sam.

Smith asintió.

—Esto es lo que él llamaba la cámara acorazada. ¡Silencio de

nuevo!

Repiqueteó un mensaje con los nudillos. Se detuvo a escuchar la respuesta. Luego volvió a transmitir.

—El aire está viciado —dijo poco después—. Regan afirma que esta noche nadie ha pasado por aquí.

—Tenemos que sacar al señor Regan inmediatamente —Sam habló en tono de urgencia—. ¡Eh, tú, O'Leary, avisa arriba que hay que abrir una puerta de hierro. ¡Pobre hombre! Supongo que se habrá quedado mudo para toda la vida.

—En absoluto —le aseguró Nayland Smith—. El efecto desaparece después de unos cuantos días, como me ha informado recientemente mi viejo amigo el doctor Fu Manchú.

Hablaba con amargura. Había un matiz derrotista en su voz tajante. ¿Qué había logrado? Ni siquiera podía asumir el mérito de haberles arrebatado a los soviéticos los planos detallados. Algún sicario de Fu Manchú se había apoderado de ellos, antes de que los perros atacaran a Frobisher.

—¡Sir Denis! —se oyó gritar a lo lejos con voz emocionada—. ¡Por aquí! Creo que ya le tenemos.

Nayland Smith encabezó la carrera hasta el lugar donde Harkness y dos hombres se hallaban situados ante otra puerta cerrada, cerca del final de un pasadizo que formaba una L con aquel de donde procedían.

—Creo que es un viejo horno. He visto una luz dentro.

—¡No perdamos el tiempo! ¡Derriben la puerta!

Dos del grupo llevaban hachas. Se pusieron a trabajar con denuedo. La puerta estaba cerrada por dentro con doble cerrojo, pero los esfuerzos de ambos acabaron por derribarla. Al otro lado se abría una cavidad. Los rayos de la linterna de Nayland Smith se posaron sobre una caldera cubierta de hollín y medio enterrada en montones de cenizas de carbón.

—¡Tengan cuidado! —les advirtió—. Nos enfrentamos a un criminal fuera de lo corriente. Estén preparados para cualquier eventualidad.

Entraron con suma precaución.

Resultó que, en aquel lugar existían ramificaciones inesperadas. Formaba parte de lo que había sido un extenso sistema de bodegas y sótanos. Se movieron a tientas en la oscuridad, dirigiendo los

focos a todos los rincones imaginables donde podía estar escondido un fugitivo. No encontraron nada. Se estaban dejando dominar por una sensación de inutilidad, cuando oyeron un grito.

—¡Aquí hay otra puerta! He oído a alguien moverse detrás.

Por encima de los detritus y el polvo de carbón acumulado durante años corrieron hacia el hombre que había gritado. Se hallaba en lo que evidentemente había sido una carbonera, ante una puerta estrecha y lúgubre.

—Está cerrada con llave.

Hachas certeras y manos voluntariosas abatieron rápidamente el obstáculo.

Tras él se extendía un pasadizo largo en pendiente. Una ráfaga de aire frío y húmedo sopló pendiente arriba en el momento de abatir la puerta. A medio camino del pasadizo la luz de una linterna oscilante proyectó la grotesca silueta de su poseedor, que se batía en retirada.

Era la figura de un hombre alto cae llevaba un abrigo largo y k> que parecía ser un gorro ceñido.

—¡Santo Dios! —gritó Smith—. ¿El doctor Fu Manchú! Este pasadizo conduce al río.

Sam interrumpió sus palabras lanzándose al pasadizo y disparando en el mismo momento que cruzo la puerta desgajada. El chasquido de su poderoso revólver creó un eco parecido a un trueno. Nayland Smith, que le seguía de cerca, vio cómo la figura daba un traspiés, se detenía y, por último, continuaba su marcha.

—¡Alto el fuego! —grito enojado.

Pero a Sam le hervía la sangre. O bien no había oído la orden, o la ignoró deliberadamente. Disparó de nuevo y luego, rápidamente, una tercera vez.

La alta figura se detuvo de improviso, dejó caer la linterna y se desplomó al húmedo suelo.

—¡Estúpido! —las palabras de Nayland Smith sonaron como un gruñido—. ¡Este no es el fin apropiado para el cerebro más capacitado del mundo!

Se abrió paso más allá de Sam, se agachó y dio la vuelta a la cabeza que se cubría con el gorro. Al hacerlo, el caído se retorció, tosió y luego se quedó quieto.

Nayland Smith contempló aquella cara de rasgos casi

inhumanos, llena de cicatrices, un rostro que jamás había visto antes, el rostro de M'goyna…

Se puso en pie lentamente. Parecía como si el pasadizo inclinado que se extendía a su espalda estuviera jalonado de ojos penetrantes.

—¡Nos ha ganado la partida! —dijo—. Fu Manchú necesitaba tiempo. Este pobre diablo era el último obstáculo en la retaguardia. ¡Se nos ha escapado de entre los dedos!

Diez días más tarde Nayland Smith dio una pequeña fiesta en su hotel. Fue una cena para celebrar el compromiso matrimonial de Camille Mirabeau (Navarre) y el doctor Morris Craig. Cuando los otros invitados se hubieron marchado, Smith y los dos jóvenes se trasladaron a la suite de Smith:

—Desde luego —dijo Smith como respuesta a una pregunta de Camille— ya se sabe, a los periódicos no se les permite publicar noticias importantes. Podrían asustar a alguien.

—De todas formas, se han filtrado bastantes cosas —continuó Craig—, los policías se fueron de la lengua. Al pobre Regan no le han dejado en paz desde que presenté mi dimisión. Pero, aunque ha recuperado la facultad de hablar, con su característica causticidad, se niega a charlar con los periodistas.

—¿Qué tal está Frobisher?

—Hecho polvo. Se recuperará, pero le — quedarán un montón de cicatrices.

—¿Y su mujer sabe la verdad?

—No lo sé. ¿Qué te parece Camille?

Camille, que estaba radiante con su recién conquistada felicidad, encogió sus níveos hombros.

—Stella Frobisher es como un corcho —dijo—. Creo que puede mantenerse a flote en las aguas más revueltas. Pero no la conozco lo suficientemente bien como para decirle si sospecha la verdad.

Después de un breve intervalo, Nayland Smith hizo una observación.

—Lo más asombroso, y de lo cual los periódicos no se han hecho eco, concierne al cadáver de ese hombre mono. Se trata, casi con seguridad, del ser que entreví en Falling Waters. Le han examinado los mejores médicos. Todos están de acuerdo en una cosa.

—¿Qué es? —preguntó Camille.

—Dicen que las balas del revólver no le mataron.

—¡Cómo! —exclamó Craig.

—Han asegurado, con toda certeza, que murió muchos años antes de este tiroteo.

Camille se limitó a menear su pelirroja cabellera.

—¡Pero eso es imposible!

Tal era el extraño poder de Fu Manchú.

Sí, aquello era imposible. También era imposible, sin duda alguna, que Fu Manchú hubiera visitado Nueva York y, quizá que, como resultado de su visita, hubiese proporcionado unos pocos años de paz inestable a un mundo que coqueteaba con la guerra. Entretanto, Manhattan seguía su ritmo…

—Nuestros dos amigos rusos —Nayland Smith puso veneno en sus palabras— han salido deportados discretamente. Pero lo que les quería enseñar era esto.

Del bolsillo de su smoking sacó un sobre largo y estrecho. Había llegado por avión y llevaba matasellos de El Cairo. Iba dirigido a él, a su hotel de Nueva York. Se lo pasó a Camille.

—Léanlo juntos. En el sobre hay algo más.

Así pues, Craig se inclinó por encima del hombro de Camille y, rozando con su mejilla la encendida cabellera de su amada, ambos leyeron juntos la carta, escrita a mano con refinada caligrafía.

> «Sir Denis…
>
> Lamenté muchísimo sentirme obligado a marcharme de Nueva York sin verle de nuevo. También lamento que M'goyna, una de mis creaciones más perfectas, tuviera que ser sacrificada en aras de mi seguridad personal. Mas yo precisaba de un poco de tiempo para poder alcanzar el barco que me esperaba. Me marché por otra salida. Felicito al doctor Craig. Es un genio y un valiente. ¡Qué pena no haber podido disfrutar de su estricto sentido del honor! Le ruego que, de parte mía, le aconseje que dedique su gran talento a empresas pacíficas. Seguiré con sumo interés sus futuros experimentos. Con la presente incluyo un regalo de boda para la desposada.»

Camille y Morris Craig levantaron la vista al unísono.

Nayland Smith extendió la palma de la mano y en ella brillaba una esmeralda enorme. Y, mientras Camille, dejando escapar un largo suspiro de asombro, jugueteaba con la gema entre los dedos, Nayland Smith echó mano de su deteriorada petaca y empezó a cargar su renegrida pipa, con aire pensativo.

Notas

[1] Templo azteca. *(N. el T.)* <<

[2] Se refiere a las palabras de la marcha *Pomp and Circunstance, Number 1*, del músico británico Elgar. *(N. del T.)* < <

[3] El autor de *El hombre invisible*, *La guerra de los mundos* y *La máquina del tiempo*, junto con otras novelas de temas diversos. < <

[4] Whisky americano. *(N. del T.)* <<

[5] Se trata de un traje típico de los vendedores de Petticoat Lane. *(N. del T.)* < <

[6] En francés en el original. *(N. del T.)* < <

[7] Sociedad secreta china. *(N. del T.)* < <

[8] Se refiere a los versos del famoso poeta persa Omar Khayyam. *(N. del T.)* <<